

CAPÍTULOS GRATUITOS

Mi ángel guardián II: La mentira mata

J. Rosewell

CAPÍTULO 1 ARMA

Haley

Me llevé una mano a la otra por décima vez, tocándome los dedos. ¿Cómo había sido posible? Él estaba muerto, su cuerpo estaba pudriéndose en un ataúd bajo tierra. No podía ser real. Levanté la vista para ver a la mata de cabellos rubios, que estaba disimulando ver la televisión a mi lado, pero al igual que yo me echó una mirada aún sorprendido.

Y es que luego del contacto físico que tuvimos lo intentamos nuevamente. Pero nada. Fue igual que siempre, solo que había una diferencia: lo que sucedió fue muy distinto a esa vez que sentí su mano en mi hombro.

Con algo de disimulo moví mi brazo para colocarlo en su cuerpo, a ver si resultaba. Pero en el momento en que debía sentir su brazo junto al mío lo traspasé. Como si fuera una imagen colocada en un proyector. Solté un suspiro, frustrada.

—Vamos, no te desanimes —este ladeó la cabeza curvando sus labios—, al menos pude abrazarte. ¿No?

Carraspeé rezando para que mis mejillas no se encendieran. Pero, sin ningún éxito por la carcajada de Tyler, me levanté del sillón en busca de agua para refrescarme.

—Es raro. ¿Por qué? ¿Por qué justo en ese momento?

—¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué tú? ¿Por qué no otra? ¿Por qué no estoy muerto? ¿Por qué solo tú puedes verme? Vamos, Haley, sabes que no tengo ni la menor idea de la respuesta ni del porqué de todo lo que nos está sucediendo.

Asentí con la cabeza, ya que tenía razón. No teníamos ni idea de lo que estaba sucediendo.

—Recuerdo cuando sentí tu mano, fue algo rápido, un leve apretón. Pero esto fue algo muy... diferente —reflexioné.

—Dímelo a mí. Sentir por fin a alguien que no fuera yo mismo fue... —este intentaba encontrar las palabras— ...extraño —cerró los dedos, apretando el puño—. Sentí... como si... —¿Cómo si qué?—. No importa.

Iba a seguir insistiéndole, pero la puerta del departamento se abrió de golpe, y mamá entró, apresurada.

—Y llegó por fin —me burlé, fulminándola con la mirada.

Ya era domingo, y ayer al volver caminando con Tyler esta no apareció, y era bastante tarde. En fin, al menos llegó a desayunar.

—Cuida la lengua si quieres volver a ver tu celular —me amenazó sin siquiera mirarme.

—¡Vamos, mamá, devuélvemelo! —le supliqué acercándome.

Pero pasó corriendo a su habitación sin mirarme, cerrando la puerta de golpe. Terminé de comerme los cereales, para irme a estudiar pero antes me acerqué a Tyler, que estaba con la cabeza cabizbaja.

—Mírame —le pedí, y se demoró en subir la vista, ya que al parecer estaba en otro mundo—. Sé que es fuerte todo lo que has sabido, pero me tienes a mí, tienes a Kyle, tienes a tus hermanos. Y tu padre y Roy te quieren un montón.

Este soltó una carcajada bastante fría que retumbó en mis oídos, erizándome los pelos.

—Cuando alguien miente con algo así, Haley, significa que le importas una jodida mierda.

«Otra vez con esto», me repetí en mi mente. Desde que Tyler me contó todo lo que había escuchado con Fernando y Roy su ánimo estaba entre el humor y la ironía a la vez. En simples palabras: había estado desde ayer por la noche con su humor negro, que al principio era pasable, y lo entendía. Pero ahora ya se estaba volviendo cansador.

—No, estás equivocado —negué—. Uno miente con algo así cuando quiere tanto a una persona que no tiene el valor de decirle la verdad para no lastimarla.

Se quedó en silencio, mientras yo rezaba para que no fuera tan testarudo y aceptara de una vez que su familia le quería.

—En algunos casos, pero créeme que no es el mío —este se levantó del sillón, yo lo miraba atenta—. Sé que habíamos quedado en que te ayudaría a repasar para el examen, pero tengo que ir a ver a Kyle —su tono de voz fue cortante, lo que me dejó aturdida.

No sabía por qué, pero sentí como si me clavaran un cuchillo por la espalda. Y es que él había dicho que Kyle era aburrido y prefería pasar el rato conmigo antes que con él. ¿Y ahora se iba a verlo? ¿Se había enojado conmigo?

Lo peor era que no quería dejarlo ir, quería que se quedara aquí. Tyler iba acercándose a la pared para salir, y yo abrí la boca.

—Te acompaño —esas dos palabras, al salir, hicieron que me arrepintiera al instante. ¿Qué iba a hacer yo ahí? Se dio la vuelta al instante, encontrándose con mis ojos azules y yo con los suyos grises. Sabía que este no se lo tragaba. «¿Haley Dickens quiere ir a ver a Kyle Reyes? No me lo creo».

—Vamos, entonces —dijo mostrando una curvatura en el labio con una leve sonrisa.

Yo estaba sorprendida, ya que esas dos palabras no me las esperaba para nada del mundo.

Tyler

—Ven, es luego de este pasillo a la derecha —le señalé a Haley mientras doblábamos por los pasillos del hospital.

Paré al notar que su presencia ya no estaba junto a mí. Me di la vuelta hacia ella, que había sido acorralada por una enfermera. Me acerqué cabreado, ya que era la tercera vez que la paraban desde que habíamos llegado.

—Señorita, se lo repito. La hora de visitas aún no comienza.

—¿Un minuto? —le suplicó, aunque más bien sonó como un suspiro agotado. Y es que en realidad Haley no estaba haciendo mucho esfuerzo.

Y la entendía, no tenía ganas de acompañarme a ver a Kyle. En realidad, me había sorprendido que hubiera accedido a venir conmigo. Pero a la vez también me había puesto tremendamente feliz, ya que con toda la mierda que ahora pasaba por mi cabeza al menos prefería ir acompañado. Así podía olvidarme de todo lo que había pasado ayer, en esas verdades en que intentaba no pensar. Si no me adentraba en ellas menos daño me hacían. Eso es lo que había decidido, lo mejor era ahorrárselas y de ese modo luego iba a olvidarlas.

Por eso quería venir a ver a Kyle, ya que si él no sabía lo que había ocurrido no iba a mirarme como Haley para darme unos sermones de que todo el mundo me ama. Si me amaran no me mentirían, así de simple. Eso era lo único que había aprendido hasta ahora: no confíes absolutamente en nadie.

«Pero sí en Haley», me habló la vocecita nuevamente, a lo que reprimí una sonrisa, era la primera vez que estaba completamente de acuerdo. «Pero sí en Haley», me repetí. Eché un vistazo a esa chica, que seguía hablando desanimada con la enfermera, intentando con un leve entusiasmo que la dejara ir a ver a su “hermano que estaba en coma”, cosa que la enfermera chequeó en su papeleo preguntándole su apellido. Bien.

— Anda a la cafetería del primer piso, yo voy a ir a buscar a Kyle y nos encontramos ahí —hablé, interrumpiendo el tartamudeo de Haley, a lo que asintió con la cabeza y se excusó con la enfermera de que se iba.

—¿Kyle? ¿Estás ahí amigo? —dije ya dentro de la habitación, donde su cuerpo seguía inmóvil conectado a los aparatos a su lado.

—¡Por fin! —exclamó por detrás de mí, a lo que salté sin poder evitarlo, ganándome una carcajada por su parte—. ¿Acaso viste a un fantasma? —no alcancé ni a reaccionar que este explotó a carcajadas por el mal chiste que había dicho.

—¿Entendiste? Porque en realidad sí soy una especie d... de fan-fan... tas... —no podía ni seguir hablando al retorcerse de la risa.

—Créeme que sí entendí el “chiste” —le corté en su segundo intento de explicármelo. Al ver que no le seguí la broma cerró la boca de golpe.

—Aguafiestas. ¿Sabes?, ni te dignas a aparecer y cuando lo haces solo es cuando estás de mal humor.

—¿Qué quieres que haga? Para ti es fácil sonreír cuando al menos no está tu cuerpo pudriéndose en un ataúd bajo tierra. ¿No?

Kyle se demoró en responder.

—Joder. ¿Mala mañana?

«Mejor dicho. ¿Mal mes?», ironicé en mi interior. Negué de golpe, no quería darle explicaciones a Kyle de mi mal humor, ya que si lo hacía iba a querer que le contara qué había descubierto.

—¿Discusión con Haley? —ya se le había pasado la risa, mirándome serio y atento. Negué de nuevo.

—¿Más mentiras?

Y nuevamente hice el mismo gesto.

—¿Entonces qué te sucede?

—¿Por qué debería sucederme algo? ¿No es que siempre aparecía de mal humor?

—Pero no con uno de tal tamaño, pareces un depresivo al que se le han acabado las pastillas.

Eso quisiera. Gruñí, acercándome a la puerta.

—Este depresivo sin pastillas te trajo una visita —Kyle me miró enarcando una ceja—: Haley. Pero, pensándolo bien, mejor quédate aquí con tus chistes de mal gusto.

La idea de dejar a Kyle plantado y volver con Haley al departamento a estudiar me llamaba a gritos.

—¿Y perderme la oportunidad de echarle los tejos a la chica que tiene loco a Tyler Ross? Ni de coña —este se acercó hacia mí sonriendo de lado, guiñándome un ojo—. ¿Dónde está? —salió de la habitación y yo lo seguí por detrás.

No respondí, puesto que ahora me había arrepentido de traerla aquí, porque, ¿para qué quería Kyle verla?

—Vamos, hombre. ¿Dónde está la chica?

—En el casino, debe estar esperándonos.

Haley

Tyler estaba demorándose en llegar. Por un lado, me sentía más tranquila, ya que no sabía cómo lidiar con Kyle Reyes cerca de mí sin que pudiera verlo. Espeluznante, ¿no? Sentí cómo un escalofrío me recorría desde la planta de los pies hasta los cabellos, y es que con solo pensarlo realmente se me aceleraba el pulso. No quería venir, solo había accedido en un intento desesperado de no separarme de Tyler después de lo que había descubierto. Tyler era adoptado.

Eso significaba que Fernando no era su padre. Pero entonces, ¿quién lo era? Sin pensarlo dos veces tomé una servilleta que estaba junto al chocolate caliente que había pedido y saqué un lápiz de mi cartera. Primero coloqué los nombres del cuarteto, donde puse una flecha de Holly y Fernando y fui colocando notas a los lados.

En resumen, Holly y mamá estaban conectadas con Fernando y Roy por el hecho de que la madre de Holly, Martha, trabajaba en casa de Fernando, por lo que Holly vivía ahí también. Entonces esos dos se enamoraron cuando Holly tenía dieciséis años y Fernando, dieciocho. Mamá y Roy eran mejores amigos. En ese tiempo algo sucedió y mamá y Holly quedaron embarazadas. Holly, de Fernando, y mamá no tengo ni idea aún. Por el accidente que tuvo Fernando con Natalia, la madre de Tyler, James y Mark, se separó completamente de Holly, que se fue a Colombia con su padre.

Volviendo con el tema de Natalia, esta murió, pero alcanzó a dar a luz a Tyler, puesto que estaba embarazada. Entonces Fernando de alguna forma pudo tomar en adopción a James, Mark y Tyler, pero se fue a la universidad. Y hasta ahí era lo que sabíamos con Tyler. Pero había aún cabos sueltos, como: ¿Quién era mi padre? ¿Dónde estaba el padre de Tyler? ¿Dónde se quedaron los Ross cuando Fernando se fue a la universidad? ¿Por qué se había peleado mi madre con Fernando? ¿Qué había ocurrido con Roy? En fin, sentía que mi cabeza iba a explotar en cualquier momento, por lo que me llevé la taza a la boca y di unos cuantos tragos.

—Haley —me llamó la voz que justamente no quería escuchar, puesto que sabía que ya Kyle Reyes debía estar a mi lado.

«Por favor, no», rogué en mi interior, pero el escalofrío hizo presencia de todos modos. Maldito Tyler Ross y su amigo invisible.

Tyler

Haley ni se volteó hacia mí, cosa que no me extrañó, puesto que se notaba lo nerviosa que se encontraba.

—Está aún más guapa que la última vez que la vi —comentó Kyle, que estaba a escasos centímetros de su rostro.

—Déjale espacio, idiota —le insistí, intentando que mi tono de voz no fuera tan tajante. Haley se volteó hacia mi dirección, con el ceño fruncido.

—¿Dónde está?

Mierda, había olvidado que Haley podía oír solo lo que yo hablaba. En ese momento mi cerebro se debatía en decirle que Kyle estaba justo a menos de cinco centímetros de su rostro o mentirle con que no lo había traído. La segunda opción era bastante tentadora, puesto que Haley se relajaría de una vez y pararía de estar tan nerviosa por la mera presencia de Kyle Reyes.

—Apoyado en la mesa, tú no le prestes atención —finalicé, puesto que me había decidido por la primera, pero sin entrar en detalles.

Me rasqué el cuello, nervioso.

—Créeme que no será tan difícil.

Noté mi olvido, y Kyle se adelantó para hablar, soltando una carcajada.

—Perdónalo, se pone tonto al estar enamorado.

Gruñí y lo fulminé con la mirada. Kyle, en cambio, se echó hacia atrás, distanciándose de Haley.

—¿Feliz?

—Si mantienes la distancia —le apunté, a lo que levantó las manos, como diciendo “Eso estoy haciendo” —. Un poco más —le pedí, a lo que Kyle dio un paso atrás, mirándome volcando los ojos—. Otro... —soltó un suspiro, distanciándose bastante poco—. ¿Eres una niña? Camina como un hombre y da otro paso atrás

—refunfuñé frunciendo el ceño, molesto.

—Que te pones pesado —contraatacó Kyle, entrecerrando los ojos pero haciéndome caso, y se quedó a una distancia prudente de Haley.

Bien.

—Tyler —me llamó esta, a lo que me volteé hacia ella, que estaba con los brazos cruzados—. Sigo aquí, no te olvides.

Le sonreí, acercándome a ella.

—Y el *quarterback* Ross va acercándose para completar la anotación, se puede sentir la atención que todas las gradas tienen puestas en él. ¿Se atreverá? ¿Le confesará su amor a Haley Dickens de una vez por todas? Digan sus apuestas, vamos —intenté evitar los comentarios de Kyle por detrás, pero a mi rostro no le pasó por alto.

—¿Qué dice? Vamos, Tyler, que no lo veo ni le escucho, y es inquietante —esta miró a mi alrededor, como si pudiera encontrar a Kyle en algún lugar de la cafetería.

—Te manda saludos —mentí.

—Dile que yo... —esta cerró la boca, volcando los ojos—. Hola, Kyle. ¿Cómo estás? —un silencio. Esta soltó una pequeña risa nerviosa.

—Ross, que si tú no la quieres me la quedo yo, es adorable —Reyes ahora ya estaba a mi lado, nuevamente junto a Haley.

—¿Me escuchó? —me llamó de nuevo la voz de esta. Asentí con la cabeza.

—Hola, Haley, estoy bien, pero estaría aún mejor si convencieras a mi amigo de aquí, que está completamente enamorado de ti.

—Dice que bien y que gracias por tu preocupación, muy amable —volví a excusarme, ganándome gritos de parte de Kyle, que supe disimular a la perfección.

Al parecer no había sido buena idea tener a Kyle por un lado y a Haley por el otro. «Me hubiera quedado con ella en el departamento», refunfuñé dentro de mí.

Haley

La visita a Kyle fue todo un fracaso, puesto que Tyler siempre hablaba con uno de los dos, por lo que yo no podía saber qué decía o hacía Kyle Reyes, y en cierto modo me desconcertaba. Y más aún cuando Tyler se enroscaba en una discusión de la cual yo no formaba parte, aparte de no entender nada. Estupendo.

Ya era lunes y Simon no pasó a buscarme por la mañana. Y lo peor es que mamá ya se había ido al trabajo temprano, llevándose mi celular. «Bien, mamá, gracias», ironicé en mi interior mientras estaba perdiendo minutos en su habitación buscando mi preciado aparato.

—El autobús, ¿no? Lo usamos casi siempre.

—Ya no llego, el timbre sonará en diez minutos —hice un puchero.

Tyler estaba a mi lado, sentado en los escalones de mi edificio, rascándose la barbilla.

—Lo tengo —sentenció—. Podemos tomar el metro, hay una vía que te deja al lado del instituto. Además, si no lo recuerdo mal, hay una estación aquí cerca. ¿No? —me quedé quieta, en silencio—. ¿Haley?

Me tomé la cabeza con las manos, exhalando un bocado de aire para tranquilizarme.

—Vamos por el autobús, mejor tarde que nunca —pude decir, enderezándome y comenzando a caminar por la calle.

—Pero es más rápido si vamos...

—Tyler, iremos en autobús. Fin de la historia —le corté, ignorando su pregunta de “¿Por qué el bus y no el metro?”.

«Pues por algo, algo de lo que habíamos quedado en que no hicieras preguntas», sentenció en mi interior.

Tyler

Llegamos tarde, por supuesto. Y todo por la gruñona de Haley, que no aceptó que Tyler Ross podía ser un chico inteligente y dar una buena solución al problema. Pero bueno, ¿por qué será que nunca me esfuerzo? Nadie valora mi opinión cuando se trata de Haley o cualquier ser que se cree superior a mí en inteligencia. Me encogí de hombros. Ella se lo perdía, porque en definitiva el sermón que le estaba dando el profesor con toda la clase como testigo no era nada de bueno.

—...¿Quedó claro, Señorita Dickens? Odio los atrasos. Una vez más y queda suspendida de mi clase. Ahora comience su examen.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Te lo dije —le molesté, haciendo un baile mientras se acercaba a un pupitre vacío en segunda fila—. Ahora tienes que decir: “Desde ahora te haré caso en todo, Tyler, tú siempre tienes la razón» —chillé, poniendo cara de “Hola, soy una chica”.

Solo me gané un bufido de parte de Haley, aunque sonrió de todas formas. Noté que se puso a escribir algo en la punta de su cuaderno, a lo que alcé la vista hacia ahí.

Fuera de aquí, no puedo concentrarme si estás hablándome. ¿Vas a quedarte por aquí? ¿Irás a espiar al cuarteto? ¿A ver a Kyle?

Me lo pensé un momento.

—Me quedo aquí. Kyle es aburrido, y sobre el cuarteto... Voy a tomarme unas vacaciones de ellos.

Haley levantó la vista directamente hacia mí, y parecía que quería decirme algo. Pero sonrió de lado. Asintió con la cabeza mientras escribía nuevamente en su cuaderno.

“Entonces nos vemos por aquí”.

Al terminar la miré y me la encontré poniendo toda su atención en el examen que tenía en sus manos.

—Suerte —finalicé, saliendo de la clase.

Entonces me encontré el pasillo despoblado. Me resté a caminar solo, como siempre lo hacía. Por supuesto, no faltó una escena de las que siempre me encontraba. Hoy los protagonistas eran Steve y Lauren. Genial... Yo que pensaba que este día iba a ser estupendo, sin nada de dramas, ni mentiras, ni secretos. Al parecer eso no podía ser posible.

—Vamos, Lauren, no le hagas caso a Marie. Sabes que todo lo que te dice es mentira. ¿Marie? ¿De qué hablaban ahora?

—¡No lo es! —se le quebró la voz—. Ayer había subido cuatro kilos. ¡Cuatro! Ni me cabían los pantalones. Tuve que venir con esta falda larga para que no se notaran mis piernas.

—¡Que no estás gorda, Lauren!

—No me mientas más, Steve. Al menos Tyler se comportaba como un hombre y me lo decía cuando lo estaba.

¿Yo? ¿Me había mencionado a mí? Recordé que sus palabras eran ciertas. La mayoría de las veces que Lauren se colocaba algo que no le sentaba bien, porque se veía gorda de algo, se lo decía.

—Tyler exageraba.

—No lo hacía, solo decía la verdad. Algo que tú no haces, y estoy cansándome de que mi propio novio me mienta.

—Claro —este se rio, cansado—. Yo estoy siendo honesto contigo, Lauren, estás perfecta.

Cansado de su pelea tan superficial seguí mi camino sin darles importancia. «Pedazos de Ken y Barbie», me burlé en mi interior.

Haley

Salí del examen algo indecisa, porque había unas cuantas preguntas que se me habían olvidado, puesto que ayer no había tenido mucho tiempo de estudiar. Vi a Marie en su taquilla guardando libros, y noté cómo la cerraba furiosa, con un humor de perro. Me acerqué a ella de inmediato, sonriendo. Y es que no la veía desde el sábado, y tenía que admitir que la había echado mucho de menos.

—Un paso y te advierto que podrías salir lastimada, Haley Dickens —esta puso su mano al frente. Me miraba enojada.

—¿Qué hice?

—Lo sabes perfectamente. Te llamé todo el sábado por la noche y ayer, y no contestaste ninguna llamada —me apuntó, a lo que iba a abrir la boca, pero me interrumpió—. Piensa bien tu excusa, que al menos me convenza, o te las vas a ver.

Volqué los ojos. Marie era tan dramática cuando se lo proponía.

—Fue mi mamá, me quitó el teléfono. Me pilló vomitando en el baño, y bueno... Ya debes imaginarte.

El rostro despiadado de mi amiga cambió radicalmente, abrió los ojos y la boca de golpe.

—¡NO PUEDE SER! —gritó, aún pasmada. Yo asentí con la cabeza—. Eso es ilegal. ¿Y si tu mejor amiga estaba a punto de morir y ocupa su única llamada para evitarlo llamándote? No pueden quitarte el celular, es como... quitarte... la vida —solté una carcajada sonora, ya que Marie estaba haciendo un gran espectáculo.

—¿Acaso estuviste a punto de morir y me llamaste?

—No, pero pudo haber sucedido, quién sabe. Qué bien que no sucediera, porque si hubiera ocurrido... —esta se llevó las manos al rostro, aturdida— ...estaría muerta.

—Vamos, que no te sucedió nada —le espeté ahogándome de la risa. Y es que ver a Marie preocupada por algo que no sucedió era inolvidable.

—¡Haley! —la voz de Simon me hizo dejar a la Marie dramática a un lado y eché un vistazo a mi mejor amigo, que venía caminando hacia mí.

Noté cómo bastantes chicas le echaban el ojo, además de saludarlo coquetamente. «Simon Adams, al fin eres apreciado por el hombre que eres», pensó mi subconsciente, lo que me alegró al instante.

—Campeón —le saludé colgándome en sus brazos de golpe. Necesitaba transmitirle lo orgullosa que me sentía con él—. ¡Realmente te felicito por el viernes! —por su parte, me apretó más hacia él.

—Gracias, aunque creo que es la décima vez que me lo dices.

Me separé de él y volví a mi lugar.

—¿En serio? —este me miró soltando una carcajada—. Debe de ser la resaca, aún no recuerdo mucho del viernes —Simon me miró intrigado—, pero, en fin... ¿Cómo te fue en el parque de diversiones?

—Bien, estuvo genial. ¿Por qué no fuiste? Te llamé, pero...

Marie habló, cortando nuestra conversación.

—Hola, Marie, ¿cómo estás? También te eché de menos el fin de semana —esta imitó la voz de Simon—. Ah, ¿en serio, Simon? Qué tierno —mi mejor amigo le dijo un “lo siento”, a lo que ella sonrió irónicamente—. Ahora, no te contestó porque Anna le quitó su celular. La pilló vomitando en el baño.

Abrí los ojos a Marie, puesto que estaba hablando demasiado alto, y podía notar cómo los presentes estaban escuchando. Ahora todos iban a saber que era una borracha. «Gracias, Marie». En eso, vi cómo la mata de cabellos rubios se acercaba por el pasillo. No dudé en hacerle una seña para irnos a hablar a algún lado. Él me guiñó un ojo.

Todavía me resultaba difícil asimilar que Tyler Ross estuviera junto a mí, que fuéramos “amigos”. Que habláramos. Que riéramos. Que nos apoyáramos. Y más aún, que ahora formara parte de él, al igual que él formaba parte de mí.

Tyler

Nos pusimos detrás de las gradas de la cancha, ya que los baños estaban atestados. Era primera hora y a la mayor parte de las chicas les gustaba maquillarse durante este periodo, mientras se saltaban clases y se fumaban un cigarrillo a escondidas. Y todo esto lo sabía por ser un maldito fantasma aburrido.

—¿Cómo te fue en tu examen? —le pregunté a Haley cuando ya había llegado.

—Con algunas cuantas preguntas estuve indecisa, así que realmente no lo sé.

—A la próxima avísame y le miro la prueba a otro para pasarte las respuestas. No tendrás ni que estudiar.

«Oh, sí, Tyler, eres perfecto», me dije a mí mismo, imaginándome ya cómo Haley iba a estar besándome los pies. Pero su respuesta fue todo lo contrario.

—¿Copiar? No, gracias.

—¿Por qué no? No es copiar, yo haré el trabajo sucio por ti. Tú solo escucharás cuando las diga en voz alta.

—Es lo mismo, solo que en vez de copiar directamente lo hare a través de ti. Está mal de todas formas. Es robarle información a otra persona.

—¿Robar? —solté un bufido—. No me hagas reír. ¿Y qué robas exactamente?

—Conocimiento. Estoy tomando la respuesta de alguien, lo que es robar.

—¿Y esa persona sale perjudicada por tu culpa? ¿Pierde algo?

—No.

—Entonces no es robar —me crucé de brazos, victorioso.

—Lo es igual. No es tuyo, es de otra persona. Si es tu examen, pues respondes con tus respuestas, no con las de otro. La idea del examen no es la nota, es para que el estudiante aprenda bien y el profesor pueda evaluar ese conocimiento. ¿Qué sentido tiene responder con algo que no es tuyo? Quizás engañes al profesor, pero no a ti mismo. Es absurdo que alguien copie, y por eso no me gusta para nada tu ofrecimiento, así que paso.

Me demoré en responder, estaba analizando lo que me había dicho.

—No te pongas así, tampoco —dije volcando los ojos—, que te lo tomas todo tan a la defensiva ahora.

—¿Ahora?

—Sí, antes ni abrías la boca, y ahora cuando lo haces parece que vas a comerme —le solté al fin—. No digo que no me guste, en realidad no está mal así.

Y era cierto, Haley estaba bastante más... ¿Cómo decirlo? Con personalidad. Aunque más bien siempre había sido así, pero en casa, con su madre.

—¡Eso no es cierto! —chilló refunfuñando—. Es solo que tú me sacas de quicio —me apuntó.

Solté una carcajada, a lo que ella me miró entrecerrando los ojos, haciendo un puchero. «Es adorable, ¿no?», esa voz nuevamente vino a fastidiarme. Era como tener a Kyle Reyes junto a mí. En eso, se escucharon unos cuantos pasos que se dirigían hacia donde estábamos Haley y yo.

—Simula que estás hablando por celular, que viene alguien.

—No tengo, mi mamá lo tiene.

—Joder, entonces escóndete en algún lugar o que tu cerebro piense una respuesta cuando te pregunten qué haces aquí sola —ni tomé en cuenta mi tono de voz autoritario y frío.

Pero no había tiempo para disculparse, no quería que otra persona, aparte de James Ross, notara que Haley estaba loca hablando con un muerto. Haley se colocó detrás de unos altavoces antiguos que tenían guardados en una esquina de las gradas, donde era imposible que la vieran.

Los pasos cada vez fueron notándose más próximos. Mark Ross estaba ahí, solo, caminando hacia donde me encontraba. Estaba ocupado intentando prender su cigarrillo, y cuando lo consiguió comenzó a darle unas cuantas caladas. Su celular comenzó a sonar y se lo llevó a la oreja de golpe.

—¿Dónde estás? —un silencio. Yo lo miraba interrogante—. Joder, que no hay ningún policía, ni guardias de seguridad. Tú solo tráeme lo que te pedí —Mark cortó furioso la llamada.

Yo lo miraba, interrogante. Se apoyó donde hace unos segundos estaba Haley. Soltó un suspiro. Se le notaba nervioso. ¿Quién venía? ¿Qué era lo que quería que le trajera? Me acerqué a Haley, que estaba hecha un ovillo en el suelo, con los ojos cerrados.

—Es Mark, quédate ahí. Y no te muevas —esta asintió y abrió los ojos, y sin que la viera miró a mi hermano, que se encontraba dándole la espalda a Haley, apoyado en el palo vertical justo al frente de ella.

En eso que unos pasos entraron al lugar. Había un chico con pinta mayor y muchos tatuajes que le tapaban los brazos por completo. Su camisa tenía estampados de una banda de rock, y tenía el cabello largo, con una coleta. ¿Quién carajo era?

—Aquí está —este abrió su mochila y sacó una caja negra que me llamó la atención, puesto que parecía...

No podía ser. No. No. No. ¿Eso era...? No, no, no. Mark no podía estar pensando si quiera en comprar eso.

—En la bolsa está todo el dinero. En efectivo, como me pediste —Mark sacó del bolsillo de sus vaqueros una bolsa transparente que dejaba ver bastantes billetes.

Me negaba a pensar que Mark estaba comprando eso.

—¿Seguro que es lo que te pedí?

—Compruébalo tú mismo —le animó mientras lo miraba por un momento. Este se decidió a verificarlo.

Abrió el maletín, y lo único que cruzó por mi mente fue que estaba en lo cierto. Mark la tomó con las manos, observándola con un brillo de satisfacción en el rostro.

—Es una USP Compact, más unos cuantos cartuchos. No deberías tener dificultades con usarla. Es fácil de manejar.

Mark la sacó mientras apagaba el cigarrillo para así tomarla con ambas manos, acomodándosela. Este apuntó con ella, pero sin apretar el gatillo.

—¡¿Te volviste loco?! —le grité fuera de control.

¡Había comprado un arma! Miré a Haley, que justo había sacado un poco la cabeza hacia mí, puesto que debió haber escuchado mi grito. Y su rostro, al ver la pistola colgando de las manos de mi hermano, causó que ahogara un grito tapándose la boca al instante. Mark, por su parte, dio las gracias al hombre, que desapareció por donde había venido. Mi hermano se quedó con el arma en las manos, mirándola fijamente. Abrió la boca, y me dejó desconcertado.

—Esto es por ti, Tyler.

¿Acaso Mark iba a matar a ...? Abrí los ojos al descubrir el plan de mi hermano. ¡Mierda!



CAPÍTULO 2 TIC-TOC

Haley

Estaba en pleno ataque nervioso, sentía cómo mi mano apretaba mi boca en un intento de que el grito no se me escapara. ¡MARK ROSS ESTABA CON UN ARMA! Unas lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas, y ni sabía por qué. Quizás debía ser el asombro y la inquietud a la vez.

Mis piernas temblaban, y estaba segura de que me iba a desmayar, pero si lo hacía Mark quizás podía verme y a saber qué podía hacerme con la pistola que aún sostenía con sus manos. Más lágrimas y más temblores acechaban mi cuerpo. Esto era mucho para mí.

—Haley, aguanta un poco más, ya se está yendo —la voz de Tyler al menos me transmitió tranquilidad. Y es que quería salir a buscar a la policía en ese momento.

Sentí cómo los pasos de Mark se iban alejando de las gradas hasta que al cabo de poco ya habían desaparecido por completo, cosa que no me calmó. Solo hizo que pudiera sacarme la mano de la boca para soltar un grito, aunque leve. No quería que Mark volviera. Me eché al suelo, sosteniéndome al césped, y las lágrimas comenzaron a caer simultáneamente.

—Ty-ty-tyler —tartamudeaba— es-es-ta estaba c-con u-n-a —no podía ni terminar de hablar.

—Tranquila —se puso a mi lado, desde donde me observaba atentamente—, mírame —no le hice caso y desvié la vista mientras me caían más lágrimas—.

¡Joder, Haley, mírame! —gritó, y le hice caso, a lo que noté que él estaba tan afectado como yo.

Ahí caí en la cuenta de que para Tyler era aún peor, puesto que se trataba de su propio hermano.

—¿Qué va a hacer con la... pistola, Tyler? —pude decir cerrando los ojos y esperando la respuesta.

Lo miré fijamente y noté que estaba atando cabos, hasta que por fin soltó la respuesta. Una que me hizo abrir los ojos de golpe.

—Creo que va a matar a Aaron Grey.

Tyler

Sí, tenía que ser así. ¿O para qué más iba a necesitar una pistola? Aaron Gay, ese era su objetivo. No me cabía la menor duda.

—Tenemos que evitarlo —Haley seguía tirada en el césped, pero ahora las lágrimas ya se las había limpiado con su mano, y estaba mirándome, atenta—, no podemos dejar que mate a Aaron Grey.

Yo no respondí, sino que desvié la vista.

—¿Tyler? No me digas que...

—¿Que qué? ¿Que si tengo unas ganas tremendas de darle un disparo directo al rostro? —hubo un silencio, en el cual Haley no dijo nada, por lo que proseguí—. Si una cosa he aprendido desde que me he convertido en esto es a no mentir. ¿Quieres la verdad? Pues me muero de ganas de matar a ese maldito hijo de puta.

Nuevamente el silencio nos envolvió, y Haley me miraba intentando averiguar si estaba hablando en serio. Y yo se la devolví sin indicios de que se tratara de una broma.

—¿Quieres matarlo? ¡No puedo creerlo! —esta se levantó apresurada sin darme tiempo para explicarme—. ¿Cómo quieres volver a la vida pensando de ese modo, Tyler? Sigues siendo el mismo, no puede ser... ¡Dime que estás bromeando! —me exigió, a lo que hubo un silencio en el que nuevamente me dio la espalda mientras respiraba profundamente.

—Vamos, Haley, ponte en mi lugar. Él me mató y ni paró el coche, solo siguió su maldito camino sin importarle nadie más que él mismo.

Esta se dio la vuelta hacia mí, mirándome frunciendo el ceño. Soltó un bufido, incrédula.

—¿Lo culpas por ser igual que tú?

¿Qué? Aaron Gay era lo opuesto a mí.

—¿De qué hablas?

—Vamos, Tyler, ¿no hubieras hecho lo mismo? No puedes culpar a alguien de algo que tú mismo hubieras hecho en su lugar.

Haley me miraba directamente a los ojos y una lágrima se le escapó. Yo, por mi parte, me quedé ahí, quieto como una piedra. Y es que lo último que dijo Haley me había dejado sin palabras. «No puedes culpar a alguien de algo que tú mismo hubieras hecho en su lugar». ¿Me creía capaz de algo así?

Haley

—¿Qué te sucede? —Marie me miraba atenta mientras yo alzaba la vista de mi libro, el cual leía debajo del árbol. Nuestro árbol.

—Nada. ¿Por?

—Estás rara. Además, ¿desde cuándo que no vienes a almorzar?

Desde que me di cuenta de que Tyler Ross se había vuelto un asesino despiadado. Y desde que Mark Ross anda con una pistola guardada debajo de su chaqueta. «Es que no quiero que me dispare cuando le dé la gana», me dije, con unas ganas tremendas de decírselo a Marie. «Y esos dos Ross iban a estar en la cafetería, así que paso».

—No tenía hambre —me encogí de hombros sonriendo forzosamente para que no notara mis nervios.

—Me hubieras avisado, este día ha sido una completa mierda —se sentó junto a mí, colocándose como un indio mientras sacaba una barra de chocolate de su sostén—. ¿Quieres?

Yo abrí los ojos, olvidándome del arma, de Tyler y de Mark.

—¿Qué haces con chocolate ahí?

—No quería perderlo, además apenas se siente.

Ni me resté a responderle. Sin evitarlo una sonrisa escapó de mi rostro y ladeé la cabeza. Y es que Marie Acuña era un chiste.

—Ni te imaginas todas las chicas que han ido detrás de Simon. ¡Es que ni tienen vergüenza! Parecía que iban a quitarse la ropa en cualquier momento para atraer su atención —Marie volcó los ojos.

—Vamos, si es guapo. Además, ¿qué chica no se enamoraría de Simon? —agregué, ganándome una sonrisa traviesa de mi amiga, que me extrañó—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Nada, solo un consejo... Cuando te lo diga, te obligo a darle una oportunidad. ¡Es que se ven geniales juntos! —dijo parándose de inmediato sin siquiera darme la oportunidad de preguntarle de qué iba eso—. Necesito ir a buscar al estúpido y arrogante de Ross. No te vayas sin mí, que voy a cenar a tu casa, hoy.

—¡Ei! ¡Marie Acuña, no te vayas! —le grité, pero esta solo miró hacia atrás mientras corría, riendo, dejándome sola.

¿Qué quería decir con eso? No me digas. Simon... ¿Y yo? No, no podía ser. En eso, un recuerdo sacudió mi mente.

—¿Simon Adams, el ganador del juego ha salido al fin! —aplaudieron la mayor parte de la mesa, a lo que miré a mi lado, donde Simon estaba sonriendo amigablemente, como siempre, pero algo sonrojado.

Aunque no podría asegurar si era por nervios o efecto de su borrachera.

—¿Verdad o reto? —le preguntó uno de los chicos de la mesa.

—Reto —respondió, mientras se pasaba una mano por el cabello, poniendo toda su atención en las próximas palabras que iban a decirle.

—Tienes que besar durante diez segundos a cualquier chica de la mesa, tú elige —le guiñó un ojo, soltando una carcajada.

Me mordí el labio para no reírme. ¿Simon iba a besar a una chica? ¡Y yo iba a estar en primera fila para verlo!

Este, por su parte, no se movía, al parecer debía estar algo nervioso, puesto que ni siquiera a mí nunca me había comentado qué chica del instituto encontraba guapa, por lo que no pude evitar darle un apretón en el hombro.

—Vamos, Simon, hay muchas chicas aquí. No querrás hacerla esperar —le animé, pegándome a su oído para que nadie más nos escuchara.

Esperé que me diera una respuesta, sin volver a mi asiento. Pero la que hubo fue totalmente la contraria a la que imaginaba. Simon movió su cabeza hacia mi dirección, quedando frente a frente conmigo. Cuando iba a decir algo estampó sus labios a los míos, sin darme tiempo de reaccionar.

«¿Me había besado con Simon?», me chillé en mi interior al volver a la realidad. Se escuchó el timbre resonar en mis oídos, lo que me llevaba a mi última clase. Literatura. ¿Qué iba a decirle a Simon? En eso, recordé por qué estaba tan raro el sábado en mi casa. Y más aún cuando había hablado con él hoy.

Aunque, si lo pensaba bien, solo me había besado por ser la “la única chica que más conocía en la mesa”, no porque hubiera sentimientos por entremedio. ¿No? Eso tenía que ser, porque Simon era mi amigo. Mi mejor amigo.

Tomé mis cosas del césped, enderezándome, y me encaminé hacia mi clase. Por el camino fui recordando bien todo lo que ahora veía más claro: primero que nada, la actitud de Simon. Luego las insinuaciones de Marie. Y, finalmente, Tyler. ¡Por dios, Tyler me había visto besando a Simon!

Recordaba su rostro, junto al de Mark. Él había entrado en el juego justo en ese momento. ¡Él sabía lo del beso y no me había dicho nada! No podía creérmelo. En eso, recordé nuestra pelea, en que al final Tyler se fue refunfuñando y me dejó sola.

—Haley, vamos, que vas a llegar tarde a mi clase —la profesora Torres, que iba caminando en mi misma dirección, me miraba con interés—. ¿Cómo va todo? He percibido

un notable cambio en ti —esta me miró de arriba abajo y me avergoncé por llevar la falda corta que Tyler me había elegido hoy por la mañana—. Tengo más libros para ti, son espectaculares.

Yo asentí sin muchas ganas, puesto que el último que me había dado ni siquiera había tenido tiempo para comenzar. Así fue como entré en clase, donde busqué a Simon, nerviosa, y para mi sorpresa este estaba sentado atrás, con los del equipo. Excelente.

—Haley, ponte con nosotros —dijo uno de ellos, pero sin responderle me senté en primera fila, sin mirar a Simon.

No iba a sentarme atrás con ellos. Y mucho menos si Simon estaba a su lado, era muy gallina para mirarlo a los ojos después de lo que había sucedido.

Al acabar el instituto evité a Simon lo mejor que pude, aunque fue fácil, ya que muchas chicas se tiraban encima de él, y al menos eso lo mantenía ocupado. Aunque en cierta manera también me decepcionaba el hecho de que en todo el día ni se había acercado a mí desde la mañana.

Terminé sacando conclusiones inseguras que hacía mucho que no venían a mí, como por ejemplo: ¿Y si ya no quería ser mi amigo? ¿Y si encontraba novia y nunca más hablábamos? ¿Y si me encontraba una “rata de biblioteca” y no quería hablarme por vergüenza? ¿Y si me odiaba?

Negué con la cabeza, haciendo que desaparecieran de una vez. Me desplomé en mi cuarto. Tenía junta con el comité periodístico, pero realmente no podía más. Estaba que explotaba por todo lo que estaba pasando, necesitaba relajarme. Además, Tyler ni había dado señales, así que mejor para mí, puesto que con nuestra última conversación las cosas no habían quedado muy bien.

—Estupendo. ¿Crees que yo también soy capaz de hacer algo así? ¿Es que te volviste loca! ¿Cómo puedes compararme con alguien como él? —Tyler estaba furioso, me eché un paso atrás, puesto que me temblaban los pies.

—Digo que eras capaz. Antes, no ahora.

—Como si hubiera una diferencia —bufó mientras volcaba los ojos, sin mirarme.

—A ver, ¿quieres que te mienta? Es así como lo veo, Tyler, no voy a mentirte y decirte lo contrario.

Este soltó una carcajada.

—Tú no sabes ni una mierda de mí. ¿Estamos? No me conocías antes, no tenías ni idea de cómo era, porque NO NOS CONOCÍAMOS —este me miraba sonriendo como un estúpido—. Ni habíamos hablado, así que no vengas a decir algo sobre mí sin saberlo realmente.

Asentí con la cabeza, sin poder mirarlo a los ojos, puesto que me picaban y no iba a ponerme a llorar enfrente de él.

«Que sí lo hicimos», me repetía en mi cabeza, «imbécil». Pero, por supuesto, no salió de mi boca.

Con todo el valor y cuidado para no derramar ni una sola lágrima me di la vuelta, comenzando a caminar hacia dentro del instituto sin decirle ni una sola palabra.

—¡Haley! No he terminado de hablar contigo.

Sin pensarlo, y aunque no soy una persona para nada agresiva, ni mucho menos, subí mi mano hacia arriba dejando ver mi dedo del medio. Para que le quedara claro que era un total cretino.

Cerré los ojos, puesto que los tenía cansados, además de que no pude evitar que las lágrimas comenzaran a caer. Eran tantas las cosas por las que estaba pasando que a veces olvidaba que todo esto era real. Que Mark Ross había comprado un arma, que Tyler había muerto, que su padre había matado a su madre, que Aaron Grey se había chocado con él en el coche...

Eso y mucho más eran cosas que realmente estaban sucediendo. No se trataba de una telenovela ni mucho menos de una película. Real. Todo era real. Y lo peor era imaginar qué vendría después, qué pasaría cuando Mark apretase el gatillo, cuando se supiera la verdad, cuando los secretos salieran a la luz y cuando Tyler muriera o viviera. ¿Qué pasaría luego? ¿Vivir como si nada?

En ese momento el tema de la supervivencia de Tyler era lo que más me importaba, puesto que ahora mismo estábamos muy alejados de lo que el sacerdote nos había dicho. Solté un suspiro y me dejé caer en un sueño profundo.

Estaba en un sendero, caminando a paso lento, donde una tenue luz al final me hacía entrecerrar los ojos, puesto que me impedía ver con claridad, y más aún cuando unas sombras se movían a gran velocidad cerca de mí. Asustada me di la vuelta, pero no había nadie. Luego volví a mirar al frente, pero el escenario había cambiado, ahora me encontraba en un prado en el que unas risas de unos niños se escuchaban a lo lejos.

Me acerqué, indecisa, y los encontré a ambos jugando, dándome la espalda. Estos reían. Noté que el niño tenía el cabello rubio. Estaba vestido con una jardinera y unos zapatitos que me hicieron sonreír, eran tan diminutos... A su lado había una niña que tenía el cabello oscuro. Llevaba un vestido claro, de color amarillo. Los dos debían de tener entre cinco y seis años.

—Perdiste, como siempre —le molestó el pequeño. Su voz aguda y tierna me hizo ampliar la sonrisa, y me acerqué más a ellos para poderles ver el rostro.

—Malo, es porque haces trampa —noté que esta se cruzó de brazos.

En ese momento solo me faltaban unos pasos para verlos, pero por una extraña razón no podía moverme. Estaba estática. Intenté mover los músculos en un intento desesperado, pero no podía. Y al parecer los niños no me veían, como si no estuviera realmente ahí. Una desesperación comenzó a entrar en mi pecho. Mis respiraciones cada vez eran más rápidas.

—Claro que no.

—Claro que sí.

—A la cuenta de tres. Uno... Dos...

—Espera, no estoy lista.

—¡Tres! —el chico comenzó a correr por el prado en el lado contrario a mí, por lo que verle el rostro fue imposible. La chica soltó un grito y comenzó a correr también.

En eso, sentí cómo una ráfaga de viento pasó por mi cuerpo, haciendo que me pudiera mover y cayendo al césped. Noté cómo un grito inundó la estancia. La pequeña se había tropezado. Noté cómo el niño se dio la vuelta corriendo hacia ella. No dudé en levantarme también para acercarme hacia ellos. En el camino escuché los sollozos de la pobre niña.

—Vas a estar bien, confía en mí —escuché decirle.

Justo en ese momento el escenario cambió: ahora estaba en unas vías del metro. El corazón se me aceleró de golpe. Tengo que salir de aquí. Tengo que salir de aquí. Miré hacia los lados. Estaba en mitad de las vías, y se escuchaba el ruido del metro acercándose. Corrí como una loca hacia el lado para poder subirme y salir de las vías, pero cada vez que saltaba estas se hacían más grandes.

Me puse nerviosa, comencé a gritar y a llorar como una loca. La gente que pasaba por los lados ni siquiera me miraba, seguían con su actitud indiferente, como si yo no existiera. El corazón me iba cada vez más rápido, miré hacia los lados intentando buscar una salida,

pero en vez de eso vi a mi abuelo. Estaba ahí, al frente de mí. No, esto no puede ser real. Cerré los ojos, gritando como una loca. Tenía que salir, no podía estar ocurriendo esto.

—¡Haley! ¡Haley! —su voz, esa voz, era la de mi abuelo. Me tapé las orejas con las manos, para así no escucharlo, no podía hacerlo.

—¡Ayuda, Haley! ¡Haley! —los gritos cada vez se hacían más fuertes.

—No eres real, no eres real —me susurraba a mí misma.

—¡Despierta, joder! —escuché decir.

Abrí los ojos de golpe. Solté un grito pasmada, asustada, y me moví bruscamente hacia el lado, donde caí de mi cama dándome un golpe en el suelo. Aturdida, pero aún con el corazón en el pecho, me enderecé en posición de ataque, encontrándome con Marie, que me observaba desde la cama, frunciendo el ceño.

—¿Estás bien? ¿Qué te paso? ¿Con qué soñabas?

Pestañeeé unas cuantas veces. ¿Había sido un sueño? Claro que lo había sido, ya que ahora recordaba que había cosas que era imposible que ocurrieran en la vida real. Pero... se había sentido tan... cierto. Pensé en contárselo a Marie, pero al fin desvié el tema.

—¿Qué haces aquí?

—Auch, pero qué tono. Te dije que vendría a comer, y llegué hace... —esta miró su reloj con atención— dos minutos. Escuché tus gritos desde afuera, por lo que saqué la llave que esconde tu mamá en el macetero —me informó.

—¿Estaba gritando?

Esta abrió los ojos, mirándome atenta.

—Lo más probable es que llegue en cualquier momento una patrulla. Tus gritos deben haber asustado a todo el edificio. Yo pensaba que iba a patear unos traseros al entrar, pero solo eras tú con una pesadilla. ¿De qué iba? Para ponerte en ese estado debía de ser bastante horrorosa.

Asentí con la cabeza.

—¿Y?

—No quiero hablar de eso. ¿Mamá no ha llegado?

—Nop.

Solté un suspiro frustrado, y es que no tener celular me estaba empezando a molestar, por lo que le pedí a Marie que me prestara el suyo. Porque en nuestra línea telefónica fija no estaba permitido llamar a celulares por el gasto. Después de cuatro tonos, al fin cogió el teléfono.

—¿Vienes a comer?

—¿Haley? —esta soltó una carcajada, al parecer venía muy feliz. Bastante, para mi gusto. Puse los ojos en blanco, ya que si estaba borracha iba a vérselas conmigo.

—¿Dónde estás?

—¿Qué te sucede? Estoy llegando a casa ahora.

—¿Estás bebida?

—No, lo juro —se escuchó la voz de un hombre a su lado... Genial—. Voy a llegar en cinco minutos —esta bajó el tono de voz, pero igualmente se escuchó—. No, no voy a invitarte.

—¿Qué?

—No, no hablaba contigo. Llego en cinco —iba a cortar, pero esta al parecer no lo hizo sin darse cuenta.

Sé que estaba mal escuchar, pero la curiosidad me ganaba.

—Roy, tú no vas a comer en casa, entiéndelo —¿Estaba con Roy? ¿Había salido con él?

En eso, recordé esa cita para comer que Tyler me había contado, en la que mamá había salido con este. ¿Le habría ido bien?

—¿Por qué no? Haley me invita.

—La dueña de casa soy yo, así que tú no entras. Ya tengo mucho por hoy contigo.

—Vamos, si lo hemos pasado bien.

—Pero eso no significa meterte en mi casa.

—¿Es por Haley? Vamos, Anna, supéralo de una vez. Nos llevamos bien.

¿Por mí? ¿Qué tenía que ver yo en esto? No quería saber más, un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Entonces recordé las palabras de Tyler: *Estoy seguro de que Roy es tu padre*. Y ahora eso que tantas veces le negaba me estaba empezando a convencer.

Tyler

Ya era de noche y Mark Ross estaba en el jardín de nuestro hogar fumándose un cigarrillo a escondidas mientras miraba las estrellas, pensativo. Sí, me había prometido alejarme de todas las mentiras y secretos, pero luego de ver la pistola que llevaba consigo todo se fue a la mierda. Necesitaba saber para qué diablos la quería, puesto que yo creía que era para Aaron Grey, pero también había otras opciones, como Fernando Ross o él mismo.

Por eso lo seguí todo el día, aunque no pasó nada de otro mundo. Solo sabía que la pistola la había guardado en el maletín debajo de su cama. Y en mi cabeza aún me debatía si Haley tenía razón. Esto estaba mal. Matar a Aaron Grey no debía hacerme sentir bien, sino que debería sentirme horrible. Pero no podía, él me había matado. ¡Y por supuesto que quería devolverle el golpe!

Sonaba despiadado, pero no iba a mentir. La idea brillaba en mi cabeza, quería que él sufriera la misma pesadilla en la que yo estaba. Y si Haley no podía entenderlo no significaba que estuviera mal. Porque no lo estaba... ¿o sí?

Escuché unas pisadas detrás de Mark provenientes de alguien que venía hacia nosotros. Mark no intentó ocultar el cigarrillo ni tampoco mover la cabeza hacia la persona. No tenía ningún interés.

—¿Fumando? —la voz era de Diana.

Sí, la novia de James y la hermana de Aaron Grey e hija de Richard Grey. Zorra de cuarta. Mark, por su parte, le echó un vistazo para luego ni tomarle atención.

—¿Me das uno?

Este se encogió de hombros. Miró la cajetilla, que estaba encima de la mesilla de vidrio que había a un lado. Esta al tener su permiso caminó hacia ahí, donde le pidió que le prendiera el encendedor. Entonces Diana se acercó a Mark e hizo una calada. Esta no se movió, no acertó la distancia con Mark, pero se había quedado bastante cerca. Y yo sabía lo que quería.

—El auto me ha funcionado bastante bien, gracias a ti —esta pestañeó bastante, como para poner la típica cara que Lauren me hacía cuando quería que la besara frente a todos en el instituto.

—¿Ah sí? —Mark apartó la vista de ella, dando una calada.

—Sí. ¿Recuerdas el día que nos conocimos? —esta al parecer iba a seguir hablándole hasta que Mark cayera a sus pies. Mi hermano asintió con la cabeza—. Hoy me pasó lo mismo, solo que con mi jefa.

Mark, que seguía con el semblante duro e inexpresivo, lo relajó, mirándola esta vez con una leve sonrisa.

—Mientes.

—¡No, lo juro! Se me cayó todo el café encima de ella, ya sabes, estaba corriendo para no llegar tarde y choqué sin siquiera verla —Mark ahora sonreía de oreja a oreja, soltando una carcajada. Diana también lo hizo, dejando una sonrisa de diosa—. Fue vergonzoso.

Es que era bellísima. «No, Tyler, no caigas, es la hermana de Aaron Gay». Esta se pasó una mano por el cabello, desordenándose, mientras seguía sonriendo.

—¿Y qué te hizo? —le preguntó Mark, ahora con toda su atención en ella.

—Me sacó de un evento que había hoy por la noche, pero nada importante. Además, así podía venir a contártelo —esta le dio un empujón, acercándose aún más a él.

Diana empezó a darle caladas a su cigarrillo, y mientras tanto Mark aprovechó que esta no lo veía para mirarla, intrigado, y es que Diana al parecer estaba jugando bien sus cartas, cosa que me molestaba. Necesitaba que este me escuchara. Diana era mala, pero tan guapa que era imposible hasta para mí no caer en sus encantos.

—¿Y James? ¿Está dentro?

Bien Mark, así se hace. Noté que esta se demoró en responder, seguro que ni sabía qué diablos decir ante eso.

—Yo... —abrí los ojos sin creérmelo. Diana soltó un sollozo, y varias lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas, temblando. Y antes de que Mark dijera algo se tiró a sus brazos, abrazándolo.

—Diana, ¿qué ocurrió? —Mark, que estaba igual de sorprendido que yo, dejó que esta se quedara ahí, mientras le acariciaba la espalda para calmar sus sollozos, que eran bastante fuertes.

—Fui a su habitación y... —esta demoró su respuesta, puesto que tenía la respiración entrecortada— estaba con alguien más. Escuché ruidos, pero nunca pensé en encontrármelo con... —esta no pudo terminar, pero ambos captamos la idea.

No le creía en nada, pero por su tan buena actuación hasta me daban ganas de ir a verificar si era cierto. Mark seguía siendo, muy dentro de él, Mark Ross. El hermano bueno. Así que este la siguió abrazando, consolándola, dejando el muro sin sentimientos que siempre estaba atado para ser dulce con Diana. «Maldita. Maldita. Maldita».

—No sabes cuánto me arrepiento de haberte hecho lo que te hice, Mark, realmente lo siento —esta se separó un poco de él, mirándolo a pocos centímetros—. Soy una estúpida, siempre aparte de mí a las personas que más quiero. Debes odiarme —esta volvió a soltar más lágrimas.

—¿Yo? ¿Odiarte? Vamos, no seas tan dramática.

Esta le sonrió de nuevo y Mark se iba a despegar de ella, pero Diana se lo impidió.

—No me sueltes, se siente bien volver a estar junto a ti.

Mark la miró, parpadeando, y noté que al fin tomaba conciencia.

—Diana... no quiero que confund...

«Estupendo, realmente estupendo». Esta había callado a Mark juntando sus labios. Al parecer había sobrevalorado a mi hermano, puesto que este ni siquiera forcejeó, sino que

le siguió el beso sin dudarle. «Maldita. Maldita. Maldita». La odiaba, aunque fuera jodidamente atractiva.

¿Y ahora qué? Diana ahora iba a cerciorarse de que Mark no abriera la boca, y mucho menos de que descubriera que ella era la hermana de Aaron. «Genial». Y yo, como un estúpido, seguía ahí parado mientras mi hermano y Diana se daban el lote a besos en el jardín.

Haley

—Roy, realmente eres el padre de ensueño —le comentó Marie mientras seguía riendo a carcajadas por su cara untada de mostaza.

Yo, en vez de reír, me quedé en silencio, observándolo. Y es así como había sido desde que había llegado con mamá, puesto que la teoría de Tyler ahora también formaba parte de mí. ¿Y si Roy era mi padre?

—Límpiate o no te dejen venir más —le comentó mi madre, parándose de su asiento para tomar unas cuantas servilletas, pero Roy la manchó a ella también, lo que hizo que Marie volviera a reír y mi madre soltara un grito.

—¡Te has echado al agua solo, Miller! Ahora me las pagarás —esta tomó el envase y lo apuntó a su rostro. Un chorro de mostaza estalló contra Roy, que se paró al instante riendo como un niño.

—¡Que me ha caído a la comida! —se quejó Marie, enfadada, al ver que su plato estaba untado del líquido amarillento.

—Qué dolor de cabeza que eres, Marie —comentó Roy molestándola, y esta, sin pensarlo dos veces, agarró la ensalada y se la arrojó en la cara. Mamá chocó los cinco con ella, guiñándole un ojo.

—Ven, Haley, tienes que ayudarme. Tu madre y Marie están locas —Roy intentaba no mancharse, pero ya era tarde.

No sabía si ir hacia él o no. Desde que había llegado con mamá apenas había abierto la boca, y es que el mero hecho de pensar que podría ser mi padre me ponía los pelos de punta. Entonces, ¿por qué me abandonó?

—¡Vamos, Haley! Yo sé que tú eres la buena de entre las tres, no me dejes morir.

Le eché un vistazo. Me sonreía de oreja a oreja. Y ahí me di cuenta de que Roy era una buena persona, y de que quizás, si había alguna posibilidad de que fuera mi padre, no me había abandonado porque sí, tendría una razón. Me levanté de mi asiento, sonriendo al fin.

Me adentré a ayudarlo, pero como era tan despistada me resbalé con la mostaza del suelo cayendo de bruces, ganándome carcajadas de todos los presentes.

—¿Realmente Roy crees que vas a ganarnos con eso? —Marie se reía de mí, y yo la miraba con los ojos entrecerrados.

—Ya, vas a ver qué puede hacer esto —me levanté de un salto y tomé la botella de bebida batiéndola rápidamente, y la abrí mientras Marie me miraba con los ojos abiertos de par en par.

—No te atreverás.

—Oh, sí —fue lo último que dije antes de abrir la botella, cuando el gas hizo que saliera a chorros hacia donde estaba Marie, mojándola por completo.

Una satisfacción me invadió de pies a cabeza. Miré a Roy y a mi madre, que estaban atragantándose de la risa, y me imaginé qué hubiera sido tener todos los días así. Con un

padre, con Roy. presente. Todos esos problemas de dinero, de trabajo, de instituto, de comida, de electricidad, de gas, de ropa, de borracheras. Todos ellos, no hubieran existido y podríamos ser una familia feliz.

El punto era: ¿por qué no lo habíamos sido? ¿Qué había ocurrido para que mi madre hubiera alejado a Roy? ¿O que este se hubiera alejado de nosotras?

Tyler

Hoy no iba a suplicarle a Haley que me hablara. Estábamos en el instituto, las clases habían comenzado y desde hoy por la mañana que ninguno de los dos nos habíamos dirigido la palabra. Aunque noté que quería decirme algo, ni la miré. Aquí el enojado y ofendido debía ser yo. Le tocaba a Haley pedirme perdón por haberse pasado conmigo el día anterior.

En fin, ahora estaba caminando por los pasillos mientras Haley estaba con la profesora Torres hablando sobre literatura, seguramente. Así que ahí fue cuando nos separamos, y ahora yo buscaba algo de acción, como siempre. Pero mientras los iba observando a todos, noté que Marie Acuña estaba mirando el vitral de mi memorial. Este estaba en una de las paredes de vidrio, y dentro había unas cuantas fotos mías y dos trofeos de temporadas en las cuales fui capitán.

En eso, noté que ella estaba leyendo lo que habían escrito de mí muy concentrada. Tanto que ni notó cuando James pasó a su lado, y al igual que yo frenó su camino para mirarla con atención sin que ella se diera cuenta.

—¡Ei, Ross! Vamos a estar en las gradas. ¿Vienes? —dijo uno de sus amigos, que estaba a unos metros de distancia.

—Sí, vayan por mientras, ahí los alcanzo —respondió él, a lo que Marie al escuchar su voz tan próxima a ella se dio la vuelta de golpe.

Noté que sus mejillas se pusieron rojas, y sin siquiera dirigirle la mirada a James comenzó a caminar hacia su próxima clase. Pero no iba a escaparse así de fácil. James la tomó de la muñeca, impidiéndole seguir caminando.

—¿Conociendo a mi hermano?

Marie asintió con la cabeza, encogiéndose de hombros.

—Todos hablan de ello, me picó la curiosidad.

—Pues no creas todo lo que dicen.

—¿Y eso por qué?

—Cotilleos, nada peor que ellos. Tuercen la verdad a su gusto, difundiendo rumores.

Marie soltó una carcajada.

—Al igual que tú, ¿no?

—¿Por?

—¿Diciéndole a tu papito con quién salgo? Sé cuidarme sola, no necesito a un perro que me defienda. ¿Estamos? —esta había cambiado su expresión a una seria e inexpresiva.

James la miraba estupefacto, puesto que debía preguntarse cómo diablos se había enterado.

—Te hice un favor.

—¿Y eso por qué, exactamente?

James se quedó ahí en silencio, sin responder, a lo que soltó su muñeca, que aún la tenía agarrada, para ahora él seguir su camino.

—¡No me has respondido! —le gritó Marie, corriendo tras él.

—No es asunto tuyo.

—Claro, es mi vida y tú te metiste en ella.

—Déjame en paz, Acuña, no quiero seguir peleando contigo, ya se hace aburrido —noté que la mayoría de los presentes que lo habían escuchado comenzaron a reírse, a lo que Marie se puso más furiosa.

—Eres un imbécil.

—Bien —este volvió a retomar su camino, alejándose.

—¡Estúpido! —le gritó.

—Bien —gritó de vuelta.

—¡Idiota!

James subió el dedo gordo, en señal de aprobación, sin siquiera darse la vuelta.

—¡Egocéntrico!

Ahora ni siquiera le respondió, por lo que Marie caminó unos pasos más, gritando a todo pulmón.

—¡Aburrido! ¡Maldito gilipollas! ¡TE ODIO!

—¡YO IGUAL! —James se dio la vuelta gritando igual que Marie, y justo cuando esta iba a responderle dobló por el pasillo desapareciendo de su vista.

Yo solté una carcajada, ya que estos dos eran tal para cual. Marie se acercó a su casillero, que estaba al lado, y al no abrirse se descargó contra él dándole algunos golpes, llamando la atención de todo el pasillo. Pero ni les tomó atención.

—Hijo de puta —susurró, tomando su cartera para colgársela atrás mientras caminaba a su primera clase refunfuñando.

Y esa era la fina y elegante hija de Fernando Ross, el candidato a alcalde de Chicago.

Haley

Estaba saliendo de Física, clase que Lauren se pasó entera masticando chicle detrás de mí. Y sabía que lo hacía con la intención de molestarme, ya que más de una vez sentí su boca cerca de mi oreja a propósito, desconcentrándome cuando el profesor me preguntaba algún ejercicio. «Gracias, Lauren, tan simpática y amable».

Y lo peor era que hoy por la mañana al ver a Tyler tenía unas ganas enormes de contarle lo de ayer, pero al ver su rostro inexpresivo hacia mí me dio un terror de pelos, puesto que había olvidado nuestra pelea. Y Tyler al parecer no era el que se iba a disculpar en esta ocasión. Pero tampoco lo iba a hacer yo.

Al estar tan despistada pensando en Tyler choqué, nada más y nada menos, que con Narco. Este me miró de arriba abajo sonriendo macabramente, como siempre.

—Dickens, justo la chica a la que buscaba.

—¿En serio? —solté, sin creérmelo. ¿Él me buscaba a mí?

—Ven conmigo, vamos a un lugar más... —este miró hacia los lados, y al hacerlo había unas cuantas personas mirándome de reojo. ¿Qué les sucedía?— ...tranquilo.

Aunque un terror inundó mi pecho no lo dudé. Y es que Narco había estado en lo correcto en muchas suposiciones que me había dicho, y no iba a perderme la oportunidad de obtener respuestas. Asentí con la cabeza y fui caminando detrás de él, pues iba demasiado rápido entre la gente.

Yo le seguía con la vista en el suelo, puesto que el hecho de que la gente me viera junto a él me provocaba algo de nervios. No quería que Steve y Lauren comenzaran a cotillear y a esparcir rumores sobre él y yo. Pero, por supuesto, mi suerte no era la mejor, ya que

Simon apareció en mitad del camino para saludarme. Además, andaba con la mitad del equipo junto a él.

—Haley, ni te imaginas lo que me ha pasado —este me sonreía de lado, emocionado.

Yo miraba a Narco, que se estaba perdiendo entre la gente. No podía perder esta oportunidad.

—Luego, Simon, tengo que irme —me bastó a responderle sin mirarlo a los ojos, ya que mi corazón iba a mil al recordar el beso.

No estaba lista aún. Ni esperé a que respondiera, sino que comencé a correr en busca de Narco, que iba bastante más adelante. Al fin llegamos a su guarida, pasando por la cafetería vacía hacia el sector de la escuela que era más bien el almacén de todo.

—No voy a caminar más, lo que quieras hablar conmigo lo hacemos aquí —exigí, ya que no iba a adentrarme hasta el final del pasillo sola con él.

Este se dio la vuelta hacia mí sonriendo de lado.

—Qué carácter que has adquirido. Se podría decir que ya eres otra —yo no respondí, sino que me crucé de brazos, esperando que continuara—. A ver, tienes preguntas, ¿no?

—Muchas.

—Entonces empieza.

—¿Qué sabes de Tyler Ross?

—Que está muerto —este volcó los ojos, frunciendo el ceño—. ¿Qué sabes tú? —dudé, sin saber qué decir—. Me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere

—este había sacado una rosa marchita de su bolsillo mientras iba sacando pétalos—. ¿Tú qué dices? ¿Te quiere o no?

Fruncí el ceño sin entender de qué iba con eso. Narco soltó una carcajada bastante sonora.

—Aún no entiendes el punto de todo esto, ¿no? Se acaba el tiempo, Haley, y estoy comenzando a hartarme —noté que ahora en vez de sonreír como un maníaco se pasaba la mano por el cabello largo, algo nervioso—. Tic-toc, tic-toc, tic-toc, tic-toc. Si tú avanzas no puedes dejarlo atrás, si él avanza no puede dejarte atrás. Son un todo, el todo no puede avanzar si uno se queda atrás, esa es la clave. Si uno queda atrás, todo el todo se queda atrás. Y el tiempo sigue corriendo, tic-toc, tic-toc, tic-toc.

Ahora estaba comenzando a asustarme. ¿Qué le sucedía?

—Por favor, sé más claro, no entiendo a qué te refieres.

Este soltó un suspiro.

—Verdad, mentira, todo depende de cómo se mira —este volvió a sonreír, a lo que fruncí el ceño—. Es fácil, tú eres la verdad, él es la mentira.

—¿Qué? ¿Te refieres a Tyler y a mí? ¿Él es la mentira? ¿Por qué?

Narco me miró un momento negando con la cabeza, parecía raro. Este se acercó más hacia mí, susurrándome.

—Tienes que hacer verdad algo que es mentira. Piensa, Haley, es todo lo que necesitas hacer para ayudarlo.

«¿Hacer verdad algo que es mentira?», fruncí el ceño sin entender nada.

—¿Quién eres? —me bastó a decirle, a lo que nuestros ojos se conectaron.

Hubo un silencio. Hasta que Narco respondió en un susurró apenas audible, lo que me erizó los pelos.

—Lo descubrirás tarde o temprano.

Y, sin más, se dio la vuelta comenzando a caminar hacia la cafetería, pero me quedé ahí, intacta. Entonces podría descubrir quién era realmente, pero él no iba a decírmelo. Sin pensarlo dos veces volví a la realidad y comencé a correr hacia la cafetería para encontrarlo. Necesitaba más respuestas.

Pero al llegar esta estaba completamente vacía. ¿Dónde se había metido?



CAPÍTULO 3 DESPERTAR

Tyler

—Venga, ¿por qué sigues aquí? —Kyle me miraba atentamente, a lo que yo solté un gruñido cansado.

Y es que ya llevaba diciéndomelo desde hace tres horas. Estábamos en la cafetería del hospital, donde en un comienzo habíamos tenido de qué hablar, ya que le había dicho todo lo que había pasado hoy, y por supuesto también lo de ayer.

—¡Tyler! —este me llamó, a lo que lo miré sin ninguna expresión—. Anda con Haley, no seas orgulloso.

—Calla, hago lo que me da la gana. Y no me da la gana de ir con Haley. Y para con el tema del orgullo, cierra la boca con eso —le apunté, cabreado.

Este, por su parte, se encogió de hombros.

—¿Acaso vas a golpearme? Porque recuerda que no puedes hacerme nada.

Bien, Kyle se lo había buscado. Me levanté de mi asiento y comencé a caminar hacia la salida del hospital. «Sí hay algo que puedo hacerte. Y es dejarte solo, imbécil».

—¿Vas a buscarla? —este iba por detrás, entusiasmado, a lo que yo volqué los ojos—. ¿Tyler? No me vengas con lo de la ley del hielo —solté un suspiro, cabreado—, eres tan niño cuando te enojas —este ahora reía, haciendo que me enfureciera más.

¿Por qué siempre reía? Subí el dedo del medio, al igual que Haley la última vez que habíamos establecido palabra, lo que me dejó con la boca abierta, pues no me lo esperaba para nada del mundo.

—Bien, no me hables, a ver si de esa forma puedes usar bien tu cerebro y reconocer de una vez lo que realmente te pasa con...

—¡Cierra la boca! —me di la vuelta gritándoselo frente a frente.

—Acepta de una vez que te pasan cosas con Haley. ¿Por qué lo niegas?

—¿Por qué les da por meterse en mi vida? Yo me conozco mejor que tú y sé muy bien lo que quiero y lo que no. Así que para de preocuparte por mí y preocúpate mejor por ti.

—¿De qué hablas? No mezcles mi vida con tus...

—Tan feliz todo el tiempo —le corté, soltando una carcajada burlona—. ¿Y sabes qué? Esa chica, tu novia, no va a esperarte sentada a que despiertes el resto de su vida. Ella va a seguir su vida y te va a dejar, esa es la realidad. Mejor preocúpate por eso que por andar metiéndote en la vida ajena.

Kyle había cambiado su expresión a una nunca antes vista en él. Su boca estaba apretada, dándome a conocer una fina línea, en la que sus ojos tampoco ayudaban, parecía que iba a saltar contra mí en cualquier momento.

—Eres un imbécil.

«Créeme que ya lo sé», me dije a mí mismo antes de darme la vuelta y desaparecer por las puertas del hospital, dejando a Kyle atrás.

Haley

Necesitaba hablar con Tyler. Y lo necesitaba ahora. ¿Pero dónde? Ya había pasado un día desde mi encuentro con Narco. Ayer me había pasado toda la tarde buscando a Tyler, pero no había ningún rastro de él. Por la mañana había tenido la esperanza de encontrarlo, pero este se esfumó de inmediato, sin darme siquiera el tiempo para contarle sobre mi conversación “interesante”, si se le podía llamar de esa manera.

Ahora caminaba por los pasillos de la escuela con la vista arriba buscando a la maldita mata de cabellos rubios. «Vamos Tyler, aparece», rogaba interiormente. Pero, por supuesto, como siempre, la suerte no iba de mi parte. Lauren Davis venía hacia mí a paso lento pero seguro. Pensé en doblar en uno de los pasillos y de esta forma ahorrarme lo que fuera que quisiera, pero ya no era esa “rata de biblioteca”, y si quería decirme algo que lo hiciera. Con mucho gusto.

—A ver... —esta ya estaba enfrente de mí, mirándome de arriba abajo—. ¿Amarillo con rojo? —la miré confundida—. Y yo que llegué a creer que realmente tenías algo de sentido común...

Miré mi ropa, unos pantalones amarillos ajustados más una blusa roja. ¿Muy mal? Porque realmente había sido un lío por la mañana elegir qué ponerme, puesto que sin Tyler era un desastre con el tema de combinar prendas y verme como una chica... una chica como Lauren. Y hasta ahora ya ni sabía por qué me seguía preocupando por eso. Lauren estaba con esa mueca de asco hacia mí, pero ni le di importancia.

—¿Qué quieres?

—Auch, qué tono que te tenías guardado, cuatro ojos.

Ni lo pensé dos veces, comencé a caminar pasando por su lado, golpeándole el hombro. No iba a dejarle burlarse de mí en mi propia cara, tenía cosas más interesantes que hacer.

—Espera, no te vayas —Lauren corrió hacia mi lado, y me extrañó verla tan preocupada. ¿Qué quería de mí?—. ¿Puedes ser mi tutora en Física? Estoy reprobando.

Y esa era Lauren Davis, directa al grano. Con solo ver su rostro sin ninguna mueca de gracia caí en la cuenta de que hablaba en serio. Carraspeé.

—¿Por qué te preocupa reprobado ahora?

—Porque mi padre me quitará el coche si lo hago —Solté una carcajada—. Vamos, Haley, lo necesito.

—Vamos a hacer como si esta conversación nunca hubiera ocurrido.

—¿Eso es un no?

Seguí caminando con la vista gacha. Lauren, por supuesto, no se quedó atrás, y me siguió los talones. En eso, pude ver a Marie entre la multitud, bostezando como quien no duerme en toda la noche. Me acerqué a ella, esperando que Lauren desapareciera de mi espalda.

—Hola, Marie —le saludé, colocándome junto a ella.

Lo peor era que Lauren seguía detrás de mí. Marie me echó una mirada con sus ojos soñolientos, que se abrieron de par en par al haber reparado en la chica que tenía por detrás.

—Sabía que seguía durmiendo, era imposible que el despertador sonara tan temprano —susurró, a lo que no pude evitar mordirme el labio para evitar soltar una carcajada.

Y es que ver a Lauren Davis detrás de mí era algo nunca visto. «Créeme que también me gustaría que esto fuera un sueño», me dije.

—¿Lista para la prueba?

—Nop, mi plan es despertar, hacer ver que estoy enferma y faltar a clases —me respondió, encogiéndose de hombros.

—No estás soñando, Marie —volqué los ojos, ya que al parecer realmente se lo estaba tomando en serio—, si quieres te explico algo antes de que toque el timbre —le animé al ver sus ojos abiertos de par en par.

—¿Estás jodiéndome? —la voz de Lauren por detrás me hizo respirar profundamente.

—¿Y qué le pasa a esta? —se metió Marie, acercándose a Lauren, justo lo que no quería que pasara—. A ver, princesita, ¿se te rompió la corona?

Bien, Marie iba a comenzar una pelea en pleno pasillo, y eso que aún ni habíamos entrado a clases. Perfecto día.

—Perdona, ¿me hablas a mí?

Marie soltó una risa irónica.

—¿No te cansas de parecer una retrasada mental? Si te gusta tanto disimular ser una Barbie, al menos sé una real, con cerebro, no puro plástico.

Yo me eché un paso atrás, puesto que noté cómo las dos se mantenían la mirada fija la una en la otra sin siquiera pestañear. Estupendo.

—Te crees que siempre tienes la razón, ¿no? No sabes una mierda de mí.

—¿Y qué? Solo hablo lo que todos creen, pero no tienen las agallas para decírtelo.

—No me hagas reír. ¿Lo que todos creen? Si solo tienes un par de amigos, ni sabes lo que dices.

—¿Y tú cuántos tienes, Lauren? A ver, ¿por qué crees que todo el instituto sabe todo sobre ti? Por los chismes, ¿no? Y para comenzar un chisme alguien tiene que abrir la boca. Y cuando te sucede algo, ¿a quién se lo cuentas? —Marie miraba fijo a Lauren, que estaba ahora con el ceño fruncido—. Respóndeme. ¿A quién se lo cuentas?

—A mis amigas. No sé qué diablos quieres...

—Tus amigas. Pues entonces ahí está el punto —le cortó—. Yo tengo un par de amigos, pero al menos lo son realmente. Las tuyas son solo chismes, plástico.

En el pasillo había unas cinco o seis personas que miraban con atención la escena, y Lauren lo notó, poniéndose nerviosa.

—¿Por qué mierda me dices esto?

—Porque yo fui igual a ti, una chica que se creía la reina del mundo, que todo en su vida era perfecto, hasta que llegué a un punto en que por supuesto el cuento de hadas terminó explotando.

—No soy igual a ti, estúpida.

—Ahora no, pero sí antes lo era. ¿Y te digo qué es lo que nos diferencia? —noté cómo a Lauren le temblaba el labio.

Marie se le acercó al oído y Lauren se quedó quieta como una piedra.

—Que la opinión de los demás me importa una jodida mierda.

Marie le dio unos cuantos golpes en la espalda, a lo que Lauren ni se movió. Justo en ese momento, el timbre resonó sobre nuestras cabezas.

—¿Vas a enseñarme o qué? —Marie ya había llegado a mi lado, sonriéndome abiertamente.

—La prueba es ahora —pude decir, puesto que tenía toda mi atención en Lauren, que seguía ahí parada sin abrir la boca.

—Jódeme. ¿Estás de broma?

Negué con la cabeza, dándome la vuelta con Marie para caminar hacia la clase de Física.

—Esto me pasa por no cerrar la boca nunca. Imbécil, imbécil —solté una risa cuando esta se golpeaba la cabeza con la mano—. Y tú no te rías, que no es gracioso.

—Bien, no abriré la boca —sentencié.

Mientras Marie ojeaba mi cuaderno rápidamente miré hacia atrás. Pude notar, en la distancia, que Lauren corría hacia Steve, echándose en sus brazos. No pude ver la expresión de Lauren, pero sí la de Steve. Y me dejó bastante claro que Lauren estaba llorando en sus brazos.

¿Qué había pasado? ¿Por qué le había afectado tanto lo que dijo Marie?

Tyler

Mark estaba fuera de clase fumándose un cigarrillo en la entrada, sin siquiera inmutarse con el hecho de que el timbre había sonado hacía ya cinco minutos. Este seguía con el mismo ritmo, ya que al parecer la menor de sus preocupaciones era entrar a clase. En ese momento eché un vistazo al instituto, preguntándome qué estaría haciendo ahora Haley.

Me encontré con las siluetas de Lauren y Steve caminando hacia el campus, y se notaba que algo ocurría. Sin pensarlo dejé a Mark atrás, encaminándome hacia ellos. Al ya estar a pocos metros pude escuchar exactamente lo que discutían.

—No hagas caso, Lauren, no dejes que te afecte —Steve tenía el brazo alrededor de su cintura, atrayéndola hacia él, mientras se escuchaban los sollozos provenientes de esta.

¿Por qué Lauren lloraba?

—No puedo evitarlo, soy así —Lauren se llevó las manos al rostro mientras negaba con la cabeza.

—Estabas tan bien, Lauren, tienes que dejar de meterte en peleas.

—No quería, solo fui a pedirle a Haley Dickens que me hiciera tutorías, como me había dicho el profesor.

—¿Y por qué terminaste peleando con Acuña?

—Ella me dijo que no, entonces le seguí insistiendo. Y cuando comenzó a hablar con Marie le ofreció ayuda. Me enojé, pues le acababa de pedir lo mismo y se había negado. Entonces Marie comenzó a fastidiarme y... sabes que no iba a callarme.

—Tienes que estar tranquila, Lauren, y lo sabes. No te hace bien pelear a cada momento, me lo habías prometido.

—No quería hacerlo, es que ella... me saca de mis casillas. Ni te imaginas las cosas horribles que me dijo.

—Olvídalas, sabes que ellas no te conocen. Ei, mírame —Steve le tomó la mejilla para que Lauren lo mirara en vez de desviar la vista. Noté cómo unas cuantas lágrimas caían de sus ojos. Lágrimas reales—. No importa lo que diga el resto.

—Es fácil para ti decirlo cuando nadie habla mierdas de ti a tus espaldas.

—Sí lo hacen. ¿Y crees que me importa? No me vale nada la opinión de cualquier cretino de aquí, lo que sí vale es la opinión de los que quieres. Y la persona que más quiero eres tú.

—Escucharlo resulta tan simple.

—¿De qué hablas?

—De que no puedo evitar que la opinión de los demás no me importe, lo hace, y aunque lo intente no me es posible.

No entendía ni una mierda de lo que hablaban. ¿Desde cuándo Lauren Davis era tan sensible? Aún no me cabía en la cabeza si esto era parte de una actuación o algo así.

—¿Te has estado tomando las pastillas?

¿Pastillas? Miré a Lauren expectante. Steve paró de caminar, poniéndose junto a ella. Esta, por su parte, estaba con la vista en el suelo.

—Joder, Lauren, las necesitas. El psiquiatra lo dejó claro, si no te las tomas puedes empeorar.

—No te enfades, perdón.

—Claro que me enfado. ¿Por qué no las has tomado?

—¡Me dejan mal! Me siento como una mierda luego de tomármelas, ni puedo salir de mi cama.

Steve se pasó una mano por el cabello, al parecer estaba pensando qué decirle. Yo no sabía de qué iba todo esto.

—Solo será un tiempo, es para que mejores.

—Puedo hacerlo sin ellas, estoy segura —hubo un silencio, en el cual Steve miraba hacia los lados, sin mirarla—. No me crees capaz, ¿no?

—No es eso, creo que si te lo recetaron es porque es lo mejor para ti.

Nuevamente se formó un silencio, mientras Lauren jugaba nerviosa con sus dedos, y unas cuantas lágrimas más se formaban en sus ojos.

—Si quieres terminar conmigo dilo y ya.

—¿Qué?

Lauren soltó una carcajada quebrada que no tenía nada de alegría. Más bien era deprimente.

—Vamos, una novia con depresión, anorexia y bulimia no creo que sea lo más atrayente —abrí los ojos de golpe. ¿Lauren Davis con depresión? ¿Anorexia? ¿Bulimia?—. Puedes estar con cualquier chica cien veces más linda, delgada y feliz que yo.

—No soy Tyler, Lauren. ¿Por qué no puede entrarte en la cabeza? —¿Yo? Los miré con toda mi atención—. Me gustas, ni te imaginas cuánto. Y si tengo que repetirte todos los días lo hermosa, delgada y perfecta que eres para que te quede claro, lo haré.

—No puedes estar hablando en serio.

Steve volcó los ojos, cabreado.

—Sí que lo hago, Lauren. Sé que es apresurado, pero realmente te quiero, como nunca antes he querido a nadie. Y créeme que lo que me enamoró de ti fue lo de aquí —Steve había acortado la distancia con Lauren, quedando a escasos centímetros, y con el dedo apuntó a su corazón—. Sacas lo mejor de mí como nunca nadie lo ha hecho.

—Es difícil creerte cuando fuiste el mejor amigo de Tyler —esta lo miraba directamente a los ojos.

Y al escuchar nuevamente mi nombre no entendía de qué iba. ¿Qué tenía que ver con los problemas de Lauren?

—Sé que él causó tu inseguridad, tu miedo a subir de peso, tu desorden alimenticio. Pero eso no significa que yo soy igual. Y creo que con lo que llevamos juntos nunca te he hecho sentir así. ¿No?

¿Qué yo había causado qué? Debía ser una broma. Más de una vez le había comentado a Lauren que no le quedaba bien algún que otro pantalón, algunas faldas y vestidos. Pero...

¿Qué más quería que hiciera? Si me estaba preguntando cómo le quedaba y le quedaba mal, ¿para qué iba a mentirle? ¿Y ahora era yo el responsable de que sufriera depresión, anorexia y bulimia? Lauren asintió con la cabeza.

—Gracias, Steve —dijo esta, colgándose a él.

Los dos comenzaron a besarse como en una película romántica. Y yo, que no tenía ningún ánimo de quedarme contemplando a mi exnovia y mi exmejor amigo me retiré de la escena para dejarlos darse el lote en pleno instituto, algo a lo que ellos ya estaban familiarizados, al fin y al cabo.

Haley

—Pero si es el señorito popular —comentó Marie al ver a Simon caminando hacia nosotras con su bandeja en mano—. Ya estaba empezando a dudar si tu cabeza aún seguía con las neuronas intactas.

Simon frunció el ceño a Marie, sonriendo de lado. Y es que Marie nunca paraba con sus ironías de ese tipo, mientras que yo por mi parte quería salir de ahí. No sabía cómo mirarlo, no sabía cómo hablarle. ¿Sería cierto? ¿Realmente estaba enamorado de mí?

«Vamos Haley, ni te lo creas», me molestó mi inseguridad, haciéndome al menos relajarme. Tenía que autoconvencerme de que Simon no sentía nada por mí. Este en vez de sentarse al lado vacío que estaba junto a mí se sentó al lado de Marie, sin siquiera mirarme. «Bien, Haley, sácate de la cabeza esa idea», me dije a mí misma, «solo eres su mejor amiga».

—¿Listo para el partido del viernes? —le preguntó Marie, emocionada.

Simon asintió con la cabeza mientras se llevaba la comida a la boca.

—Los chicos dicen que es pan comido, aunque Whitey de todos modos nos ha hecho quedarnos hasta tarde entrenando.

—Está bien, mejor no confiarse —yo asentí con la cabeza, sin añadir nada—. ¿Y Steve Fox sigue siendo un cretino como siempre? ¿O ha cambiado su actitud?

—Ni me hagas hablar de él —Marie soltó una carcajada, a lo que Simon volcó los ojos—, con eso te digo todo.

Mientras estos dos seguían charlando me perdí observando la cafetería en busca de la mata de cabellos rubios, pero principalmente me interesaba Narco. Necesitaba encontrarlo. Necesitaba hablar con él. Necesitaba saber quién era. En eso que mis ojos se toparon con los de James Ross, que estaba justo entrando a la cafetería, y noté que se me quedó mirando fijamente, frunciendo el ceño. Yo bajé la vista de inmediato, avergonzada.

—¿Haley? —la voz de Marie me hizo volver a estos dos.

—¿Eh?

—Estás rara. ¿Qué sucede?

Negué de inmediato, pareciendo de lo más normal.

—Nada, solo tengo sueño.

Los miré a ambos como si nada, volviendo a tomar atención en mi almuerzo.

—Voy a buscar una gaseosa. ¿Quieren? —Simon y yo negamos, pero en ese momento me arrepentí. Quería decirle a Marie que no se preocupara, que yo iba a por ella. Pero, en cambio, ni me moví, dándome cuenta de que iba a quedarme sola con Simon.

No, no podía ser. Observé cómo Marie caminaba hacia la máquina de gaseosas, que quedaba en la otra esquina de la cafetería. «Apresúrate, vamos», pedía interiormente.

—¿Y? ¿Qué era eso tan urgente que tenías que hacer ayer? —la voz de Simon me hizo voltearme hacia su dirección.

Oh, cierto, cuando iba a hablar con Narco este había aparecido ahí.

—El trabajo, iba a llegar tarde —mentí. No iba a contarle nada de mi relación con Narco, nunca lo haría.

Simon me mataría, puesto que el tema de las drogas lo ponía loco. ¿Y qué más iba a pensar si le decía que había ido a hablar con él? Mejor ahorrárselo.

—¿Y cómo estuvo? ¿Muy agotador?

Asentí con la cabeza, a lo que desvié la vista en busca de Marie, pero esta había desaparecido.

—Como siempre, ya sabes.

—¿Llegaste muy tarde a casa?

—Bastante, pero al menos me dio un poco de tiempo para estudiar.

Simon miraba a un punto fijo de la mesa, como si quisiera decirme algo. Quería preguntarle, pero tenía miedo de que fuera algo que tuviera que ver con el beso. Prefería ahorrármelo.

—Marie está tardando bastante, iré a ver qué sucede —me excusé, levantándome de mi asiento, a lo que los dedos de Simon tiraron de mi brazo suavemente. Lo miré extrañada.

—Creo que puede ingeniárselas para comprar una gaseosa —sin dudarlo, volví a mi asiento. Entonces Simon quitó su mano de mi brazo, echándome una mirada—. ¿Qué sucede, Haley? Y no me vengas con que tienes sueño, porque no me lo creo.

—Nada, en serio, que no dormí bien.

—Y otra mentira más. ¿No te cansas? Ya hasta te está saliendo natural.

—¿De qué hablas? —tartamudeé nerviosa.

—Soy tu mejor amigo, ¿lo recuerdas? Te conozco mejor que cualquiera, y sé distinguir una mentira de tu parte.

Un silencio. Eso fue lo que se formó cuando Simon me miraba directamente a los ojos, esperando una respuesta de mi parte. Una respuesta que no llegó.

—Sé que me echaron de menos, chicos —Marie rompió el momento, abriendo su gaseosa con aire triunfante—. ¿Qué decían?

Yo solté un suspiro, desviando la vista nuevamente hacia la entrada de la cafetería, a ver si Tyler hacía su entrada.

—Hablabamos con Haley de su trabajo, ya sabes, ayer tuvo un día duro —ni me digné a darme la vuelta, el tono de voz de Simon sonó frío e irónico, lo que me hizo darme cuenta de que él sabía perfectamente lo que Marie iba a responder.

—¿Eh? ¿No habías renunciado hace unas semanas?

Bien, ahí estaba. No podía más, tenía que desaparecer de ahí ahora mismo. Sin siquiera voltearme tomé mi bolso y me enderecé, alejándome de la mesa, y escuché a Marie llamarme desde lo lejos, y por parte de Simon ninguna palabra. Le había mentido, pero él también me había seguido el juego sabiéndolo.

Salí de la cafetería de inmediato, con el corazón a mil. Tenía que salir, estaba cansada de mentirle a Simon, pero también quería evitarlo, no podía con todo esto del beso. ¿Pero por qué me importaba tanto?

Tyler

Caminar por los pasillos sin tener el valor de entrar en la cafetería por Haley era patético. Pero, ¿qué más podía hacer? Era la verdad, no quería encontrarme con ella. Aunque, por otra parte, necesitaba saber qué diablos había ocurrido con Lauren Davis por

la mañana. Mis súplicas fueron escuchadas, ya que justo en ese momento esta estaba doblando hacia el pasillo por el que venía, pero aún no se percataba de mi presencia.

Iba a decirle algo, pero la figura de Simon Adams apareció al instante. Mis nudillos se apretaron, haciéndome quedar ahí quieto, sin moverme, puesto que la cara de Haley al verlo era diferente a la que estaba familiarizado. Algo andaba mal.

—Espera, Haley —le pidió Simon cuando esta comenzó a caminar sin reparo, alejándose de él. Yo por mi parte me aparté para que no me pudiera ver—. ¡Ei! Aquí el que debería estar enojado debería ser yo, tú me mentiste.

«¿Qué mierda me perdí aquí?», sonreí al ver que al parecer habían discutido.

—¿Yo te mentí? ¿Y tú qué? Sabías que ya no estaba trabajando y de todas formas fingiste que no. ¿Y eso qué es? —Haley se había dado la vuelta hacia él, con un tono de voz bastante frío.

—Estaba viendo hasta qué punto me mentías en la cara.

—¿Con qué fin? —el tono de voz de Haley cada vez subía más de volumen, parecía que iba a plantarle un puñetazo en el rostro...

—Dímelo tú. ¿Con qué fin me mientes? —un silencio, en el que Haley bajó la vista—. Me preocupo por ti, no lo hago para fastidiarte.

—No estoy metida en nada, si es lo que quieres saber —ahora la risa algo burlona de Haley se hizo escuchar, donde volcó los ojos.

—Y de nuevo. ¡Para de mentir! —le recriminó acercándose más a ella.

—No lo estoy haciendo, si no me crees es tu problema, no el mío —noté cómo esta se abría ante la proximidad de este.

—Claro que lo es, eres mi mejor amiga.

—Sí, MEJOR amiga —le recalcó—, no soy tu hermana ni tu hija, así que puedo cuidarme perfectamente sola, gracias —Haley le sonrió con una mueca y comenzó a caminar alejándose de Simon Adams, que estaba ahí parado, tieso como una roca.

—¡Esta no eres tú! Sea lo que sea en lo que estás metida, aléjate.

Haley paró de mover las piernas, y pensé que iba a darse la vuelta y responderle con una grosería o algo por el estilo, pero al parecer se arrepintió, ya que siguió su camino luego de la pausa, sin mirar atrás. Simon, que había esperado una reacción de esta, negó con la cabeza, soltando un suspiro frustrado, dándose la vuelta al camino contrario. Yo saltaba de alegría. Haley cada vez se acercaba más en donde estaba, y sin pensarlo dos veces dejé mi orgullo de lado para encararme a ella.

—Hola —dije, y me maldecí al parecer tan estúpido.

«¿Hola? Pareces marica, Ross», me molestó mi interior.

—Mier... —esta ni pudo terminar, puesto que cayó al suelo al haberla asustado.

—¿Lo siento? —fruncí el ceño al ver cómo esta seguía mirándome directamente, aún apretando los dientes—. Me ha gustado que hayas puesto en su lugar al cretino de Simon, bien hecho —le guiñé un ojo mientras se enderezaba.

—Y te dignaste a aparecer...

—Como no fuiste capaz de pedirme perdón, pues fui maduro y vine a solucionar las cosas.

—¿Yo, pedirte perdón? Tú eres el que no puede aceptar una pizca de realidad.

—Auch. ¿Pero qué te picó hoy? A ver, creo que mi ausencia te ha puesto cada vez más amargada.

—El hecho de tener que mentir a todos me pone amargada, no tu ausencia.

Abrí los ojos ante sus palabras. ¿Quién era esta? Pero recordé lo que acababa de presenciar: había tenido una pelea con Simon por el hecho de tener que mentirle, principalmente por mí. Era normal que estuviera fastidiada con el origen de la mentira en sí. Y ese era yo.

—Para cambiar el tema, yo también te eché de menos, Haley —sonreí de oreja a oreja, ganándome una curva diminuta por parte de ella.

—Capullo.

—Sabes que te pone que lo sea —esta ahora soltó una carcajada ante mi atrevimiento, ganándome suavizar su humor.

—Antes de olvidarnos de nuestra discusión quiero dejarte algo bien claro —la miré extrañado—. Si vuelves a hablarme del mismo modo que el del otro día juro que no voy a ayudarte. Y hablo sumamente en serio. ¿Bien?

Realmente estaba asombrado por el cambio tan radical que estaba tomando Haley. Sin pensarlo asentí con la cabeza.

—Entonces, déjame que te diga ahora yo algo bien claro. Tú no me juzgas, como tampoco lo he hecho yo contigo. Creo que uno mismo se conoce mejor que otro. ¿Bien?

Haley también asintió en señal de acuerdo, a lo que los dos nos relajamos, ya que la discusión de hacía unos días aún quedaba en el ambiente.

—¿Has descubierto algo más? ¿Quieres contarme qué has hecho estos días?

—En resumen, nada importante. Ya sabes, decidí tomarme unas vacaciones con el cuarteto. Y, por otro lado, he estado con Mark y Diana... —Haley iba a preguntarme algo al respecto, pero me adelanté—. Complicada historia. Y bueno, también de Steve y Lauren. Vas a contarme qué mierda sucedió contigo y ella en la mañana.

—Larga historia.

—Pues cuéntame, tengo toda la eternidad.

En eso, como si la mala suerte estuviera en una nube sobre mí, el timbre comenzó a sonar, informando de que las clases volvían, que el receso había terminado. Pero no iba a rendirme así de fácil. Miré a Haley, que me observaba con un puchero.

—¿Quieres escapar? —le animé, acercándome bastante a ella—. Solo te perderás Literatura, sabes que te va bien de todos modos.

—Está bien —abrí los ojos sorprendido, sonriendo ampliamente, a lo que esta negó con la cabeza—. Solo por esta vez, tengo que contarte algo mucho más serio que Lauren Davis, créeme.

Haley

Corrí hacia el autobús, que justo estaba a punto de cerrarse. Mi corazón latía a mil por segundo y sentía que iba a morir de los nervios. Había escapado del instituto por primera vez en mi vida. Y lo peor de todo era que pensar que pudieran haberme visto me ponía a cien.

—¿Ves como no era tan difícil? —Tyler estaba a mi lado, sonriendo como un niño pequeño. Al parecer el hecho de haber aceptado su invitación lo había puesto de muy buen humor.

—Eso lo dices porque no tuviste que trepar una muralla de cuatro metros.

—Esas son las ventajas que conlleva ser un muerto parlante, no me quejo.

Yo ni respondí, solo me quedé mirando el camino por un buen rato. La discusión con Simon me había puesto mal. Bastante mal.

—¿A dónde vamos? —miré a Tyler, esperando su respuesta, a lo que este se encogió de hombros.

—Creo que ir a “nuestro lugar” no estaría mal.

—¿Nuestro? —subí una ceja sin creérmelo.

—Si quieres le llamo mi lugar, que luego tú me robaste.

—No te lo robé, el lugar era tan tuyo como mío. Solo me sorprendiste al usar un plural. Estás avanzando, Tyler —le sonreí orgullosa.

Hacer verdad algo que es mentira. La frase de Narco venía una y otra vez a mi cabeza, y más aún si tenía a Tyler a mi lado. No sabía a qué se refería, pero el hecho de que Tyler hubiera dejado su orgullo de lado para hablar conmigo no estaba mal.

—Bueno... cambiando de tema. ¿Qué tienes que contarme?

—Prefiero que lo hablemos cuando lleguemos —este frunció el ceño y yo le hice señas con los ojos para que notara que un grupo de chicos que estaban sentados al final del autobús me miraban extrañados, y hasta uno tenía su celular apuntándome.

—Te están grabando, ya imagino mañana a todos con un vídeo de ti hablando sola — Tyler soltó una carcajada, burlándose de mí—. Aunque quizás solo están grabando tu fatal atuendo. ¿Qué diablos te dije con combinar rojo y amarillo? ¿Es que te volviste loca?

Me tragué las palabras que quería decirle, puesto que no iba a avergonzarme más por él. ¿Qué le sucedía a todo el mundo con esos dos colores juntos? ¿Era tan fatal? Miré mis pantalones amarillos más mi blusa roja sencilla. ¿Tan mal me veía? Y yo que creía que había sido perfecto.

Al fin llegamos. El autobús nos dejó a unos pocos metros del lugar.

—¿No te sientes mal con estar aquí? Ya sabes, el accidente.

—Extrañamente me siento mejor aquí que en cualquier parte, es raro, lo sé.

No quería retomar nuestra charla del fin de semana, en la que este mismo lugar comenzamos a hablar sobre todo eso, de modo que cambié el tema, yendo al grano.

—Necesito hablarte sobre Narco, no vas a creértelo.

Este miraba los alrededores sin ningún interés.

—Con todo lo que ha pasado Narco es una de mis menores preocupaciones.

—Ahora ya no lo será —le respondí nerviosa.

Tyler me puso toda su atención, cambiando su expresión a una seria.

Tyler

—¡No puedo creerlo! ¿Narco? ¿Qué mierda tiene que ver él con todo esto?

—No lo sé, me decía cosas algo extrañas, pero siempre creí que era porque estaba colgado. Pero cuando me dijo todo esto créeme que estaba limpio —me pasé una mano por el cabello, nervioso, y es que luego de que Haley me contara su conversación al pie de la letra me quedé con la boca abierta. La última persona de la que me esperaba algo así era él.

—Él lo sabe, no hay duda —sentenció luego de un silencio, en el cual Haley me miraba esperando que dijera algo y yo me restaba a reflexionar toda la información.

—¿Pero por qué? ¿Qué tiene que ver un estudiante narcotraficante en todo esto? No calza, Tyler.

—No lo sé, pero tenemos que averiguarlo. Si sacamos cuentas, él está de nuestra parte. Ya que, entonces, ¿por qué le había contado todo esto a Haley?

—No me confiaría, Tyler. Narco no me da confianza. No creo que sea una buena idea.

—Lo es. Piénsalo, Haley, ¿por qué te dijo lo que te dijo? Podría no haberte dicho nada, pero, en cambio, lo hizo.

Un silencio, en el cual Haley estaba pensándoselo. Yo pensaba en frases que me había dicho Haley, las cuales retumbaban en mi mente.

“Tic-toc, tic-toc, tic-toc, tic-toc. Si tú avanzas no puedes dejarlo atrás, si él avanza no puede dejarte atrás. Son un todo, el todo no puede avanzar si uno se queda atrás, esa es la clave. Si uno queda atrás, todo el todo se queda atrás. Y el tiempo sigue corriendo, tic-toc, tic-toc, tic-toc”. ¿Significaba que me quedaba poco tiempo? Porque sabía que todo lo de dejar atrás y avanzar significaba que los dos teníamos que ir juntos en esto.

Pero el tema del *tic-toc* me ponía nervioso, puesto que tenía miedo de que eso fuera sinónimo de que me quedaba poco tiempo para volver a la vida y que, si no lo hacía, pues me iría... donde sea que tuviera que ir. Comencé a pensar en otras frases que este había dicho, y había una que me resultaba extrañamente familiar.

—Verdad, mentira, todo depende de cómo se mira —repetí, ganándome la atención de Haley—. Lo he escuchado antes, estoy seguro.

—Es Shakespeare, lo vimos el primer trimestre en Literatura. Aunque más bien la frase original es: *Nada es verdad ni es mentira, todo depende del cristal con que se mira.* De todos modos, luego Pedro Calderón de la Barca la modificó: *En la vida todo es verdad y todo es mentira.* Más tarde Ramón de Campoamor también la tomó, cambiándola de nuevo: *En este mundo traidor nada es verdad ni mentira, todo es según el color del cristal con que se mira.*

—Bueno... eso responde perfecta y detalladamente a mi duda —le dije, aún sin poder entender cómo mierda Haley sabía tanto—. Entonces podemos concluir que la frase tiene que ver con todo lo que me está sucediendo por... —la miré esperando su sabia respuesta.

Ilumíname, gran sabia Haley.

—Creo que por un motivo bastante simple. Según Narco tú eres la Mentira —asentí con la cabeza de acuerdo— y yo la Verdad. Es como un sinónimo de lo bueno y lo malo —iba a protestar, pero esta siguió—. Deja que termine. Entonces todo esto va de que la mentira depende de las circunstancias. Y la verdad igual. Y pensándolo bien, quizás se refiera a que tenemos que ver todo esto desde otro punto de vista. Quizás la mentira tiene una razón de serlo y la verdad también. Tenemos que averiguar el porqué.

—No me convence. ¿Y cómo sugieres que lo hagamos?

—Convirtiéndote en verdad, como dijo Narco. La respuesta es esa. Y mira, has cambiado, pero no del todo. Aún te falta, y creo que para poder convertirte por completo tenemos que cambiar el juego.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero sí estoy segura de que necesitamos que Narco sea más claro. Y no quiero asustarte, pero creo que él me advirtió de que no queda mucho tiempo.

¿Cuánto? ¿Meses? ¿Semanas? ¿Días? ¿Horas? Necesitaba saber la cifra exacta, me ponía nervioso pensar que en cualquier momento iba a desaparecer e irme... ¿dónde? Aún faltaban muchas cosas por resolver. Aaron. Richard. Fernando. Roy. Anna. Mark. Incluso mis propios padres, que no tenía ni idea de quiénes eran realmente. Y por otro lado me daba mucha curiosidad saber quién diablos era Narco. ¿Cómo mierda sabía todo eso?

Haley

—¡Llegué, mamá! —grité al entrar en casa, colgando mi bolso en el perchero.

En eso, escuché unas risas provenientes de su cuarto, cuya puerta estaba abierta de par en par.

—¿Mamá? —pregunté, entrando dentro y encontrándome con mi madre y Roy sentados en su cama mirando un álbum de fotografías.

—¿Qué te dije? Roy es tu padre —la voz de Tyler hizo que esa suposición se hiciera más que obvia.

—¡Haley! Ven aquí a ver estas fotos con nosotros —mi madre me miraba sonriendo ampliamente.

Roy por su parte reparó en mí y me saludó de manera cariñosa, haciéndome un hueco entre ellos. Tyler soltó una carcajada, puesto que ya estaba mirando las fotos con ellos.

—Siempre supe que no eras una chica normal, pero esto me lo deja más que claro —dijo Tyler burlándose de mí. Yo me puse entre ellos para poder ver por qué se reían tanto de mí.

«Trágame, tierra, te lo suplico», rogué al ver la foto en la que aparecía a los once años, vestida con una blusa escotada, una pollera apretada de mamá y unas botas de aguja que me quedaban enormes. Sin olvidar que le había robado el maquillaje, pareciendo más un payaso que una mujer.

—Ni sabes el susto que me llevé al verla así vestida —le comentó mamá a Roy.

—No sabía que desde pequeña ya querías ser *stripper*, Dickens, te pega bien

—Tyler me miraba seductoramente, relamiéndose los labios.

Y yo le dije, moviendo los labios: «Púdrete, Ross», a la vez que lo fulminaba con la mirada. Aunque, claro, el rubor de mis mejillas no pudo evitarse.

—Haley, realmente eras un ángel de pequeña —comentó Roy al ver unas cuantas fotografías de mí cuando era bebé, y tengo que admitir que no salía nada mal.

—Un ángel en las fotos, pero qué dolor de cabeza que eras, niña —mamá cerró por fin el álbum y fue a dejarlo a su lugar—. Llorabas o hablabas en todo momento.

—Eso es cierto —interfirió Roy, y noté cómo mamá, que estaba dándonos la espalda guardando el álbum de fotos, se quedó quieta—. O sea, ya sabes, cuando vine a visitarlas hace muchos años.

—¿Cuándo exactamente? —me metí, y noté cómo Roy miraba a mi madre.

—Cuando todavía ni habías cumplido un año —dijo mamá segura, a lo que me encogí de hombros, como dando a conocer que tampoco era que me importara tanto.

—Pregúntale si conoció a tu padre, a ver qué dice —la voz de Tyler, próxima a mí, hizo que ahora me pusiera nerviosa. Odiaba hacer esto. No quería, pero tenía que averiguar si era cierto que Roy era mi padre.

—Entonces conociste a mi padre, ¿no?

—Sí, lo hice —la cara de Roy no hizo más que reafirmar la suposición de Tyler.

Tyler

Luego de que Roy se marchara fui a la habitación de Haley, ya que esta se había encerrado después de que Roy le respondiera a la pregunta.

Sí, lo hice.

Esa había sido la simple respuesta de Roy luego de que Anna lo echara más bien de su casa, ya que, según ella, Roy tenía una comida importante con su trabajo. A Roy, en un comienzo, lo tomó desprevenido, dejando claro que todo era una mentira. Pero, en fin, Haley realmente se creyó eso, y le dejó irse.

—En conclusión, Roy es tu padre —sentenció, al ya estar dentro, echándome encima de la cama de Haley con los brazos abiertos.

- No lo sabemos.
- Claro que sí, tú misma viste la cara de tu madre y la de Roy cuando les preguntaste. Haley volvió la vista a sus estudios, y no agregó nada, ya que al igual que yo sabía que tenía razón. Solo que no quería admitirlo.
- ¿Qué estudias? —le pregunté luego de un rato.
- Química.
- No entiendo. ¿Qué vas a estudiar?
- No lo sé, me apasiona la Literatura, pero también me voy por las Ciencias.
- Ah. ¿Entonces serás doctora o escritora?
- Ahá.
- Te veo más como escritora, de doctora serías un desastre.
- ¿Gracias?
- Solo te digo lo que veo, mejor no trabajes de nada relacionado con tener la vida de alguien en juego. Como ya dije, serías un completo desastre.
- Eres un cretino, Tyler, mejor no digas nada —esta se volteó hacia mi mirándome furiosa—. Además, ¿qué insinúas? ¿Que soy un completo desastre ayudándote a volver a la vida?
- Fruncí el ceño, no me refería a eso.
- Me entendiste mal, me refiero a que eres un desastre en temas en que te pones muy nerviosa, como hospitales, sangre y todo eso.
- Esta se demoró en responder, aunque al final lo hizo.
- Tienes razón, pero solo en ese punto —esta volvió a mirar los apuntes, escribiendo sus resúmenes—. ¿Y tú qué estudiarás?
- Me gustan los números, y aunque es difícil de creer no me va mal en Matemáticas.
- Qué bien, eso es estupendo, Tyler —Haley nuevamente se dio la vuelta hacia mí, sonriéndome de oreja a oreja. Asentí con la cabeza—. ¿Y qué tienes pensado con el fútbol americano?
- No lo sé, todo dependerá. Si puedo llegar a las ligas mayores sería genial, pero tampoco voy sin nada por si acaso. No sé si me entiendes, pero no quiero arriesgarme al fútbol americano, porque cualquier lesión puede arruinarme la carrera y la vida para siempre.
- Te entiendo, me sucede algo parecido con la escritura. Si estudio para crear novelas y luego no tengo éxito, ¿qué haría con mi vida? Por eso me pienso todo lo que tiene que ver con la medicina. Es como un plan B.
- Exacto —sentenció, no podía creer que a Haley le sucediera lo mismo que a mí—. Creo que escribirás unos libros increíbles, tienes la pinta de escritora profesional.

Tyler

Me quedé quieta, con el lápiz en la mano sin poder creerme lo que había escuchado. ¿Tyler Ross me había dicho un cumplido? No podía creérmelo, siempre había pensado que decir que quería ser escritora era sinónimo de perdedora, de rata de biblioteca. Pero, en cambio, al decirselo a Tyler su reacción fue una totalmente diferente a la que me esperaba.

—Tú... también serías un excelente matemático —pude decir, algo torpe—, aunque... también eres excelente en el fútbol americano. O sea, tampoco digo que mejor sigas el

deporte, pero como dijiste, ya sabes, matemáticas, plan B... y... —noté cómo Tyler soltaba una carcajada— ...mejor me callo.

—No, si lo entendí, solo que te pones tan roja cuando estás nerviosa —este siguió burlándose, aunque lo hacía de buena intención, por lo que no pude enojarme con él. Me costó desviar la vista de su tan perfecto rostro.

«Haley Dickens, cierra la boca o se hará evidente que se te cae la baba», me habló mi cerebro, y yo le hice caso.

—¿Y qué tal Kyle? —pude decir. Era lo único que se me ocurría para cambiar de tema.

—Hemos discutido, ya sabes, hoy no fue mi día.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió?

Tyler al parecer se debatía consigo mismo si decirme o no la raíz de lo que había sucedido con Kyle, hasta que al fin abrió la boca.

—Dije algo que no debí.

—¿Qué cosa?

—No quieras saberlo.

—Dime —le exigí. Quería saber cuánto era el daño que había hecho. Tyler me miraba y bajaba la vista sin abrir la boca.

—Estaba cansado de que siempre estuviera tan feliz, ya sabes, Kyle tiene esperanza, cree realmente que va a volver, va a jugar al fútbol americano, a ayudar a su familia con el dinero que gane y a vivir feliz para siempre con su novia. Tantos sueños, tanta felicidad, me hizo cabrearme.

Asentí con la cabeza, Tyler estaba celoso de Kyle. Pues este tenía más oportunidades de Tyler de vivir y refregarle en su cara todas las cosas que iba a hacer, pues debieron llevarlo a un colapso hacia Kyle.

—Entonces, le dije la realidad. Me plante ahí, y le dije que su novia no iba a esperarlo el resto de su vida, que no fuera ingenuo, ya sabes.

«La has cagado, Ross», pensé en mi interior. No conocía a Kyle directamente, pero con lo que me contaba Tyler él era un chico con sueños, esperanza y felicidad. Y que Tyler, la única persona con la que podía hablar, le dijera algo así no estaba nada bien.

—Ahora es tu turno de decir: Tyler Ross no has cambiado nada, no puedo creerlo, yo creí que habías cambiado —este imitaba mi voz, aunque no en burla, sino más bien algo entristecido.

Negué con la cabeza.

—Tienes que ir ahora a disculparte con él, Tyler —fue lo que salió de mis labios—. Eres lo único que tiene.

Tyler

No podía creer que le hubiera hecho caso a Haley, ya había llegado al hospital y estaba caminando por los pasillos en dirección a Kyle. No quería venir, pero la insistencia de esta no me dejó más opción. Y si quería volver a la vida tenía que hacer este tipo de cosas, como disculparme más seguido.

Al ya estar en el pasillo, desde donde estaba su habitación a unos pasos, noté que estaba sentado en mitad de este, y que tenía las manos en la cabeza y la vista en el suelo. «Solo te acercas, le dices “lo siento” y ya está», me animó esa vocecita en mi cabeza. Animado, me acerqué a él rápidamente. Tomé aire y solté rápidamente las palabras.

—Lo siento.

Listo, todo arreglado. Kyle subió la vista hacia mí, mirándome un momento sin decir nada. Parecía bastante decaído.

—¿Qué has dicho?

Estupendo, el idiota no lo había escuchado. Volqué los ojos y nuevamente tomé aire.

—Lo siento.

—¿Eh? Habla más fuerte.

—Jódete, escuchaste perfectamente —noté cómo Kyle soltó una risa, haciéndome señas para que me sentara junto a él, cosa que hice.

—Ya estaba dudando si vendrías a disculparte. Me alegro mucho que lo hagas, amigo —me animó, donde no había rastro de resentimiento en su voz.

—¿No estás enojado?

—Sí, pero el hecho de que te disculparas me ha hecho aflojar.

—Sabes que no quería decirlo, estaba fastidiado con que todos creyeran que me conocían mejor que yo.

—¿Haley? —esa mirada que puso Kyle me hacía tener ganas de golpearle el rostro. Ya sabía que iba a comenzar su discurso de: “Tyler, dile a Haley que te gusta. Haley es la perfecta chica para ti” y bla, bla, bla.

—No empieces —le corté antes de que comenzara con todo eso.

—Bien, no diré nada al respecto.

Asentí de acuerdo, y me puse a mirar el hospital, que estaba bastante vacío. Solo se veía a las enfermeras caminar de un lado a otro.

—Quiero retractar lo que te dije sobre tu novia. Confío en que vas a salir de esta, vas a jugar al fútbol americano, ayudar a tu familia y a vivir feliz para siempre con tu novia. Ten fe y todo va a resultar tal cual lo quieres. Y me tienes a mí para... lo que sea —Kyle me miraba intrigado—. Mierda, sabes que esto no se me da bien —Reyes soltó una carcajada.

—Haley te dijo que me dijeras eso, ¿no? —este sonreía, intentando tragarse la risa.

—Sí, estuve aprendiéndomelo todo el camino. Y no te rías, creo que me salió mejor de lo que me esperaba.

Kyle volvió a reír sin hacerme caso. Yo, por mi parte, también sonreí.

—Aunque todo esto sea una completa mierda me alegro mucho de que al menos haya algo bueno —lo miré sin entender—. Tengo que confesarte que no me caías bien cuando estábamos los dos “vivos”, solo te admiraba por lo bien que jugabas, pero por lo demás te encontraba un completo capullo.

—¿Gracias?

—Te lo digo para dejarte claro que no es así, que con todo esto al menos pude conocerte, conocer al verdadero Tyler Ross.

Aunque quería burlarme de él por lo marica que se estaba comportando, no pude. Ya que si hablábamos en serio también agradecía haber conocido a Kyle detrás de toda esta mierda que estaba viviendo.

—Luego vamos a reírnos de todo esto, los dos en las ligas profesionales, ganando millones, imagínatelo. Mis hermanos van a poder comprarse todo el centro comercial y mamá por fin va a poder operarse del hígado —Kyle se perdía entre sus pensamientos, imaginando todo el futuro que se le venía.

Yo también lo hice. Imaginar todo lo que haría cuando estuviera vivo... Iba a ser una pasada. En eso, se escuchó a una enfermera gritar en el pasillo. Todo sucedió muy rápido.

—A la habitación 146. ¡Está despertando! —las enfermeras se movían de un lado a otro. Yo estaba en estado de *shock*. ¿Habían dicho 146? Porque, si mal no lo recuerdo, esa habitación era la de Kyle.

Sí, era él. ¿Estaba despertando? ¿Kyle Reyes? ¿Estaría hablando en serio? Miré a mi lado, donde Kyle estaba con la misma expresión en el rostro. No se movía, quieto como una piedra.

—Kyle... ¿Es imaginación mía o acaban de decir que...? —ni podía hablar de lo conmocionado que estaba.

—Yo también lo oí —susurró moviendo su cabeza a mi dirección con los ojos abiertos de par en par—. ¡Mira! —este gritó, moviendo sus brazos.

Se notaba cómo estos comenzaban a desaparecer. Alcé la vista hacia él. Kyle estaba comenzando a desvanecerse. Escuché su risa nerviosa. Me miraba fascinado.

—¡Voy a volver, joder! ¡TYLER, VOY A VOLVER! No puedo creerlo, no puede ser —este sonreía, totalmente flipado.

En eso, su cuerpo ya estaba desapareciendo, y yo también sonreí. ¡Kyle iba a volver! Me sentía muy feliz por él. Pero noté que una enfermera que había salido de la habitación parecía preocupada. Extrañado, puse mi atención en ella al instante.

—¡Llaman al doctor Matthew, lo estamos perdiendo! Necesitamos ayuda —gritó al pasillo, siendo como me volteé de golpe hacia Kyle.

Pero este ya no estaba. No. No podía morir. Me rehusaba a que ocurriera. Sin pensarlo dos veces salí como un torbellino hacia la habitación, donde mis preocupaciones estaban pendientes en él. Kyle no podía morir, no podía tirar todos esos sueños que lo esperaban para ser cumplidos. Crucé la pared blanca, adentrándome a la habitación 146.

Todo era un caos, había tres enfermeras intentando ayudar a Kyle, que convulsionaba en su camilla. Estas le daban del aparato de oxígeno y lo demás que hacían era ir controlando el ritmo cardíaco, que estaba bastante bajo.

—¿Dónde mierda está el puto doctor? —grité, cabreado.

Kyle Reyes no iba a morir. Me acerqué a él temblando y me coloqué a su lado. Justo en ese momento comenzó a sonar un pitito, y al mirar la pantalla me quedé quieto, sin poder crérmelo. Había bajado a cero, todo había bajado a cero, lo que significaba que...

¿Kyle había muerto? Le eché una mirada aún sin poder salir de mi pasmo, encontrándome con su cuerpo inerte.

—Kyle... —unas lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas. Caí al suelo sin siquiera percatarme—. No... por favor, Kyle... —rogaba.

El doctor apareció en ese momento, le abrió la camisa a Kyle de golpe y le pidió a una enfermera que le diera un desfibrilador. Yo me enderecé, puesto que quizás este pudiera salvarlo. En el primer intento no sucedió nada, luego en el segundo tampoco. El doctor pidió que subieran la carga, y lo intentó dos veces más. Pero nada.

Parecía que se había rendido con Kyle, pero pidió una última vez, y la carga volvió a subir. Cerré los ojos, rogando a Dios, o a quien fuera que pudiera ayudar a Kyle a vivir, que lo hiciera. En eso, el aparato que estaba conectado a Kyle comenzó a sonar. Abrí los ojos y vi cómo las enfermeras estaban sonriendo y el doctor les pasaba las dos placas.

—Estable —sentenció.

Una sonrisa enorme se posó en mi rostro y unas cuantas lágrimas más bien de alegría comenzaron a caer.

—¡GRACIAS! —grité a todo pulmón con la vista hacia arriba.

El doctor comenzó a inspeccionar los ojos de Kyle con una linterna, a lo que yo lo miraba intrigado.

—Díganle a su familia que Kyle Reyes va a despertar hoy mismo —las enfermeras felicitaron al doctor por última vez, retirándose de la habitación. Este, al terminar de comprobar que todo estuviera perfecto, hizo lo mismo.

Al quedarme solo en la habitación tenía los ojos abiertos de par en par. ¿Había dicho que iba a despertar hoy mismo? Sonreí ante la idea, hacía menos de cinco minutos Kyle estaba a punto de morir y ahora iba a despertar en cualquier instante. Me quedé un momento junto a él hasta que ya se puso algo aburrido, por lo que salí de la habitación en busca de su familia. Quería saber de ellos.

Entré en la habitación de espera, donde además de su familia noté varias caras conocidas del equipo, entre ellos Steve, que estaba sentado en una de las sillas charlando con otros chicos preocupados. Por otro lado, me acerqué al grupo que debía ser la familia de Kyle. La madre era una mujer que debía rondar los cuarenta y cinco años, era algo regordeta. Su padre parecía el típico negro simpático de las películas. Y bueno, sus hermanos eran bastantes.

Había dos chicas de distintas edades. Luego estaban unos dos pequeños con la vista gacha, sin decir nada. Si contaba a Kyle, ¿eran cinco hijos? Abrí los ojos sin creérmelo, por supuesto que con tantos sus padres no podían ingeniárselas. Y por esa misma razón, Kyle, al ser el mayor, sentía la responsabilidad de ayudarlos con la beca, que lo más probable ganaría para entrar a una excelente universidad. Sonreí sin poder evitarlo, quería ver eso.

Ya me imaginaba a Kyle conmigo jugando en la misma liga, riéndonos de todo lo que nos había sucedido. Sí, eso iba a suceder. En eso, una figura femenina bastante atractiva llamó mi atención. Debía ser la novia de Kyle, no me cabía duda. Esta estaba sentada con los ojos llorosos y un rosario en mano. Seguramente rezando. Yo la observé detalladamente, era una chica bastante sencilla, tenía el cabello oscuro como Kyle, de estatura media, y estaba bastante buena.

—¿Familia Reyes? —toda la atención de la sala se centró en el doctor Matthew, que estaba ahí parado con una sonrisa. La novia de Kyle se acercó a él de inmediato.

—Aquí —el padre de Kyle levantó la mano, con toda su familia atrás, más todo el equipo —¿Cómo está mi hijo?

—Estable, todo está en orden. Y... —este hizo un silencio, en el cual todos estaban bien atentos— ...está despertando, por lo que pueden entrar usted y su mujer a la habitación. Luego podrán ir entrando poco a poco cuando ya esté en perfecto estado.

Todos los del equipo comenzaron a aplaudir y reír, entusiasmados.

—¿Puede venir la novia de mi hijo? —su madre tenía a esta agarrada del brazo. Le cayó una lágrima por la mejilla.

—Claro, vengan conmigo —el doctor fue llevándolos a la habitación, mientras que yo, sin pensarlo, entré traspasándola de inmediato.

Me acerqué a Kyle. Estaba entreabriendo los ojos justo en ese momento. Sus padres y su novia entraron y se pusieron alrededor de este. Kyle entreabría y cerraba los ojos, puesto que según el doctor debía ser por la luz de la habitación. Este al fin los abrió completamente, y noté que estaba algo confundido. Su vista estaba en los aparatos, la habitación. Y luego llegó a parar en los presentes, y caí en la cuenta de que no reparó en mí. Kyle Reyes ya no me veía.

«Claro Tyler, si él ahora está vivo», me dijo la vocecita en mi interior.



—Soy el doctor Matthew. Estás en el hospital, tuviste un accidente. ¿Lo recuerdas?

Mi amigo asintió con la cabeza, aún aturdido.

—¿Cómo te llamas?

—Kyle Reyes.

—¿Edad?

—Dieciséis años.

—¿Los reconoces?

—Mi padre, mi madre y mi novia —al decir la última palabra Kyle le guiñó un ojo.

Su madre se le echó encima, llorando de emoción, diciéndole cuánto lo quería y cuánto lo había echado de menos. Lo mismo hizo su padre, aunque de este solo cayó una diminuta lágrima. Por último, su novia se acercó a él sonriendo, al igual que mi amigo, que no dudó en darle un rápido beso en los labios.

—Te quiero —le dijo esta, y Kyle se mordió el labio.

—Yo también te quiero.

En eso que el doctor se acercó hacia él.

—Creo que voy a dejarles para que puedan hablar en privado —este se dio la vuelta para salir, pero la voz de Kyle lo hizo darse la vuelta de golpe.

—Doctor, ¿cuándo voy a sentir mis piernas?

Debía ser una broma, tenía que serlo. El doctor abrió los ojos, y sus labios formaron una fina línea. Su rostro dejaba bastante claro que no sentir las piernas no formaba parte del plan. No tenía que esperar que respondiera la cruda realidad. Con solo ver su rostro dejaba más que claro qué era lo que había sucedido. Y me negaba a aceptarlo.

¡Kyle no podía estar parapléjico! Tenía que haber una solución. Sin sus piernas se echaban abajo todos sus sueños. El fútbol americano no iba a ser una opción para él, y sin la beca, la universidad y la posibilidad de ayudar a su familia tampoco iban a serlo. Yo seguía ahí parado, sin reparar lo que sucedía a mi alrededor. Solo veía cómo Kyle escuchaba al doctor decirle lo que realmente estaba sucediendo y cómo este se quedaba atónito, sin hablar.

El sollozo de la madre y la novia, que había sido de alegría hacía segundos, ahora más bien era un llanto amargo, donde el padre había tensado el rostro, golpeando la pared para descargarse.

—¡Está mintiendo! —le gritó Kyle fuera de sus casillas, mientras el doctor se había quedado en silencio con la vista baja—. ¡Mierda! No puede ser, esto no puede estar pasando...

Claro que no puede estar pasando, Kyle no se merecía esto. Era injusto. ¿Por qué él? De entre todos los estúpidos cretinos del equipo, ¿por qué justo él? Su familia lo necesitaba, él era la esperanza que tenían para salir adelante. Y ahora todo se había ido a la maldita mierda.

Todos esos sueños que Kyle iba a alcanzar se habían jodido. Y ni quería imaginar lo que iba a venir. Porque fuera lo que fuera no iba a cambiar el hecho de que Kyle Reyes no iba a poder caminar el resto de su vida. ¿Por qué? Por mi maldita culpa. Sí, toda mía.



CAPÍTULO 4 MENTIRA

Haley

La alarma resonó en mis oídos, haciéndome abrir los ojos de golpe, aferrándome a las sábanas con fuerza. Y es que seguía teniendo sueños bastante extraños, más bien pesadillas de mal gusto que no me dejaban dormir tranquila. Aunque al menos ya había despertado. Me enderecé en busca de Tyler, y me lo encontré, como siempre, tirado en el suelo de mi habitación, algo que aún no me entraba en la cabeza, pero de todas formas me quedé observándolo un buen rato.

Sabía que estaba despierto, ya que se despertaba automáticamente cuando yo también lo hacía. Pero prefería dejarlo ahí un rato, para así darme la ducha sin tener que obligarlo a no entrar conmigo. Así que, sin decir nada, salí de la cama y fui hacia la puerta. Y al estar fuera sentí ruidos en la cocina, donde me encontré a mi madre haciendo el desayuno. ¿Pero qué mosca le había picado?

—Haley, ¿te gusta tostado o normal? —tenía el pan en la mano, a lo que yo fruncí el ceño.

—Tostado —sentencié, sin quitar la vista fija en ella—. ¿Tenemos visita?

—No, ¿por?

Me encogí de hombros y me encaminé hacia mi asiento, puesto que me habían tentado los cereales que había en la mesa. Luego de unos minutos en los que miré a mi madre en todo momento, estudiando su extraña actitud, Tyler apareció en la estancia. Caminaba con los ojos bajos y sin ninguna expresión en el rostro. Algo había pasado. Me levanté de la silla mirándolo atentamente, pero él, en cambio, se puso a caminar hacia los sillones, sentándose ahí.

—¿Qué miras? —nerviosa ante la pregunta de mamá me di la vuelta hacia ella, sonriendo.

—Pensé haber visto una mariposa por la ventana —dije, puesto que a mamá le encantaban, de modo que soltó un chillido y se fue corriendo hacia ahí, que estaba justo a un lado del televisor.

—¡No me digas! No veo una desde hace años.

Mientras mamá ponía toda su atención en el cielo, buscándola, me acerqué hacia Tyler, mirándolo fijamente, pero estaba con la vista gacha.

—¿Qué pasó? —le susurré, echándole una mirada a mi madre, que ni lo había notado.

Tyler subió la vista hacia arriba, y noté que sus ojos tenían un brillo inexpresivo, con la vista clavada en la nada.

—¿Tyler? —lo miré aún más intrigada. ¿Qué pasaba?

Mamá en ese momento se dio la vuelta hacia mí con un puchero, lamentándose de no haber visto la mariposa. En fin, yo tenía toda mi atención en Tyler, por lo que ni noté cómo se fue a su habitación para luego salir de inmediato en dirección a la ducha. Esperé a que prendiera el grifo para hablar nuevamente.

Tyler seguía en la misma posición, sentado en el sofá, mirando al vacío.

—Tyler Ross, juro que si no me dices qué diab...

—Kyle despertó —me cortó, a lo que abrí los ojos de golpe.

Este, que ahora estaba mirándome con los ojos rojos, desvió la vista cuando dirigí mis ojos directamente a los suyos. ¿Kyle había despertado?

—¡No puede ser! Tyler eso es una noticia excelente, Kyle está vivo —me levanté del sillón sonriendo, ya que el hecho de que Kyle hubiera salido del coma significaba que el mundo no era tan injusto como creía.

Tyler no respondió, sino que se llevó las manos al rostro, ocultándolo, lo que me hizo entrar en razón, y me di cuenta de que Tyler se estaba comportando de ese modo por el hecho de que ya no tendría a Kyle para hablar, que ahora él era la única persona que estaba viviendo ese infierno.

—Ei, no te desanimes —me acerqué hacia él y me agaché para quedar a su altura. Tyler no se movió, ni tampoco habló—. ¿Él pudo verte?

Lo negó con la cabeza, y noté que una lágrima se le escapaba por la mejilla. Quería tomarle los brazos y sacarlos de su rostro, para verlo, para consolarlo. Y aunque lo intenté, fue inútil.

—Me tienes contigo, Tyler, tú también vas a volver, lo prometo —le consolaba, a lo que este no me hacía caso—. Ni lo vas a notar cuando estés en un partido con Kyle a tu lado.

Tyler subió la vista hacia mí, mirándome directamente a los ojos.

—Eso ya no va a ser posible...

Enarqué una ceja sin entender a qué se refería.

—Sí lo es, vas a salir de esta. No voy a parar hasta que estés vivo, Tyler, te lo juro, vas a estar con Kyle y luego los tres vamos a reírnos de todo esto —le sonreí, y pude ver claramente sus ojos aguados—. Ya, vas a ver, todo va a estar geni...

—No, Haley, no lo va a estar —negó, con un tono áspero y frío.

—Que sí, Tyler, hay esperanza. El sacerdote lo dijo, Narco lo dijo, podemos hacerlo —aseguré, pero él desvió la vista de mí sin dar importancia a mis palabras—. ¿Qué es lo que te sucede? Dímelo.

Se demoró en responder. Abrió la boca para decir algo, pero luego la volvió a cerrar. Yo me quedé ahí, esperando, sin apartar mis ojos de él.

—Es Kyle... —susurró, y yo lo miré con toda mi atención. Abrió la boca para tomar aire, desviando la vista de mí, pero le cayeron de nuevo unas cuantas lágrimas que se quitó de inmediato.

Mi corazón se encogió. Viendo a Tyler así de vulnerable me entraban unas ganas tremendas de tirarme encima de él para abrazarlo.

—¿Qué pasa con él, Tyler? —le insistí, sin moverme. ¿No era que había despertado? ¿Qué era lo que andaba mal?

Porque sabía que, con solo ver su rostro, algo terrible había sucedido.

—Él quería mantener a su familia, Haley, quería ayudarlos. Quería obtener la beca para la universidad, sacarse un título, pagar las deudas de sus padres... ¡Que no es justo, joder!

¿Por qué mierda la vida es así de injusta? —Tyler se atragantó con sus propias lágrimas, y al terminar miraba al suelo, apretando los puños.

Yo no hacía otra cosa que mirarlo. Me costaba creer que Tyler estuviera de esa forma enfrente de mí. Tan vulnerable. Pero, por otra parte, necesitaba saber de qué iba todo esto.

—Dime qué pasó cuando despertó, Tyler, dímelo o te juro que... —iba a seguir, pero este me interrumpió de golpe.

—Que no siente las piernas —pestañeeé unas cuantas veces, encontrándome con su mirada fija, como para dejarme totalmente claro que no se trataba de ninguna broma—, está parapléjico, Haley.

«Oh por Dios». No podía ser. ¿Kyle? ¿Kyle Reyes? ¿Parapléjico?

Tyler

Haley se paseaba de un lado a otro, nerviosa, mientras yo ni me resté a tomarle atención, y es que mis pensamientos no podían salir del tema de Kyle. Había sido mi culpa. Yo lo había dejado sin sus malditas piernas. Su familia se proyectaba en mi mente como una maldita pesadilla... Sus padres, sus hermanos e incluso su novia. ¿Qué iba a ser de él ahora?

—Quizás solo fue una parálisis del momento, ya sabes, luego de un coma como el de Kyle cualquiera no sentiría sus piernas por unas horas... o días —Haley seguía con sus excusas, dando más razones de que quizás solo fue algo momentáneo—. Podemos ir a ver si sigue igual, quizás ya las volvió a sentir y va todo bien.

Cuando terminó de hablar desvié la vista de ella, pensándolo. Pero de inmediato recordaba cómo el doctor le había hecho un chequeo, y por supuesto el veredicto fue el mismo. No había ninguna forma de que Kyle Reyes se recuperara. Y aunque sabía que Haley estaba intentando buscar excusas para que lo de Kyle no fuera cierto había que ser realista y decir de una vez lo que había pasado.

—No sigas —le corté, a lo que Haley, nerviosa, apartó la vista de mí—. Si él no puede ayudar a su familia económicamente —no sabía si era la solución correcta, pero era la única que me venía a la mente—, pues lo haré yo —sentenció.

Esperé a que Haley se negara, que dijera que eso no tenía nada que ver conmigo. Como Lauren o cualquier chica reaccionaria, hasta llegué a pensar que se reiría por tan absurda idea, pero Haley, en cambio, hizo lo contrario. Noté que sus ojos me miraban con sorpresa, hasta que luego de unos segundos esa sorpresa pasó a ser una mirada comprensiva, como si me entendiera.

—Ni te podrías imaginar lo orgullosa que estoy de ti, Tyler —fue lo que dijo, haciendo que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza, y una parte de toda la mierda que estaba en mí quedó en segundo plano.

Le sonreí, aunque fue más como una mueca, puesto que realmente una sonrisa en estos momentos era difícil de hacer.

—Y quería pedirte si puedes ayudarme, ya sabes, no puedo ayudarlo siendo un fantasma —esta frunció el ceño, preguntándose cómo—. Solo tendrías que ir a mi casa y tomar mi billetera.

Sencillo, ¿no? Aunque con su rostro noté que para mí era algo sencillo, pero para ella era mucho más complicado, puesto que tendría que tener una buena excusa para entrar ahí.

Haley

Estaba ya en clase de Física, y no podía ni concentrarme, puesto que tenía toda mi atención en si me atrevía a entrar en la casa de los Ross a buscar la billetera de Tyler. Por un lado, me negaba a ir, no quería que ahora en vez de pillarme solo James lo hiciera cualquier otro. Pero no podía olvidar que el motivo era ayudar a la familia de Kyle, y hasta a él propiamente, puesto que los tratamientos para ese tipo de problemas eran bastante costosos. Cuando al fin tocó el timbre Marie se acercó hacia mí, y ya sabía perfectamente lo que iba a decirme.

—¿Qué sucedió ayer? Ya sabes, en la cafetería —esta me miraba, seria, esperando una respuesta de mi parte. Pero un chico de mi clase me salvó.

—Marie, te llama el director a su oficina ahora.

—Mierda —soltó mi amiga, llevándose una mano a la cabeza—, el estúpido de Ross me debe haber acusado por haberle mojado su taquilla, marica de...

Ni pude escuchar qué venía después, ya que el profesor, que aún se encontraba ahí, la hizo callar, y con una mirada severa y una voz autoritaria también la hizo correr afuera de la clase para no agravar las cosas, quedándome sola. En ese momento aproveché para poder hablar con Lauren Davis.

Sí, Tyler Ross me lo había contado todo respecto a ella. Y, al hacerlo, no dudé en aceptar ayudarla, era lo menos que podía hacer para que superara sus problemas. Aunque realmente no quería hacerlo caminé firma hacia donde se encontraba, en la entrada de la sala hablando con un montón de gente, que, por supuesto, no era de mi misma sección de marginados. Aspiré hondamente y moví mi brazo para tocarle el hombro derecho con uno de mis dedos.

—¿Eh? —esta se dio la vuelta hacia mí—. ¿Qué quieres?

Me mordí la lengua para reprimir los insultos que quería soltarle. Su grupo comenzó a salir de la sala mientras nos daban una mirada a ambas.

—Sí puedo hacerte las tutorías —dije formando una fina línea en mis labios.

Esta, por su parte, me miró intrigada, aunque noté que una leve sonrisa se posaba en sus labios.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión, cuatro ojos?

—No tengo por que decirte eso, tú solo estate puntual después de clases en la biblioteca. Partimos mañana.

—Pero mañana es viernes, tengo planes.

—Pues si no estás se acabó —al terminar de hablar salí de la sala sin esperar que Lauren dijera algo, no quería tener más contacto con ella.

Entonces desde ahora iba a darle clases a la reina del instituto, a la mismísima Lauren Davis.

Ya estaba en mi casillero, había vuelto de Educación Física, y los huesos me dolían un montón. Pude notar con la mirada cómo todo el instituto cotilleaba sobre las últimas noticias. Kyle Reyes estaba parálítico. Aún no me entraba en la cabeza, era tan raro y a la vez imposible de creer. En eso, sentí una presencia a mi lado. Me volteé y me encontré a James Ross.

—¿Cómo estás? —este sonreía, aunque no era la típica que usaba con las chicas para ligar, sino más bien una bastante curiosa, como si estuviera estudiándome detalladamente.

No respondí, puesto que la lengua se me atragantó, además de que aún intentaba escaparme de él después de nuestro incidente, y claramente James quería saber qué diablos tenía que ver yo con su hermano.

—Te sienta bien el vestido, te ves preciosa —su cumplido era claramente para aflojar el ambiente, ya que un Ross sabía que cualquier chica caería con un piropo de esos, pero dadas las circunstancias solo me puso más nerviosa.

Miré el vestido que Tyler había elegido para mí, era blanco crema, algo suelto, y al final tenía unos bordados bastante monos. Como la temperatura no era tan alta, me había colocado un suéter de lana que me quedaba grande, que según Tyler me hacía ver bastante bien. Y por obligación del mismo, me coloqué unos collares y unas calzas grises que me llegaban un poco más arriba de las rodillas.

En resumen, mi atuendo había mejorado notablemente comparado con el del día de ayer. Según Tyler. En fin, subí los ojos hacia James, que me estaba mirando.

—Gracias —pude decirle.

—¿Sabes dónde está Acuña? Me ha mojado mi taquilla —no pude evitar que su comentario me causara gracia, puesto que este estaba claramente furioso con ella.

—Con el director. La ha llamado por eso.

Ahora era James el que sonrió de forma vengativa.

—Eso le pasa por jodérmela.

Me encogí de hombros, puesto que no iba a comenzar a cotillear con James Ross sobre Marie, y tampoco iba a defenderla cuando lo que había hecho estaba claramente mal. Iba a comenzar a caminar para irme, pero James carraspeó y volvió a hablar.

—¿Puedo contarte una cosa? Sé que es raro, pero necesito desahogarme con alguien —no podía creer que esas palabras hubieran salido de James Ross, el que estaba en último curso y era el chico más admirado por todo el instituto.

¿Él estaba diciéndome que quería desahogarse conmigo? Asentí con la cabeza, sin ni siquiera poder hablar. Aunque, por una parte, sabía que esto debía ser algo más, James Ross desconfiaba mucho de mí, demasiado, se podría decir. ¿Y ahora iba a abrirse conmigo? Imposible. Lo bueno era que la profesora nos había dejado salir antes, por lo que aún quedaban unos minutos en los que todos seguían en clases, antes del almuerzo.

—¿No estás en clases? —me salió instantáneamente al darme cuenta de que James no cursaba conmigo Educación Física, por lo que no debería estar paseándose por los pasillos.

Este se encogió de hombros.

—Estoy en el último año, puedo hacer lo que me dé la gana.

Rodeé los ojos. Muy James Ross. A veces olvidaba lo mucho que Tyler había cambiado, puesto que James y él eran bastante parecidos. Y ahora no lo eran para nada, aunque por supuesto el toque Ross quedaba para siempre.

—Vamos a sentarnos en la cafetería y hablamos —este comenzó a caminar, y yo apresuré el paso para caminar junto a él.

No sabía qué iba a decirme, pero me causaba intriga. Quizás podía tener algo que ver con Tyler. O, por otro lado, quizás tomaba un cuchillo y me amenazaba con que le contara la verdad que él ya estaba comenzando a sospechar. Paré en seco. ¿Y si era eso? James se dio la vuelta hacia mí, mirándome extrañado. Al final terminé tranquilizándome y diciéndome en mi mente que nada de eso iba a ocurrir.

Entramos dentro, donde había unas diez personas de mi clase de Educación Física, que estaban repartidos en grupos. Al entrar, por supuesto la mayoría nos miraba

disimuladamente, cotilleando que éramos pareja o que algo sucedía entre James y yo. «Estupendo». Fuimos a tomar nuestro almuerzo, y me dirigí a la mesa que James eligió para establecer nuestra conversación. Al ya estar sentada y con la bandeja en la mano, James levantó la vista hacia mí.

—Sé que no somos amigos y que hemos tenido nuestros incidentes —con eso se refería al “incidente” en el restaurante—, pero me caes bien. Siéndote sincero, necesitaba hablar de esto con alguien, y creo que la más indicada eres tú.

Asentí con la cabeza sin añadir palabra, estaba demasiado nerviosa.

—Es sobre mi hermano Tyler —comenzó. Hizo una pausa, mirándome.

Aunque, más bien... estaba examinándome. Lo sabía, James estaba haciendo esto para ver si hablando de su hermano podía deducir qué tenía yo con él. No hice nada sospechoso, solo fruncí el ceño, como cualquier persona lo haría, confundida.

—Lo echas de menos —fue lo más inteligente que pude decir, puesto que si James iba a “desahogarse” conmigo se debería suponer que es porque está triste por la muerte de su hermano.

—Ni te lo imaginas —me respondió sin quitar los ojos de mi vista.

Nos quedamos en un silencio y yo me dispuse a comer, desviando la vista de James Ross, que hizo lo mismo, puesto que no sabía qué decirle. Y ya me estaba empezando a poner nerviosa.

—A veces intento olvidarlo, pero no puedo... —siguió James, a lo que ahora subí la vista.

—No puedes olvidar a tu hermano, nunca lo harás.

—Solo tienes que aprender a vivir sin él, lo sé —me cortó, llevándose las manos al cuello. Parecía algo cabreado—. Ni yo me convengo de mis propias palabras.

—Y no deberías, así son los hermanos... No es bueno dejártelo todo ahí dentro solo porque tienes que aprender a vivir sin él. Las cosas se aprenden cuando hay algo de qué aprender. Con eso no estás aprendiendo de nada, solo estás forzando algo que debería salir tal cual.

Al terminar de hablar este asintió con la cabeza en señal de acuerdo, y noté una leve comisura en sus labios. Yo me sentía una idiota total por hablar tanto ante el mismísimo James Ross.

—Es difícil, llego a casa y él siempre estaba detrás de la puerta de la cocina para asustarme y llenarme de salsa de tomate —James soltó una risa melancólica. No tenía ni idea de por qué James Ross estaba contándome esto a mí, pero se sentía bien—. Todos los viernes lo despertaba con una olla y una cuchara de palo, ¿sabes? Era tradición. Y no puedo evitar despertarme temprano, como solía hacerlo cuando estaba Tyler —no sabía qué decirle ante eso, se me encogía el corazón por el simple hecho de ponerme en su piel —, mi cerebro aún no puede procesar que él no va a estar ahí, que no va a estar Tyler para molestarlo por la mañana.

Pensé en decir algo, apoyarlo, pero me quedé en silencio, puesto que sabía que aún le faltaban por decir unas cuantas cosas.

—Una parte de mí me dice a cada momento que hay algo detrás de esto, que la muerte de mi hermano no fue mera casualidad... Tyler no sería tan estúpido de dar giros en medio de la calle llevando a chicos con él. Tampoco se metería en una pelea si no lo molestaran primero. Aunque cueste creerlo, Tyler no es de los chicos que da un golpe sin tener una razón, aunque sea una total estupidez.

Eso era cierto. Tyler cuando golpeaba a algún chico siempre era por algo, aunque la razón fuera la aceptación o demostrar que tenía poder absoluto en el instituto. Y ahí estaba el punto, el Tyler Ross del accidente nunca hubiera dado giros al auto porque sí, ya que el simple hecho de que llevara botellas de cerveza ahí dentro que podían quebrarse era una razón de peso para no hacerlo. Y tampoco se metería en una carrera de autos solo por diversión, lo había hecho por orgullo. Porque Aaron Grey lo había calentado con el comentario que le había hecho de si se atrevía a hacer una carrera contra él.

—Tienes razón, Tyler no hubiera hecho algo así por nada —solté sin pensarlo.

Abrí los ojos asustada por si mis palabras hacían que James se abalanzara hacia mí. En cambio, este se encontró con mis ojos, y noté que su reacción fue muy distinta a la que creí.

—Y al fin lo admites. Estaban juntos, ¿no?

¿James Ross creía que salía con Tyler? ¿Yo? Iba a negarlo, pero luego se me ocurrió que esta iba a ser la única salida de todo esto, era la única forma de que James se lo creyera. Asentí con la cabeza, nerviosa.

«Tonta, Haley, ¿qué estás haciendo?», me regañaba mi subconsciente mientras mi corazón bombeaba con más fuerza.

—Eso explica muchas cosas... —comentó mientras me miraba de pies a cabeza—. Tyler te tenía bien guardada.

No sabía qué decir, solo me resté a desviar la vista, y noté que ya la cafetería estaba llena. Divisé entre las mesas a Marie, que estaba con Simon, charlando. Sabía que ese “explica” se refería a la vez que me había visto en su casa, luego también a cuando me había escuchado “hablando” con Tyler y, por último, a cuando estaba con April en el cementerio al haber encontrado a Mark.

—¿Alguien más lo sabe? ¿Tus amigos? ¿Tu madre? —miré a James y titubeé, respondiendo que no, que nadie lo sabía—. ¿Por qué? Sé que no me incumbe, pero no creo que seas de la clase de chicas que salen con un chico que... bueno... lo dejan tener sus libertades en la relación.

Ese “libertades” era sinónimo de que salía con más chicas al mismo tiempo. Bueno, era normal que James Ross me dijera algo así, puesto que Tyler tenía una larga lista de chicas con las que liaba cada semana. Quería decirle que Tyler ni sabía de mi existencia, que yo solo soñaba con tener una relación con su hermano y que este ni me miraba. Pero tenía que seguir con la mentira, porque era la única manera de sacarme a James de encima.

—Él me decía que lo de Lauren era una farsa, ya sabes, solo para aparentar en el instituto. Y que lo nuestro sí era real.

Sabía que lo que había dicho me había dejado como la amante que estaba tan colgada por Tyler que la muy idiota le hacía caso. James, por su parte, asintió.

—¿Y le creíste?

Sabía que James no se refería a si le creí la parte de Lauren, puesto que él no era idiota. Él se refería a la parte de que si lo nuestro era real. Y esa era la pregunta. ¿Lo era? Sabía que se trataba de una simple mentira, decirle que sí y todo listo, y parecería la estúpida chica que se vuelve loca por Tyler Ross, ingenua, inocente.

—No, pero eso no cambió el hecho de estar enamorada de Tyler.

Sí, sabía que la había cagado, pero no pude evitar decirlo.

—Si al menos sirve de algo, creo que hubieras sido perfecta para él —noté cómo la mano de James me acariciaba el brazo.

Cualquier persona que nos estuviera mirando podía malinterpretarlo, pensar que estábamos acostándonos, saliendo, etc. Pero no era el caso, ese leve gesto de James Ross no me incomodaba, ni tampoco me ponía nerviosa, sino que me reconfortaba. Solo éramos dos personas quebradas, unidas por un mismo sufrimiento: la muerte de Tyler.

Tyler

—Dame más tiempo, Tyler, si voy a tu casa ahora y me pillan estoy muerta —Haley me intentaba convencer de que sacar el dinero ahora era una mala idea, pero yo me negaba —. ¿Qué hago si me pillan? Van a pensar que soy una ladrona.

—Puedes inventar que viniste a visitar a Roy, qué más da. Haley, necesito el maldito dinero, necesito saber qué está pasando con Kyle y su familia.

—¿¡Que no escuchaste lo de mi charla con James!?! Tyler, él cree que yo era tu novia a escondidas, déjame un poco de tiempo para que nos acerquemos más y así pueda ir a su casa. Si voy como su amiga no se levantarán sospechas.

—James no tiene amigas, joder.

Haley me había contado su charla con James, y no me había gustado para nada. Era extraño que mi hermano se hubiera comportado así con Haley, más bien era extraño que se hubiera desahogado con ella. Aunque, claro, al comienzo creí que era para ver si estaba implicada en mi muerte o algo así, pero en cambio se hicieron íntimos amigos.

¿James Ross con una amiga? Ni yo me lo creía, puesto que él era el que siempre me decía que las mujeres no podían considerarse amigas, solo ligues. Y no iba a tolerar que Haley fuera una de ellas en la vida de James Ross. No había tiempo para eso. Haley estaba encima de su cama, donde su madre hacía unos minutos le había venido a entregar el móvil, del que ahora esta ni despegaba la vista.

—¿Con quién hablas?

Haley no respondió, sino que siguió tecleando, concentrada.

—¿Haley? —dije subiendo el volumen de mi voz.

—¿Eh? —esta desvió la vista un leve instante, para luego volver a su celular.

—¿Quién es?

—April, April Granger.

—¿April? ¿Por qué te habla April? —hubo un silencio que me sacó de quicio—. Mierda, Haley, no ves que tenemos que hacer algo con Kyle... ¿Y tú jugando a mandarte mensajes? No lo puedo creer —volqué los ojos, cabreado.

Haley subió la vista hacia mí, con el ceño fruncido.

—Estoy preguntándole sobre el estado de Kyle y qué está pensando hacer la familia, Tyler —me respondió, dejándome con la boca abierta—. Es la presidenta del instituto, sabe todo lo que sucede.

«Mejor me callo», decidí interiormente, ya que era algo típico con Haley comenzar una discusión en la cual yo siempre terminaba comportándome como un cretino.

Haley

El despertador ya había sonado, y abrí los ojos al instante. Otra vez había soñado lo mismo. Un camino. Un prado. Las vías del metro.

—¿Qué te pasa? —Tyler ya se había levantado del suelo, mirándome extraño.

—Nada —respondí de golpe mientras salía de la cama para dirigirme a la ducha. Necesitaba despejarme.

Tyler no me siguió, puesto que ya no estábamos para bromas ni risas después de que April me dijera que la familia estaba destrozada y que Kyle no abría la boca para hablar desde que supo lo de sus piernas. Todo estaba mal. Aunque al menos el tema del dinero no había sido principalmente hasta ahora un problema, por lo que Tyler se había relajado con ese tema.

Prendí la ducha, despojándome de mi pijama para entrar en ella. Sentí el agua caliente caer por mi cuerpo, haciendo que lo olvidara todo y que mis músculos se relajaran. Y lo único que pasaba por mi cabeza eran las vías de tren, que se repetían una y otra vez en mi mente. El tren acercándose. Gritos. Y una muerte.

—¿Hoy dónde juegan los Red Dragons? —le pregunté a Tyler cuando ya íbamos camino al instituto.

—Fuera, con los Strong Lions.

—Fueron ellos los que te dejaron en... ya sabes...

—¿En el hospital? —asentí con la cabeza—. Sí, a esos hijos de puta solo les enseñan a comer esteroides y romper huesos. Esperemos que los Red Dragons les pateen el culo.

Sonreí ante su comentario, a lo que este al verme también lo hizo.

—Hoy comienzas con Lauren, ¿no? —volqué los ojos, puesto que no quería ni pensar en ello—. Sé que no se lo merece, pero no seas dura con ella.

—¿Yo? ¿Dura? No bromees. Sabes que después de lo que me contaste me es imposible no ser amable con Lauren. ¡Y por eso todo es tu culpa!

—¿Mía?

—Porque ahora no puedo vengarme de todo lo que me ha hecho, te odio, Tyler Ross —le apunté mientras esperaba el autobús para irnos al instituto.

Este soltó una carcajada bastante sonora, haciendo que me enojara aún más. Maldito. Y lo peor es que se veía estúpidamente atractivo.

Tyler

El tema de Kyle volvió a mí cuando me quedé solo, puesto que Haley ya había entrado a clases. Y aunque quería sacármelo de la cabeza me era imposible, puesto que no podía quitarme ese peso de culpa que se mantenía en mis hombros. Por eso decidí que tenía que ir al hospital, necesitaba saber cómo lo llevaba todo.

Al llegar a la habitación de Kyle noté que justo estaban sacándolo de ahí para ponerlo en una silla de ruedas, pero él estaba con una expresión bastante extraña, no parecía el Kyle Reyes que había conocido durante tantas horas juntos aquí en el hospital. Se podría decir que era una persona totalmente diferente. Ojeras enormes se trazaban en sus ojos, más la mirada perdida y la mandíbula apretada.

—Hijo, vamos a llevarte a otra habitación donde estarás más cómodo —su madre se puso detrás de él, empujando la silla cuando ya estaba perfectamente colocado.

Yo no podía despegar la vista de sus piernas, que colgaban una al lado de la otra en la silla. Kyle no habló en todo el camino, se bastó a estar con la vista gacha. Su madre le hablaba a cada segundo, pero al notar que su hijo no respondía se quedó en silencio. Yo lo seguía a un lado, observando a Kyle y esperando que me viera, que me notara.

—Amigo, soy Tyler —le dije en un momento, pero Kyle ni subió los ojos, sino que siguió con la vista gacha—, estoy contigo, no voy a dejarte.

Esperé una respuesta, pero no la hubo. Llegamos a su nueva habitación, donde noté que el pasillo era una zona para personas con algún tipo de problema en la espalda o las piernas, puesto que la mayoría andaba con sillas de ruedas. Al llegar su madre, con la ayuda de una enfermera, lo colocó en la cama, donde este al ya estar ahí cerró los ojos dando a conocer que quería estar solo.

Su madre se acercó a darle un beso en la mejilla, despidiéndose con los ojos llorosos, pero Kyle ni lo notó, ya que se mantuvo con los ojos cerrados. Me quedé ahí, junto a él, puesto que, aunque me angustiaba más, no quería dejarlo solo. Sabía que si los papeles fueran al revés Kyle se mantendría junto a mí en todo momento. Era lo menos que podía hacer por él. En eso, noté que abrió los ojos mirando hacia su alrededor de manera rápida, como si estuviera buscando a alguien escondido en la habitación.

—Tyler, ¿estás aquí? —abrí los ojos, sin poder creérmelo.

—Por supuesto —le respondí, pero noté que no me oía y, menos aún, me veía, ya que soltó un suspiro frustrado mientras unas cuantas lágrimas caían por sus mejillas.

Yo, por mi parte, me puse junto a él, con la esperanza de que este notara mi presencia y pudiéramos charlar como lo hacíamos, cuando yo terminaba siempre refunfuñando y Kyle riéndose de lo orgulloso que era.

Una sonrisa nostálgica se formó en mi rostro. Ahora al menos había un plan. Iba a ayudarlo, iba a salir adelante con esto e iba a ser el mejor jugador profesional de la historia. Porque Kyle Reyes se lo merecía.

Haley

Buscar a Narco era complicado, puesto que aunque sabía que Kyle Reyes era más importante ahora no podía quitarme de la cabeza todo este asunto, ya que me ponía nerviosa saber que a Tyler le quedaba poco tiempo. Y a pesar de que había un gran cambio en el aún no había vuelto a la vida, por lo que en algo estaba fallando. Y necesitaba saber en qué.

Fui a los pasillos abandonados que estaban más allá de la cafetería, donde me adentré sin miedo, puesto que estaba decidida en que no iba a irme sin hablar con él. Al llegar ante su puerta vi que esta estaba medio abierta, y me acerqué a ella, dudosa.

—Dickens, entra ya, cariño —me llamó. Abrí los ojos de golpe y abrí la puerta por completo, entrando al pequeño espacio que había.

Narco estaba sentado en su silla, con los pies encima de la mesa. Yo lo miré fijamente a sus ojos oscuros, intentando descifrar quién era realmente. Pero nada. Aunque de todas formas lo intenté.

—¿Quién eres?

Este demoró su respuesta, ya que me miraba con el ceño levemente fruncido.

—Creo que hay cosas más serias de las que hablar, Haley —fue su respuesta, y se llevó la mano al cabello largo, que le llegaba hasta un poco más arriba de los hombros, acariciandoselo. Una parte de mí quería pegarle un bofetón en la mejilla y exigirle que me dijera ahora mismo quién era, pero por el otro lado me tranquilicé diciéndome que tenía razón—. Por ejemplo, Aaron Grey.

—¿Qué tiene que ver él contigo?

—Pensé que cuando me espabas escuchaste lo que decía, ¿no?

¿Cuando lo espaba? ¿Yo? El recuerdo me vino a la mente, recordándolo.



Unos ruidos llamaron mi atención desde más adelante, pensé que era Tyler, pero no. Por supuesto que no, ya que era una conversación, y Tyler no podía formar parte de una, si no era conmigo, claramente.

—Si no me traes el dinero, yo no te vendo nada. Así son las reglas —pude reconocer la voz, era Narco.

Por supuesto, era imposible olvidarla, era tan suave y aterciopelada. Hablaba tranquilo, como si estuvieran teniendo una conversación normal, calmado. Iba a salir a correr, pero como siempre me sucedía, estos comenzaron a acercarse en donde estaba, y no tuve más remedio que salir del medio para pegarme a la pared. Y tuve la suerte de que por la poca luz que había parecía invisible.

—Prometo tenerla para mañana, es que he tenido algunos problemas —era un chico el que hablaba con Narco, y parecía algo cabreado y frustrado. Aunque su voz apenas era audible a mis oídos.

—¿Problemas? Mejor me preocuparía de ellos, en vez de venir a suplicarme que te venda —pude notar el gruñido que le mandaba ese chico a Narco—, porque no voy a hacerlo, me debes mucho dinero. Y para negociar no estoy de ánimos, menos contigo, así que lárgate.

El chico ni siquiera le respondió, y en cambio, pasó por mi lado. Yo cerré los ojos, sin poder verlo, ya que estaba asustada, implorando que no notara mi presencia.

¿Ese chico era Aaron Grey? Entonces... eso significaba que Aaron le compraba drogas a Narco.

—Entonces Aaron te compra drogas —dije ahora en voz alta, esperando la afirmación de Narco.

Pero su respuesta fue negativa.

—No.

—Sí, lo has hecho. Recuerda, tú estabas hablando con Aaron diciéndole que no ibas a venderle...

—Yo nunca miento, Dickens, y si te he dicho que no le he vendido drogas a Aaron Grey es porque no lo he hecho —su tono fue autoritario, sin ninguna pizca de gracia, algo que me extrañó en él, puesto que siempre estaba canturreando o hablando alegremente aunque la situación no lo fuera.

Y ahora estaba con una actitud bastante más seria que me hacía recordar a alguien por el tono y forma en la que hablaba. Pero no sabía a quién.

—¿Y qué quería? No lo entiendo —me crucé de brazos, porque no entendía su conversación con él.

—Simple —este se encogió de hombros, apuntándome—. A ti.

Pestañee unas cuantas veces. Una carcajada salió de mi boca sin poder evitarlo. Tenía que ser un chiste, y bien malo. Miré a Narco, que me observaba divertido, pero al mismo tiempo sin ninguna señal en el rostro de estar bromeando.

—A ver, si Aaron me quería a mí, ¿por qué fue a hablar contigo?

—No fue a hablar conmigo.

Rodeé los ojos.

—¿Y con quién hablaba, entonces? ¿Solo?

Esto ya tenía que ser una maldita broma.

—Creo que tú misma puedes deducirlo.

Me lo pensé un momento, sin llegar a nada.

—Si él no hablaba contigo, ¿con quién hablabas tú?

Narco se demoró un instante en responder, pensándose bien.

—Ya sabes, estaba dándote información, que al parecer no pudiste comprender bien.

—¿Eh? —mi cara lo decía todo, y Narco se adelantó, acercándose a mí.

—Hay dos cosas que tienes que saber de mí. La primera: yo nunca miento. La segunda creo que ya te la había dicho: todo lo que te digo es importante, no puedes pasar nada por alto. Ahora, si me disculpas, Dickens, el reloj corre y creo que están bastante lejos de la meta —Narco soltó una carcajada muy tipo él y se enderezó, caminando hacia la puerta que había quedado abierta.

—¿Cómo? Tyler ha avanzado, ya no es el mismo —me di la vuelta, quedando frente a frente.

—No ha cambiado, solo se preocupa por alguien porque siente culpabilidad, nada más —Se refería a Kyle, ¿no? Tyler estaba preocupado porque tenía la culpa del accidente y, por consiguiente, por si se quedaba parálítico—. Y escúchame bien en esto —este se acercó más a mí, bajando el volumen—: las elecciones son un evento importante, eso lo definirá todo —lo miré sin entenderle bien. ¿Significaba que el alcalde que saliera iba a definir el futuro de Tyler? ¿Quién tenía que ganar para eso?

—No lo entiendo, tengo muchas preguntas —pude decir algo confundida. Mi cabeza era un caos, mucha información para que pudiera procesarlo todo y poder seguir preguntando.

Narco, pero, se me adelantó, mirándome fijamente a los ojos.

—Recuerda que es la mentira la que tiene que convertirse en verdad, no al revés.

¿Eh? Iba a preguntar a qué se refería, pero salió por la puerta. Al cabo de unos segundos la abrí, pero me encontré con el pasillo vacío. ¿Qué tenía que ver eso conmigo?

Tyler

Mirar a los chicos practicar era un total aburrimiento, ya lo había aceptado. Yo servía para jugar, no para ver cómo jugaban. Cada vez que uno de los chicos no hacía la jugada que yo creía más conveniente comenzaba a maldecir en voz alta, esperando que los estúpidos me notaran y jugaran como los Red Dragons que eran. Pero nadie me escuchó.

Simon estaba entre ellos, y era el capitán de uno, ya que Whitey había dividido en dos el equipo para practicar de cara al partido, que era al cabo de unas horas. Steve comandaba el otro, por lo que al menos era interesante ver cómo Steve y Simon estaban discutiendo en todo momento. Y qué sorpresa me llevé cuando Simon también le seguía el juego a Steve, puesto que en vez de quedarse en silencio le respondía de la misma forma.

—¡Paren los dos o los echo del partido de hoy! —gritó Whitey tocando el silbato—. Me tienen harto, me importa un pepino si fue falta o no. Adams, si te han golpeado te levantas como un hombre y no lloriqueas, y tú, Fox —Steve comenzó a reírse con su equipo de Simon, a lo que yo también lo hice—. ¡Cierren la boca! —todos se quedaron en silencio—. Fox, tú sigues intentando que el *quarterback* del equipo se lesione y juro por Dios que te echo de por vida. ¿Estamos? Y una burla más y Simon será el capitán de los Red Dragons. ¿Estamos? —Steve apretó la mandíbula, y por supuesto se estaba aguantando de gritarle un par de cosas, las que muchas veces yo le decía a Whitey—. No te escucho, Fox, al parecer las borracheras están acabando con tus neuronas —ahora el grupo de Simon era el que reía, pero este no lo hizo, se bastó a mirar a Steve.

—Sí.

—¿Sí que? —realmente Whitey era un maldito hijo de puta cuando se lo proponía. Steve soltó un suspiro cabreado.

—Sí, entrenador.

Desde las gradas comencé a reír, puesto que Steve me daba cierta gracia cuando Whitey le trataba de esa manera. Y más aún cuando el muy idiota no vio el balón que estaba junto a él y al darse la vuelta cayó de bruces al suelo. Eso sí era algo que no olvidaría. Mi diversión fue interrumpida por la presencia de alguien a mi lado. Miré a su dirección y me encontré con Haley, que estaba mirando al frente.

—¿Divirtiéndote? —me preguntó de manera amigable, solo que no me miraba para no levantar sospechas a los alrededores, puesto que había tres o cuatro personas más repartidas entre las gradas que miraban cómo iban calentando.

—Te has perdido a Steve, fue genial —volví a reírme, recordando lo que había pasado hacía segundos.

—Sí lo vi, créeme que nunca lo olvidaré —esta soltó una carcajada uniéndose conmigo.

En eso, nos quedamos en silencio mirando cómo comenzaba el juego, y por supuesto el equipo de Simon fue derribado al instante, sin siquiera tener la oportunidad de anotar.

—¡Joder! ¿Qué les sucede, que los derriban en todo momento? ¡Par de inútiles maricas! —grité a todo pulmón, y Haley, a mi lado, dio un salto sorprendida.

Pero no me importó, ya que estaba tan concentrado en el juego que ni la miré.

—Sabes que no pueden oírte, ¿no? —me susurró, pero yo me volteé hacia ella con el ceño fruncido.

Pero no lo había dicho para herirme, sino para evitar quedarse sorda ante mis gritos. Me hizo un puchero.

—Por favor, si vas a gritar hazlo cuando me vaya a clases, me quedan... —esta miró su móvil un momento— ...cinco minutos, y me encantaría usarlos para hablarte de una cosa.

—¿Qué?

Haley se dio la vuelta, dándome la espalda.

—Vamos a otro lugar, Simon me está mirando —dijo bastante bajo, a lo que yo me levanté, siguiéndole el paso.

Pero Marie Acuña justo apareció ante Haley, mirándola con el ceño fruncido.

—Tú, amiga, tienes serias cosas que contarme. Primero: ¿de qué hablabas con James Ross ayer en la cafetería? Y segundo: ¿dónde te has metido? No te he visto en todo el día —se notaba que Marie iba a saltar hacia ella en cualquier momento.

Iba a decirle a Haley qué responder, puesto que se había quedado en silencio. Pero, para mi sorpresa, le respondió calmada y tranquila.

—Me hablaba de ti, estaba enojado por lo de su taquilla —su mentira me dejó sorprendido, ya que le había salido natural. Y Marie por supuesto se lo creyó, soltando una carcajada, diciendo un “pobre estúpido” —. Y hoy he estado con el profesor de Física para que me ayudara con fichas de apoyo para Lauren, ya que me obligó a darle tutorías, y si no lo hago me haría reprobar.

—¡No me digas! No puede hacerte eso, es ilegal.

—Lo sé, pero ya sabes, no pude hacer nada —esta se encogió de hombros, a lo que Marie se acercó y puso el brazo por los hombros de Haley.

—Por eso, vamos a saltarnos clases y a ver a Simon calentar, no puedes negar que se ve bastante atractivo.

Solté una carcajada. ¿Atractivo? ¿Simon Adams? Debía de estar ciega, eso no era posible, Simon era sinónimo de un tallarín andante, totalmente flácido.

—Eh... Marie, no puedo —le cortó Haley—, quedé con Lauren ahora para coordinarnos —volcó los ojos, haciendo aún más creíble su actuación.

Marie hizo un puchero y soltó un gruñido.

—Tendré que ver a Simon sola... —dijo entristecida—. ¡Odio al maldito profesor de Física y más aún a la puta de Lauren! —dramatizó haciendo una escena, a la que por supuesto todos estaban atentos, mirándola—. ¿Puedo ir a tu casa después?

Haley terminó la conversación asintiendo con la cabeza y sonriendo. Me acerqué hacia ella cuando ya habíamos dejado a Marie atrás.

—Vamos por detrás de las gradas —le dije a Haley cuando esta no sabía si doblar hacia la entrada del edificio o seguir caminando por el campus, donde había varios grupos recostados en el camino. Ella me miró con los ojos como platos—. Sé que no es un lugar bastante “cálido” para charlar, pero si queda tan poco tiempo es mejor ocuparlo para hablar que para recorrer medio instituto buscando el lugar perfecto. Y mira, está justo doblando aquí —le apunté hacia un lado, donde podíamos adentrarnos a la parte trasera.

Haley se demoró un momento en responder, debido a que obviamente debía pensar que ni loca iba a volver al lugar donde habíamos visto a Mark comprando un arma, pero por otro lado era la única opción para no tener que esperar a la salida para lo que fuera que quería decirme.

—Está bien, vamos —decidió, y nos adentramos ahí.

Llegamos en menos de un minuto. Haley se quedó parada mirando el lugar, mientras que yo, por mi parte, me recosté en el suelo.

—Comienza a hablar que se nos acaba el tiempo.

Haley volvió en sí, mirándome.

—Es Narco, fui a hablar con él.

De golpe me levanté, acercándome a ella al instante.

—¿Y qué dijo?

Por supuesto esta comenzó a tartamudear, y yo estaba impaciente. Necesitaba respuestas, necesitaba saber la verdad y sabía que Narco tenía que ver con todo lo que me estaba pasando.

—Un día, el día... no sé si lo recuerdas... pero, el día que pillamos a Lauren y... Steve, ya sabes, en que... —yo la miraba impaciente. ¿Es que justo ahora tenía que ponerse a tartamudear? Al parecer lo notó, así que volvió a hablar normal—. Te busqué luego, pero te habías ido. Entonces escuché una charla de Aaron Grey con Narco. Aunque más bien no, o sea... Narco me dijo que no había charla, pero yo sí escuché, y... ¡Ah! ¡Todo es demasiado raro! —esta se llevó las manos al rostro, cubriéndolo.

—Dime primero lo que te dijo Narco —le dije, acercándome más a ella aún. Haley se quitó las manos y volvió a tomar un bocado de aire para hablar.

—Me dijo que él conocía más a Aaron que yo, luego me habló de esa charla y me negó que hablara con él. Dijo que Aaron estaba hablando con otra persona que no sé quién es, y que lo que Narco había dicho no era para Aaron, sino para mí. Yo siempre creí que Aaron había ido a buscar drogas de Narco, puesto que la conversación giraba en torno a que quería algo, pero Narco dijo que ese algo era yo.

¿Me estaba diciendo que Aaron había ido al instituto a buscar a Haley? ¿Cuando ni siquiera se habían conocido? Solté una carcajada, sin poder creer lo absurdo que era.

—Es totalmente una estupidez, si aún ni lo conocías. ¿Por qué iría a buscarte?

—¡Eso también me pregunto! Es imposible.

—A ver, ¿y qué le dijiste tú?

—Lo mismo, que no podía ser. Pero él me dijo dos cosas: que nunca miente y que todo lo que me ha dicho es de suma importancia.

—O sea, él dice la verdad y debemos hacerle caso. ¿Y qué fue lo que dijo Narco cuando pensaste que estaba hablando con Aaron?

—Habló de drogas, de que le debía dinero y que no iba a venderle más hasta que le pagara.

Me quedé un momento meditándolo. ¿Por qué Narco diría eso? Porque, como le había dicho a Haley, él lo decía no para Aaron sino para ella, para nosotros.

—Él quería que supiéramos esto, por algo lo dijo —pude concluir, a lo que Haley asintió con la cabeza.

—Debe de ser una pista. Narco ha dicho que darnos información no es su “trabajo”, entonces quizás solo quiso darnos una ayuda indirecta. Tenemos que averiguar qué relación tienen las drogas con Aaron... —Haley se quedó en silencio y yo la miré, interrogante.

—En la fiesta de Steve Fox, en el juego de verdad o reto, April le preguntó a Aaron... — esta balbuceaba, y yo le entendía a medias, pero volvió en sí— ...April le preguntó a Aaron si era cierto que su padre vendía drogas —yo me quedé intacto. ¿Podía ser posible?—. ¡Eso es, Tyler! Tiene que serlo, la única conexión de Aaron Grey con las drogas es esa.

No respondí, puesto que, aunque ya lo sabíamos, no entendía para qué nos servía. ¿Para qué mierda me iba a importar si Richard Grey vendía drogas? ¿En qué me ayudaba para salir de la mierda que estaba pasando?

—No entiendo por qué Narco nos dice esto. ¿En qué nos ayuda? —hablé al fin, y Haley me miraba atentamente a escasos centímetros.

—Quizás... ya sabes, podemos llevarlo tras las rejas —al ver que en realidad hablaba en serio solté una carcajada, pues debía realmente estar loca para siquiera pensarlo.

—¿Tú? ¿Sola? No vas a hacerlo.

Haley abrió los ojos con el ceño fruncido.

—¿Por qué? Es la única manera para que pague lo que te hizo. ¡Tú mismo dijiste que querías verlo muerto! Al menos de esta forma puedes verlo en la cárcel.

—¿Y perderte a ti en el camino? —solté cabreado. ¿Es que realmente se había vuelto loca?—. Llegas a denunciarlo, Haley, y en menos de un día va a enviar a alguien para que acabe contigo, o peor aún, que haga lo que quiera con las personas que quieres. Él fue capaz de usar a su propio hijo para que tuviera el accidente solo por unas malditas elecciones. ¿Crees que no va a hacer igual o incluso peor con una chica que esté amenazándolo a pena de cárcel? No voy a dejarte, no voy a permitir que arriesgues tu vida por mí. Eres demasiado importante para mí para pensar siquiera en una leve posibilidad de perderte.

Haley

Yo aún no podía creerlo. ¿Tyler Ross había dicho en voz alta que era demasiado importante para él? El corazón me latía con fuerza, y aunque me decía en mi interior que solo lo decía por cariño, era imposible poder controlarme, puesto que me había tomado por sorpresa, y más aún cuando él estaba negándose a la satisfacción de ver a su “asesino” tras las rejas. Solo por mí. Por mi seguridad.

Levanté la vista tras habernos quedado en un silencio, ya que yo no había tenido el valor de mirarlo y que mi rostro me delatara. Los colores se dejaban ver de manera notoria. Al encontrarme con sus ojos grises noté que este parecía alterado.

—Júrame que no vas a hacerlo, Haley —su tono fue más bien desesperado, como si creyera que yo no iba a hacerle caso e iba a morir en el intento.

¿Iba a hacerlo? En eso, recordé las palabras de Narco.

Y escúchame bien en esto —este se acercó más a mí, bajando el volumen—: las elecciones son un evento importante, eso lo definirá todo...

Ahora sabía que eso era por Richard Grey. Narco me había dicho esto para dejarme claro que él había dicho eso junto a Aaron para advertirme, para decirme, en cierto modo, que si gana Richard Grey Tyler no volverá a la vida. Y tenía que serlo, puesto que... ¿Para qué se tomaría la molestia de darnos a conocer que vendía drogas?

Narco, al igual que nosotros, quería a Richard Grey tras las rejas. Y yo le había prometido a Tyler que iba a hacer todo lo que estuviera a mi alcance para que volviera, y no iba a dejar este tema de lado. Por supuesto, no iba a ir corriendo a la comisaría, ni tampoco iría a su propia casa para encararlo. No era estúpida, sabía que esto era algo mucho más grande de lo que unos críos de dieciséis años podíamos afrontar. Pero eso no significaba que iba a rendirme así de fácil.

—¿Haley? Respóndeme —la voz de Tyler me hizo volver al lugar donde estábamos, y alcé la vista hacia él.

—Juro que no voy a hacerlo —mentí, y en ese momento me dispuse a levantarme.

Tyler, por su parte, me sonrió, y lo único que me hizo sentir fue un apretón en el pecho de culpabilidad.

—Fui a ver a Kyle hoy, no fue la gran cosa, pero él me recuerda —intenté parecer emocionada por Kyle y él, pero en realidad me costaba concentrarme.

¿Cómo iba a hacerlo cuando le había mentido en su cara? Habíamos acordado ser sinceros el uno con el otro, habíamos quedado en que nos confiaríamos. Hasta yo misma lo había propuesto, y al final era yo la que había roto la promesa. Qué irónico.

Y por otro lado las palabras de Narco venían a mi mente una y otra vez: *El reloj corre y creo que están bastante lejos de la meta. ¿Lo estábamos? Miré a Tyler, que me seguía hablando de Kyle.*

—Él mismo me llamó cuando se quedó solo en el hospital, y ni te imaginas lo bien que me hizo sentir. Estaba seguro de que él no me recordaría, pero al parecer lo hace.

—Qué bien —pude decir, sonriéndole fingidamente.

Le había mentado en su propia cara. Y lo peor era que ya no me podía echar atrás, debía hacerlo, le había prometido que lo ayudaría, y sacar a la luz las verdades de Richard Grey era la solución. Tenía que serlo. Fernando Ross tenía que ganar las elecciones y de alguna forma u otra Tyler iba a volver a la vida y todo iría bien.

Asentí con la cabeza ante la idea, puesto que al menos me animaba a seguir con esto. Tenía que hacerlo, Tyler me necesitaba. Aunque, por otro lado, había una frase de Narco que venía a mi cabeza, perturbándome aún más: *Recuerda que es la mentira lo que tiene que convertirse en verdad, no al revés. ¿Se estaría refiriendo a mí?*

Esperaba que no, porque en este momento era totalmente cierto que yo no era más que mentiras, mentiras y más mentiras. Y estaba cansada de eso. ¿Pero qué más podía hacer? Tyler me necesitaba, y si tenía que mentir por él iba a hacerlo. Eché un vistazo a la

mata de cabellos rubios, que seguía hablándome sobre Kyle Reyes, emocionado, mientras que yo, por mi parte, solo quería quedarme con este recuerdo para el resto de mi vida.

Era la primera vez que veía a Tyler de esa forma frente a mí, como si no hubiera preocupaciones, ni mentiras, ni secretos. Solo él y yo. La mentira y la verdad, aunque a este punto ya ni sabía distinguir quién era cuál. Y lo peor era pensar que no quedaba mucho tiempo, puesto que las elecciones eran en un mes y unas cuantas semanas.

Ese era el tiempo en el cual debíamos resolver todas las mentiras y secretos para sacar la verdad a relucir, y de esta forma convertir a Tyler en una buena persona. ¿Podría hacerlo?



CAPÍTULO 5 DECLARACIONES

Haley

Tres minutos. Seis minutos. Nueve minutos. Doce minutos. Quince minutos. Dieciocho minutos. Y así iban moviéndose las manecillas del reloj que estaba colgado en la biblioteca del instituto, dándome a conocer claramente que Lauren Davis estaba llegando atrasada a nuestra primera tutoría.

Volqué los ojos, llevando el lápiz nuevamente al cuaderno para seguir garabateando cosas sin sentido, esperando a que la reina diera su entrada de una vez por todas. «¿Me voy?», me preguntaba a mí misma, ya que le había advertido a Lauren Davis que si no llegaba a la hora no iba a esperarla.

Pero era Haley Dickens, y no tenía el valor de irme cuando aún existía la posibilidad de que su atraso quizás no fuera por su culpa. Lo peor de todo era que ahora mismo estaba Simon jugando el partido en el que tenía bastantes posibilidades de acabar en el hospital por lesión, ya que sus contrincantes eran conocidos en todo el estado como los más bruscos y agresivos. Y con solo imaginar a Simon frente a frente con uno de ellos tenía escalofríos.

De repente, el sonido de tacones acercándose a mi mesa me hizo levantar la vista a la figura que venía hacia mí. Lauren iba con su celular en mano y con la boca abierta comiendo chicle, bastante femenina.

—Llegas tarde —me bastó a decirle cuando ya la tenía frente a mí. Lauren solo asintió con la cabeza para tomar asiento—. ¿Por qué?

Tuve que repetir la pregunta dos veces, y al fin Lauren se despegó de su aparato.

—Cosas, pero ya estoy aquí —se limitó a decir, tajante.

Me mordí el labio, asintiendo con la cabeza, mientras millones de ofensas pasaron por mi cabeza, pero ahí se quedaron.

—Comencemos —saqué unos cuantos apuntes de mi cartera. Lauren, por su parte, estaba ocupada con el móvil—. Saca tu cuaderno —le ordené subiendo la voz, a lo que ella dejó su celular de lado e hizo lo que le había dicho.

«Bien, al menos me había hecho caso».

—¿Qué es lo que no entiendes? —le pregunté cuando ya estábamos las dos listas para comenzar.

—Desde... —esta comenzó a hojear su cuaderno, que prácticamente solo contaba con corazones y garabatos dibujados— ...aquí, desde aquí no entiendo.

La miré con los ojos como platos. ¿Hablabas en serio? Lauren estaba apuntando a la primera página, que solo contaba con un dibujo donde estaba escrita con letras rosas la palabra “Física”.

—Entonces... no entiendes nada de clase de Física —sentenció, esperando que no fuera cierto.

—Eso te he dicho —gruñó.

«Respira Haley, respira», me decía interiormente para calmarme. Realmente no sabía cómo iba a soportar hacerle clases a Lauren Davis. «Tyler Ross, me debes una».

Tyler

—¡Levanta tu maldito culo del suelo, Fox! —el grito del entrenador a mi lado hizo que me uniera a él.

—¡Muévete, Fox, pedazo de idiota!

Y es que el partido había comenzado hacía veinte minutos, y cada vez que los Red Dragons tomaban el balón eran derribados por el adversario. Steve, que había sido el último, estaba enderezándose, y noté cómo una mueca pasaba por su rostro cuando su pierna izquierda lo mantenía erguido. Algo normal después de que una masa de grasa de ochenta kilos te lanzara volando por los aires.

El marcador iba con una gran desventaja para los Red Dragons, pero era algo normal. Siempre en los partidos contra estos mi equipo comenzaba perdiendo, pero luego, cuando esas masas de ochenta kilos sudaban notoriamente por el cansancio les dábamos una patada en el culo. Y sabía que iba a ser de ese modo.

Simon, por su parte, tenía que admitir que había hecho un gran trabajo organizando las jugadas, ya que, aunque los derribaran, este había captado que no debían gastar tanta energía y ahorrarla cuando realmente los enemigos ya no tuvieran ni para lanzar el balón. En un minuto dado el entrenador llamó a Steve, y dejó claro al árbitro y a todos los presentes que quería dejarlo en la banca para que entrara otro en su lugar. Steve al notararlo se acercó al entrenador con el ceño fruncido.

—Puedo seguir —le dijo autoritariamente.

—No, no puedes. Anda a la banca para que te revisen esa pierna de inmediato.

Noté cómo mi mejor amigo iba a protestar, pero al final fue a hacer lo que le habían ordenado, mientras que yo, por mi parte, puse atención a su pierna, y noté que estaba cojeando. Caminé hacia él algo preocupado, y al llegar vi que el médico de urgencias estaba quitándole la zapatilla y el calcetín, dejando ver su tobillo, que estaba hinchado. Steve, cuando la mano del hombre le tocó el lugar, soltó un gemido de dolor, que no pasó desapercibido por el entrenador, que se acercó hacia ahí preocupado.

—¿Puedes moverlo? —le preguntó el médico, preocupado.

Mi amigo asintió con la cabeza, sin poder ni siquiera hablar.

—Del 1 al 10, ¿cuánto te duele?

—8 —susurró Steve.

—Tienes un esguince, lo mejor sería llevarte a ver que te revise bien un doctor del hospital.

Pero antes... —noté cómo el médico comenzó a sacarle las tobilleras a Steve al ver unos cuantos moratones por la pierna. Steve se alejó de inmediato, impidiéndole ver más.

—¿Has tenido algún accidente últimamente?

—Me resbalé por la escalera.

«Si resbalarse de la escalera consistía en que su propio padre lo había empujado, pues ahí Steve estaría diciendo la verdad», me dije a mí mismo mientras una rabia tremenda me entró encima. Y es que aún no podía creer que su propio padre abusara de él. Y lo peor era cómo Steve podía sobrevivir con eso.

El médico asintió con la cabeza y se excusó con que debía ir a llamar a los del hospital para que vinieran a buscarle. En eso, noté que le hizo señas a Whitey para que se acercara hacia él. Dejé a Steve, que estaba poniéndose una bolsa con hielo en su tobillo, para escuchar lo que el médico tenía que decirle a Whitey.

—No le quite el ojo a su chico, he notado que tiene varias marcas de golpes en su cuerpo. Lo de su tobillo no fue solo por el golpe que recibió en el juego.

—¿Qué quiere decir?

El médico se acercó más hacia él.

—He atendido a muchos chicos, y podría jurarle que esos golpes solo los tienen los que son víctimas de maltratos o abusos. Pueden ser sus compañeros, no lo sé, solo que no lo pierda de vista.

Noté cómo Whitey estaba aún con los ojos abiertos como platos, sin siquiera notar que Simon Adams metía un punto.

—¿Está seguro?

—Cien por ciento —el médico de urgencias al terminar cruzó miradas con Whitey, y luego tuvo que irse para atender a Steve.

Whitey desvió la vista hacia mi mejor amigo, que estaba apoyando contra la pared con una mueca de dolor y los ojos cerrados. Yo intentaba entender por qué lo golpeaba. ¿Cuál era el punto? No me entraba en la cabeza. Porque, si lo recordaba bien, el padre de Steve siempre era bastante cariñoso conmigo cuando iba a su casa, sin olvidar a su madre, que a pesar de ser algo regordeta era bastante amigable.

—¿Lauren? —al escuchar esa frase proveniente de Steve, que ahora tenía el celular pegado en la oreja, volví hacia él, ya que sabía que Haley debía seguir en las tutorías con esta—. No ha terminado aún el partido —un silencio, en el cual Steve hizo una mueca—. Whitey me cambió con otro... Es que, ya sabes, me derribaron y me dio un descanso, nada de qué preocuparse —este sonrió a duras penas—. ¿Y qué tal las tutorías? ¿Te sientes bien?

Nuevamente hubo un silencio, en el que yo desvié la vista para ver cómo iba el juego, y la verdad es que no iba nada mal, ya se podía notar cómo los musculosos iban perdiendo el aliento.

—No seas grosera, te está haciendo un favor. ¿Ya terminaste o todavía sigues?

—volví la vista a Steve, que estaba negando con la cabeza—. Lauren, concéntrate, llámame cuando termines, no en medio de una explicación de Física. Debes aprobar, y lo sabes. Y no estoy enojado, solo me fastidia que no tomes atención —nuevamente Lauren comenzó a hablar por el otro lado—. ¡Te juro, Lauren Davis, que no estoy enojado! Si sabes que no podría enojarme contigo —una sonrisa se posó en su rostro—. Te amo, y si quieres te lo digo todas las veces que quieras para que te entre en la cabeza. ¿Bien? Pero será cuando termines las tutorías —Steve terminó la llamada, y la sonrisa aún la tenía plantada ahí.

En vez de reírme por lo estúpidamente cursi que había sonado me preguntaba a mí mismo si era real. ¿Steve Fox enamorado? ¿Sería cierto? Yo seguía observándolo pensativo, y es que no entendía el amor. Era un total gilipollas. ¿Cómo alguien iba a querer

amarrarse a una chica el resto de su vida cuando había tantas opciones? Además, las novias solo eran una carga más.

Solté un suspiro algo perturbado, ya que no entendía cómo mi mejor amigo estaba enamorado. «¿Y seguro que tú no lo estás?», me molestó esa voz en mi interior que solo me recordaba que Kyle Reyes seguía en mi cabeza. Totalmente.

Haley

Al terminar con Lauren tomé mi celular y le mandé un mensaje a Simon. “Hola. ¿Cómo te fue en el partido?”. Apreté enviar al leerlo unas cuantas veces, rebatiéndome si lo mandaba o no, ya que no habíamos vuelto a cruzar palabra desde nuestra discusión en el pasillo. Y no sabía si estábamos bien o mal. En la salida del aparcamiento Lauren estaba subiéndose a su coche, donde justo en ese momento alguien me tocó el hombro.

—Qué sorpresa. ¿Qué haces aquí? —James Ross estaba enfrente de mí, desde donde me miraba intrigado.

—Tutorías —me encogí de hombros, para no entrar en detalles—. ¿Tu?

—Detención.

Lo miré intrigada, ya que sabía que por Marie no era.

—Mark estaba peleándose con unos chicos en los baños, los intenté detener, y cuando me golpearon, pues mi lado heroico se fue a la mierda.

No sabía qué decir, por lo que cuando James soltó una carcajada seguramente recordando el momento yo también lo hice. Y es que aún me seguía sintiendo muy nerviosa junto a él. Sabía que él seguía sospechando de que algo raro tenía con Tyler, y no era una simple relación a escondidas antes de conocernos.

Cuando iba a preguntarle si a su hermano también lo habían puesto en detención justo apareció en la estancia. Mark al llegar junto a James me miró interrogante, con un semblante serio. Y yo solo sentía mis piernas flaquear, ya que saber que Mark Ross podía estar portando el arma justo ahora mismo me daba un terror de muerte.

—Hola, Haley —me saludó, y yo abrí los ojos sin poder creérmelo. Aunque su tono fue de lo más frío y cortante, nunca creí que Mark Ross supiera mi nombre, y si lo sabía, que no me saludaría de esa manera—. ¿Vas a llevarme a casa o me voy por mi cuenta? —ahora Mark se dirigía a James, que le respondió que fuera al coche por el momento.

—Es grosero con todo el mundo, así que no permitas que te influya su mal humor.

—Lo entiendo, no te preocupes.

—Por cierto... —James se pasó una mano por el cabello oscuro, lo que me recordó a Tyler. ¿Dónde se había metido?—. ¿Estás en coche?

Negué con la cabeza.

—Te llevo, entonces —James sonrió de oreja a oreja, ladeando la cabeza hacia su coche, que estaba a unos pocos metros.

Iba a negarme, pero no me atreví a decirle que no a James Ross, por lo que me encaminé junto a él, y me senté en los asientos de atrás, con la mirada de Mark Ross penetrándome por el retrovisor. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Yo solo sentía los latidos de mi corazón cada vez más rápidos.

—¿Y a quién le das tutorías, Haley? —James ya había prendido el motor, por lo que empezamos a retroceder con el coche.

—Lauren Davis —respondí rápidamente.

James me echó una mirada atrás, algo confundido.

—¿Y no es incómodo?

—Algo —sabía a lo que se refería James: si era incómodo hacerle tutorías a la novia oficial de su novio secreto que ahora está muerto, además de haber sido yo la chica que había destapado a Steve y Lauren del armario.

Pero en realidad no era por eso que era incómodo, sino más bien porque no nos llevábamos nada bien.

—Si mi hermano pudiera verlo no lo creería. Las dos chicas con las que salía juntas estudiando, qué irónico —se burló, a lo que yo no dije nada, ya que James acababa de decirlo en voz alta junto a Mark, que se echó hacia atrás mirándome.

—¿Salías con mi hermano? ¿Con Tyler? —Mark parecía exaltado, lo que hizo que frunciera el ceño, confundida y nerviosa al mismo tiempo.

No sabía qué decir. Y al menos James Ross me salvó.

—Sí, era la novia secreta de Tyler. ¿Te lo puedes creer?

Mark volvió la vista hacia adelante, y solo asintió con la cabeza, pensativo. El resto del camino James miraba a Mark de vez en cuando, pero él ni le hacía caso. Estaba perdido en sus pensamientos. Yo tampoco aporté nada más, solo quería llegar a casa para hablar con Tyler. Tenía hecho un lío en mi cabeza y solo quería llegar y descansar. Cuando al fin llegamos a mi departamento a James justo lo llamaron al celular.

—Diana, ¿cómo estás, hermosa? —noté que Mark Ross miraba a su hermano atentamente.

Tyler me había contado lo que había pasado con Mark y ella, y solo me causaba repulsión. ¡Era una total manipuladora! Como James seguía charlando con Diana, olvidándose de que quería salir del coche y mi puerta estaba cerrada, tuve que hablarle a Mark.

—¿Pue... puedes abri... abrirme? Es... es... es que está cerrada —pude decir, nerviosa, a lo que Mark se bajó del coche por su puerta y abrió la mía.

Salí afuera sin saber muy bien qué hacer, ya que Mark no había hecho ademán de volver a su lugar, sino que se quedó ahí parado. Al ya estar afuera me despedí torpemente.

—Espera —me dijo este, haciendo que me diera la vuelta—. Lo siento. Lo siento mucho —me susurró.

Fruncí el ceño, sin entender de qué iba. ¿Por qué se disculpaba conmigo?

—¿Por qué? —solté.

Este me miró un momento directamente a los ojos, dándose la vuelta hacia el coche y entrando en él. Jame me sonrió y soltó un “nos vemos, Haley”, haciendo acelerar su coche de lujo y dejándome en la calle frente a mi hogar. Sin pensarlo dos veces entré a mi casa. Necesitaba dormir, necesitaba descansar de una vez.

Tyler

Y como yo mismo había dicho, los Red Dragons habían ganado el partido. Les habían dado una patada en el culo a esos puros músculos en los últimos veinte minutos, ya que por supuesto con todo el cuerpo que tenían se cansaron al punto de que ni querían correr por el balón, y los del equipo anotaron una y otra vez.

Steve se negó a ir al hospital, lo vendaron ahí mismo, y cuando ganamos saltó como un desquiciado hacia el equipo para felicitarlos entre todos mutuamente. Whitey, por su parte, los miraba a todos con una sonrisa orgullosa desde su lugar. Así fue como en el bus de vuelta al instituto todos gritaban y saltaban, mandándose mensajes con la dirección

donde sería la fiesta de celebración. Yo gritaba junto a ellos como si fuera uno más. Y eso era lo que quería sentir.

En un momento dado me encontré a Simon con su celular en la mano y miré qué era lo que tanto observaba. Mensaje: Haley Dickens. “Hola. ¿Cómo te fue en el partido?”. Y esperando que le respondiera o la llamara de inmediato, Simon se bastó con guardar su celular sin siquiera darle una respuesta a Haley. Yo no podía creer lo que veía. Simon se enderezó y se unió a los gritos de victoria con los del equipo.

¿Qué le sucedía? ¿Seguía enojado? Porque realmente, en vez de entristecerme, me ponía bastante feliz. ¿Qué mejor que Simon no molestara más a Haley?

Así fue como llegamos al instituto, donde todos fueron a sus respectivos coches para irse de inmediato a la fiesta de celebración, mientras que yo miraba cómo Steve iba cojeando hacia su coche. Y justo en ese momento Whitey se acercó hacia él, carraspeando para llamar su atención.

—¿Necesita algo, entrenador? —le preguntó algo grosero, y es que Steve debía de estar cabreado con él por haberle quitado el puesto en el partido.

—Solo respóndeme una cosa, hijo, ¿quién te hizo todos los golpes que tienes?
—Steve lo miró con los ojos abiertos, y Whitey prosiguió—. Y piensa bien lo que me vayas a decir.

Steve no respondió, sino que se cruzó de brazos, mirándolo con el ceño fruncido.

—¿Y qué, si le digo? Como si pudiera evitarlo... —Steve se dio la vuelta, abriendo su coche para entrar en él.

Pensé que Whitey iba a gritarle un sermón de lo maleducado que había sido o iba a insistirle en que le dijera qué diablos le sucedía, pero se bastó a quedarse ahí parado, como si hubiera visto un fantasma.

Steve, mientras tanto, que tenía en el coche algunas manchas de pintura —por lo de Marie y Haley— prendió el motor, dio marcha atrás y salió del aparcamiento del instituto. Whitey se bastó a apretar los puños, y al verlo bien noté que una lágrima cayó por su mejilla.

—Podría, hijo, podría...

¿Qué le sucedía? Comencé a caminar hacia la salida del instituto para colarme en algunos de los coches para seguir la dirección de la fiesta, ya que lo más probable era que Haley y Marie asistieran. Y no iba a perderme la diversión. En eso, noté una figura que estaba parada fumándose un cigarrillo. Narco. Sí, era él. Este estaba mirándome. ¿Podría verme?

Y como el único coche que quedaba ya estaba a punto de partir no tuve otra opción que entrar en él, dejando mi intriga de lo que había sucedido hacia segundos. ¿Por qué Whitey se había puesto así? ¿Por qué Narco estaba ahí a esas horas de la noche? En fin, alejé todos esos pensamientos de mi cabeza para centrarme en la fiesta que había hoy por la noche.

Llegamos de inmediato, donde los del equipo que habían venido en el coche se separaron de mí al instante para ir saludándose entre la gente. Yo, por mi parte, ya estaba acostumbrado a no ser el centro de atención, por lo que me adentré entre la multitud a ver si encontraba a Haley por ahí. Pero nada. Simon Adams estaba encima de una mesa con los demás chicos, tomando cantidades enormes de alcohol y gritando, eufóricos, mientras que todas las chicas estaban alrededor alentándolos.

Una punzada de nostalgia se colocó en mi pecho al darme cuenta de que ahora Simon estaba tomando mi lugar ahí. Y nadie parecía notarlo. Mi atención fue tomada por Marie Acuña, que justo pasó a mi lado para acercarse a Simon, y se colgó en un abrazo de él. Sin pensarlo, me acerqué a ver de qué hablaban.

—¡Felicidades, campeón! —le dijo entusiasmada—. Y qué mal olor llevas, Simon... — esta frunció el ceño, a lo que Simon le guiñó el ojo torpemente.

—Ven, sube a bailar —le animó antes de tomarla de los brazos, pero Marie se negó.

—De seguro me subo ahí arriba con todos esos estúpidos —ironizó sonriendo sarcásticamente—, paso. Por cierto, ¿has hablado con Haley?

—No te escucho —le dijo Simon apuntándose la oreja.

—¡Que si has visto a Haley!

Simon al escucharlo se quedó un momento en silencio.

—No, no he hablado con ella.

Marie iba a decir algo, pero Simon se enderezó para seguir bailando encima de la mesa sin ningún problema, a lo que la castaña soltó un gruñido, alejándose de la sala principal y encaminándose a la cocina de la casa. En eso, apareció el último chico que quería ver por ahí. Aaron Grey.

Y yo que pensé que no iba a verle más por estos lados... Pero, en cambio, este apareció. Y justo cuando Aaron había visto a Marie e iba a saludarla, James Ross apareció en la estancia tomando a Marie del brazo, evitando que esta pudiera ver siquiera a Aaron. Me quedé observando a Aaron, que al ver la escena se encogió de hombros, encaminándose decidido con el semblante serio por la casa.

Iba a seguirlo, pero los gritos de Marie dentro de la habitación en que James Ross la había encerrado llamaron mi atención. La traspasé de inmediato. Me encontré a James puesto con los brazos abiertos junto a la puerta y a Marie confundida frente a él.

—¿Qué diablos te pasa? ¡Déjame salir, idiota! —le ordenó autoritariamente, acercándose hacia él.

James parecía estar nervioso, atrancado, al parecer no sabía qué excusa darle a Marie.

—Necesito hablar contigo sobre algo.

—Estás borracho, por el amor de Dios —esta volcó los ojos con fastidio, y es que James sí que estaba borracho—. ¿De qué tendrías que hablar conmigo? ¿Acaso descubriste al fin que juegas por los dos lados? ¿Descubriste tu verdadera identidad sexual, Ross?

—¿Eh? ¿De qué hablas? —James ahora era el que estaba con el ceño fruncido—. Tú también estás borracha, Acuña, así que no me vengas con cuentos —le apuntó.

Y también era cierto.

—¿Y qué? Yo no soy la que te agarro por el brazo obligándote a entrar a una habitación sin razón aparente.

—Que sí la hay, tengo que decirte una cosa...

—Habla, entonces —le insistió, ya que James no había seguido con la frase.

Ahí fue cuando noté que James no tenía ni idea de qué decirle, ya que, si lo pensaba, este lo único que quería era dejar a Marie fuera de la fiesta para que no se topara con Aaron Grey.

—¿Por qué me odias tanto?

Esta soltó una burla.

—No puedo creer que estés preguntándome eso... —esta se acercó más a él, empujándolo con la mano derecha—. Sal de mi camino, Ross.

Los intentos de Marie fueron en vano, ya que como siempre digo, mi hermano es un luchador nato, por lo que moverlo era totalmente imposible, y aún más cuando se trataba de una chica que debía pesar menos de cincuenta kilos.

—Responde —le incitó este.

—No quiero, ¿vale? —ya cansada de intentar salir se cruzó de brazos y se sentó en la cama, que estaba en la esquina de la habitación.

—Aguafiestas.

—Tú lo eres, yo lo estaba pasando genial ahí afuera.

—Sí, claro —ironizó, a lo que Marie abrió los ojos, interrogante.

—¿Qué?

James no respondió, estaba concentrado mirándose las manos. Aunque yo noté que solo lo hacía porque estaba algo nervioso.

—No entiendo por qué diablos me tienes aquí encerrada... ¿Acaso disfrutas más estando aquí que ligándote a una chica ahí fuera? —le apuntó Marie con el ceño fruncido.

—Tengo mis razones —este se encogió de hombros, despreocupado.

—¿Y cuáles son?

Este se demoró en responder, y llegué a creer que iba a decirle la verdad. Una verdad que ni yo mismo entendía. Marie era hija de Fernando, pero, ¿qué tenía que ver Aaron en eso?

—Si te las dijera tendría que matarte.

Esta entornó los ojos.

—Hazlo, de todos modos voy a terminar muriendo de aburrimiento aquí —Marie se recostó en la cama y cerró los ojos, a lo que James solo se bastó a sentarse en el suelo, mirándola fijamente.

—¿Por qué me odias? —le volvió a repetir la pregunta.

—Creo que tú mismo te puedes hacer la idea del porqué —James iba a hablar, pero Marie se adelantó—. Mi turno. ¿Por qué mierda me tienes aquí? Y quiero la verdad.

—Creo que tú misma te puedes hacer la idea del porqué —repitió, a lo que Marie le lanzó una almohada de la cama, pero James la agarró antes de que le impactara y se la lanzó, cayéndole en el rostro.

—Voy a matarte, Ross —gruñó Marie, enderezándose para correr tras él. James se quedó ahí parado y agarró a Marie antes de que lo golpeará, quedando de frente.

—Dime por qué me odias —le ordenó.

Ambos se quedaron en silencio, mirándose el uno al otro.

—Solo con una condición —habló Marie cuando ya habían pasado unos minutos—. ¿Recuerdas el día que me invitaste a una “cita”? —James sonrió ampliamente, asintiendo—. Pues me obligaste a robar un maldito disco, y quiero saber qué descubriste sobre la muerte de tu hermano.

Abrí los ojos. ¡El vídeo! Lo había olvidado por completo, y más aún cuando James no le había dicho nada a nadie al respecto. Noté cómo mi hermano mayor soltaba el agarre de Marie para retroceder unos pasos.

—No es asunto tuyo.

Esta se cruzó de brazos, fulminándolo con la mirada.

—Se convirtió en mi asunto cuando me obligaste a robarlo, tengo el derecho de saber qué diablos contenía.

James enarcó una ceja, mirando a Marie con atención.

—¿Qué gano si te lo digo?

—Te responderé por qué te odio. Por Dios, James Ross, ¿tan borracho estás?

Este se rascó el cabello y una carcajada salió de sus labios.

—A ver... además de responderme eso, quiero otra cosa a cambio.

—No voy a besarte, tenlo claro —le apuntó de inmediato.

No pude evitar que una sonrisa se plantara en mi rostro, ya que James seguramente se refería a eso, y ahora parecía desconcertado.

—¿Por qué no?

—Porque me das asco, no voy a compartir saliva contigo.

James la miraba con una mueca de desagrado.

—Pues... ¡Tú también me das asco! —ahora sí que solté una carcajada, y es que James parecía un niño de cuatro años.

Al parecer la borrachera era alta.

—Dime qué tengo que hacer para saber qué contenía ese vídeo, además de responderte por qué te odio —esta volcó los ojos.

James se quedó un momento pensativo, y se llevó una mano a la barbilla.

—Anda afuera y di que estás completamente enamorada de mí y que quieres acostarte conmigo.

Pensé que Marie iba a gritarle y darle una cachetada directa en la mejilla, pero se bastó a quedarse en silencio un momento, para luego ofrecerle su mano y cerrar el trato.

—Acepto —susurró, a lo que James la miraba sin poder creérselo.

Algo torpe, estrechó su mano con la suya con una sonrisa victoriosa.

—Esto no voy a olvidarlo nunca —sentenció.

Los dos caminaron hacia la puerta y James la abrió dejando pasar con una reverencia a Marie, que al pasar le dio un golpe en el hombro, lo que hizo soltar un gemido lastimero de James, mientras que yo sonreía. Salí con ellos afuera, donde la fiesta estaba en su clímax. La mayor parte de los chicos estaban besándose en las paredes para subir las escaleras y los demás lo hacían en el suelo.

El otro porcentaje estaba fumando dios sabe qué, y los que faltaban, bebiendo en exceso en la parte del medio de la sala. Los gritos iban cada vez en aumento, ya que al parecer a Simon Adams le había dado por ser el centro de atención hoy. Ahora mismo estaba con el “Rómulo”, que se trataba de un conducto de plástico que usábamos conectado al balde de cerveza, de modo que así llegaba a nuestra boca. Era una leyenda, ya que no cualquiera podía tomar de ahí, solo los del equipo. Y ahí estaba Simon, usándolo, finalmente.

James y Marie lo miraban, esperando que terminara para que esta pudiera hacer su “declaración amorosa”. Noté que Acuña estaba con los ojos abiertos de par en par, observándolo. Y más aún fue mi asombro cuando al terminar dio un grito muerto de la risa, tomando por la cintura a una chica a su lado, besándola. Sí, Simon Adams estaba besando, o, mejor dicho, comiéndose, a una chica al frente de todos.

Aplausos y gritos hacia ellos sonaron de inmediato en el ambiente, a lo que yo aún intentaba que me entrara en la cabeza. ¿No era que le gustaba Haley? En eso, Simon y la chica comenzaron a irse de ahí tomados de la mano, a lo que James le dio un empujón a Marie, pero esta le dio a cambio un gruñido.

—Vamos, quiero escucharte —le susurró cerca del oído, y al separarse le guiñó un ojo, caminando hacia una esquina ahí cerca, donde tomó un vaso de uno de los chicos de primer año, llevandoselo a los labios.

Yo me quedé con Marie, que, algo nerviosa, comenzó a caminar hacia la mesa que había en el medio, al costado de donde estaban tomando los del equipo. Marie tomó una botella de alcohol que había encima de la mesa llevandosela a los labios, tomando unos considerables tragos.

Sin previo aviso, se subió a la mesa y, para llamar la atención, tiró la botella al suelo, que se quebró en pedazos. La música se apagó de golpe y todos los ojos estaban puestos en ella. Esta abrió la boca y comenzó a hablar. Yo, por mi parte, no podía sacarme de la cabeza a Simon Adams y su extraño comportamiento.

Habían pasado cuarenta minutos desde que Marie había gritado al frente de todo el instituto cuánto amaba a James Ross, ganándose el aplauso y silbido de la mayor parte. Después de eso noté que James comenzó a besarse con una chica que estaba cerca de él, y antes de que Marie se bajara de la mesa este ya se estaba yendo por la entrada de la mano con la chica. Le grité a Marie que James se estaba yendo, que le había mentado, pero esta, además de no escucharme, estaba tan borracha que comenzó a bailar ahí arriba con unas cuantas chicas más.

Así que... saber qué contenía el vídeo se fue a la mierda. Me pasé los cuarenta minutos mirando a la gente, buscando a Haley y, principalmente, quería saber dónde estaba Aaron Gay. Y justo en ese momento me lo encontré en el patio trasero. Había cuatro chicos con él, que por supuesto hizo que corriera hacia ahí al instante. Se trataba de cuatro jugadores de mi equipo, justo los que, si agregábamos a Kyle Reyes, habían estado en el accidente conmigo.

—¿Todo claro? Cualquiera de ustedes que abra la boca le juro... que va a tener un accidente aún peor que el de su *quarterback*.

Todos asintieron, a lo que yo no podía creerlo. Ni uno dijo una palabra más, todos tenían la vista fija en el suelo mientras Aaron los miraba detenidamente.

—La próxima vez que te vea cerca de la comisaría créeme que no solo voy a mandar a que golpeen a tu novia, sino que será también a tu hermana pequeña —Aaron ahora se dirigía a uno en particular, que subió la vista hacia él con el semblante serio. Iba a decir algo, pero cerró la boca—. Así me gusta. Ahora desaparezcan.

Quería matarlo, golpearlo hasta que su maldito rostro quedara deformado. Lo odiaba. Los cuatro desaparecieron, adentrándose en la casa, pero Aaron se quedó ahí parado, y noté que le temblaban las manos. Este comenzó a buscar desesperadamente algo en su bolsillo. Sacó su celular, marcó un número y se lo llevó a la oreja. Yo estaba ahí plantado, esperando escuchar algo más sobre mi accidente o con relación a lo que había escuchado hacía segundos.

—Papá, ya he hablado con ellos —con solo escuchar “papá” me hirvió la sangre.

Maldito hijo de la gran puta. Me acerqué más hacia él, quería escuchar lo que el maldito Richard Grey le estaba diciendo por la otra línea. Apenas era un susurró, pero era algo.

—...¿Para eso me llamaste? Cualquier indicio de que se acerquen a la comisaría y mis hombres irán tras ellos, está todo controlado —nunca lo había escuchado hablar, más que en la televisión, y tenía que admitir que era totalmente repugnante. Además de que la voz que usaba con Aaron era totalmente enfurecida y para nada cariñosa.

—¿Y si llegan a decírselo a sus padres? Ahí no podrás hacer nada. Si llegan a meterme en la prisión no sé qué voy a hacer... —Aaron comenzó a desesperarse, haciendo que unas cuantas lágrimas cayeran por sus ojos—. Sabes que yo no quise matarlo, solo fue un impulso... estaba borracho y...

—Cierra la boca. Tú, Aaron Grey, vas a parar con eso. ¡No vas a hablar más de eso, que pueden escucharte, joder! Ya la has cagado, ahora solo tienes que amenazarlos con cerrar la boca. Para de ser un cobarde y compórtate como un hombre. Y no vuelvas a llamarme por tonterías a estas horas —lo último que se escuchó fue un gruñido por parte del candidato.

Aaron se quedó mirando el móvil, que colgaba de su mano, durante unos segundos, para luego quitarse las lágrimas de un manotazo. Ahí me di cuenta de que el poco apoyo de su padre me hacía recordar a como era Fernando conmigo: nunca me prestaba atención, y cuando lo hacía parecía como si estuviera evitándome. No era exactamente lo mismo que Richard Grey, ya que al menos Fernando nunca me levantó la voz ni me trató de esa manera, pero eso lo hacía aún peor para Aaron Gay, ya que además de importarle una jodida mierda su hijo tampoco le daba el apoyo que debía necesitar.

Con solo imaginarme cargar con la culpa de haber matado a alguien al menos me gustaría que mi padre estuviera conmigo superándolo. Y en ese momento, aunque cueste creerlo, entre todo el odio que tenía contra él, sentí pena.

Haley

Unos golpes me hicieron despertar, algo aturdida. ¿Quién podría ser? Vi el reloj que descansaba a mi lado, y pude ver que eran las cuatro de la madrugada. «¿Tanto había dormido?», pensé en mi interior, ya que recordaba haber llegado del instituto y acostarme en la cama. Y ahí debí haberme quedado dormida profundamente.

Di un respingo cuando los golpes volvieron a sonar. Parecía que provenían de la puerta del departamento. Un temor se agolpó en mi pecho, ya que... ¿Quién podía ser? Mamá había salido y me había dejado claro que no volvería hasta muy tarde, y el “muy tarde” siempre era alrededor de las seis o las siete de la mañana, no a las cuatro.

Asustada ante la insistencia de los golpes, que no paraban, me levanté de la cama y busqué a Tyler en el suelo, que, al igual que yo, estaba recién despertado. Al menos lo tenía conmigo.

—¿Tyler?

—¿Mm? —soltó levantándose, aún no despierto del todo.

—Hay alguien que está golpeando la puerta. ¿Podrías ir tú a ver quién es? —le sonreí con la mejor de mis sonrisas para convencerlo, y este asintió extrañado.

Nuevamente los golpes sonaron, a lo que Tyler volcó los ojos.

—¿¡Quién diablos llama a esta hora!? —había sonado como una pregunta, pero Tyler no lo decía para que le respondiera, sino más bien para demostrar que estaba fastidiado. Muy fastidiado.

En eso, comenzó a caminar hacia la entrada, y yo lo seguí por detrás. Cuando nos íbamos acercando los golpes cada vez se hacían más fuertes, lo que cada vez me asustaba más. Tyler lo notó y se acercó a mí, mirándome directamente a los ojos.

—Quienquiera que sea no va a poder entrar, tú tranquila —yo solo asentí, el nerviosismo se redujo en una gran proporción, pero no del todo.

Tyler caminó hacia la puerta y la traspasó. Espere ahí unos segundos, que fueron eternos.

Cuando volvió, estaba bastante desconcertado.

—¿Quién es? —pregunté en un susurro con el corazón a mil.

—Simon, Simon Adams —dijo, y noté que incluso hasta él ni podía creérselo.

¿Simon? ¿Qué hacía Simon a estas horas? Además, ni me había respondido mi mensaje. Sin pensarlo dos veces corrí hacia la puerta, abriéndola de golpe, encontrándome con un Simon Adams vestido aún con el uniforme del equipo, aunque solo con los pantalones, ya que el torso lo llevaba desnudo, con lápiz labial en toda su piel desnuda. ¿Acaso chicas le habían besado el cuerpo? No, debía de ser una broma.

—¿Simon? —le pregunté mientras este se me había quedado mirando de arriba a abajo.

«Bien». Seguía vestida con la falda corta y la blusa que según Tyler me hacía resaltar los pechos para el instituto. Y ahora, el Simon que olía a alcohol estaba mirándome descaradamente.

—Eres hermosa, realmente hermosa. ¿Te lo había dicho? —sus palabras fueron más bien un balbuceo, y yo me aparté justo en el momento en que Simon entró al departamento, y me limité a no hacerle caso, cerrando la puerta.

—Voy a hacerte un café, tú siéntate en el sillón —le ordené pasando junto a Tyler, que estaba mirándolo intrigado.

En la cocina me puse a hervir agua, aún sin poder creer que tenía a Simon en casa borracho a las cuatro de la madrugada. En eso, sentí que alguien colocaba unas manos en mi cintura, acercándose demasiado a mi espacio personal. Me di la vuelta de golpe y me encontré frente a frente con Simon, que me tenía sostenida firmemente de mi cintura.

—Simon... ¿Qué estás haciendo? —pude decir, nerviosa.

—Lo que he querido hacer siempre —iba a protestar, pero sus labios se estamparon con los míos. Yo intentaba zafarme, pero su agarre era más fuerte que yo.

—Suel... —no podía terminar, Simon nuevamente me obligaba a besarlo, a lo que yo intentaba salir, pero me era imposible.

Unas cuantas lágrimas salieron de mis mejillas. Intenté subir uno de mis brazos, pero estaban ahora agarrados por Simon. Intentaba meterme su lengua, pero yo no cedía, a lo que me soltó las manos para tomarme del rostro, obligándome a abrir la boca. Yo no lo pensé dos veces y le di un buen empujón a un lado, dándole una cachetada con la mano libre que tenía directa al rostro.

En eso, desvié la vista a Tyler, que estaba junto a nosotros con el rostro enfurecido hacia Simon, y cuando nuestras miradas se encontraron este me miró, aliviado, relajando su cuerpo, que parecía tenso.

—Haley... no sé qué estaba pensando —se disculpó Simon. Yo volví a darle otra cachetada, aún seguía con los nervios a flor de piel y realmente tenía que golpearlo.

—Eres un cretino, quiero que te vayas ahora de mi casa.

—Lo siento, Haley, no sé qué me pasó... —este ahora sonaba desesperado—. Juro que intenté olvidarte, ni recuerdo bien a cuántas chicas besé hoy, pero con ninguna pudo siquiera igualarse a ti.

—Estás borracho, Simon, fuera de aquí —le apunté con el dedo a la puerta, y a él se le escapó una lágrima.

Eso me hizo quedar congelada. Nunca había visto a Simon llorar, salvo el día en que Steve Fox lo había dejado semidesnudo en los vestuarios de los jugadores de fútbol americano.

—No quiero perderte, lo siento, Haley, podemos hacer como si esto nunca sucedió...

—Pero lo hiciste —se me escapó, sonando más dura de lo que quería.

—Puedes hacer lo mismo que con el beso del juego de la botella, disimular como si nada sucedió —noté que su voz tenía un claro tono de resentimiento, pero a la vez también sonaba como una forma desesperada por parte de Simon para que olvidara lo ocurrido.

—Simon... respecto a eso —intenté encontrar las palabras correctas— ...lo que sientes por mí debes olvidarlo, eres mi mejor amigo y no puedo verte como algo más.

Este soltó un bufido.

—Sigues enamorada de él, ¿no?

—No sé a qué te refieres...

—Está muerto, Haley, tú me dices que te olvide cuando ni tú puedes olvidar a un cretino que nunca te puso atención, que ni sabía que existías. ¿Lo sabes? Yo era el que siempre estaba ahí contigo cuando ese estúpido se pasaba haciendo sufrir a todo el instituto.

¿Era cierto lo que acababa de oír?

—Eres un imbécil.

Ahora toda la lástima que había sentido por él al haberlo visto derramar una lágrima arrepentido se fue... como dice Tyler, a la jodida mierda.

—Sabes que tengo razón, solo que no quieres admitirlo. Sigues enamorada de Tyler Ross, como siempre lo has estado. Y sé que tu actitud tan extraña de estas semanas es por algo relacionado con él. ¿Te gusta ahora su hermano? Porque sería patético.

La sangre me hervía, y ni me molesté en mirar a Tyler, ya que solo estaba concentrada en una cosa: matar a Simon.

—¡Fuera de mi casa! —grité furiosa.

—Y ni lo niegas. No sé qué está sucediendo contigo, pero ya me cansé. Cuando estés llorando porque el idiota te dejó o simplemente fuiste una chica más con las que solo tuvo sexo ni te acerques a mí. Tú ni te pareces a la Haley Dickens a quien consideraba mi mejor amiga —iba a decirle unas cuantas cosas, pero Simon fue más rápido y caminó hacia la entrada para salir.

Sentí que las lágrimas comenzaban a caer por mis mejillas, y lo último que escuché antes de caer al suelo sollozando fue el portazo que Simon dio antes de desaparecer del departamento. No podía quitarme de la cabeza todas las cosas que me había dicho. Una presencia se puso junto a mí, intentando calmarme.

—Si logro volver a la vida, juro que lo primero que haré será darle una gran golpiza —yo no respondí, solo quería que fuera un sueño y que lo que acababa de suceder con Simon no fuera real—. Haley, si te consuela, estaba muy borracho. Lo más probable es que no quisiera decir lo que dijo o hacer lo que hizo —ni yo misma me creía la mentira de Tyler, pero de todas formas me animó un poco.

—Gracias —pude decirle, levantándome del suelo con dificultad.

Me acompañó hacia la habitación, donde yo intentaba que las lágrimas pararan de una vez, pero me fue imposible. Me acosté sobre la cama, y Tyler también lo hizo colocándose a mi lado.

—Él no es así, Simon nunca me diría algo como eso... —susurré, cerrando los ojos.

—Las cosas han cambiado, Haley, ya nadie es igual.

Y era cierto. Yo no era la misma. La Haley a la cual Simon conocía había cambiado, ya no era una “rata de biblioteca”, ni tampoco una rechazada social. No era ya esa dulce chica que siempre estaba junto a él en todo momento. Y si el ya no quería ser amiga de esta Haley no podía hacer nada para cambiarlo.

Por otro lado, era cierto que todos habíamos cambiado, no solo yo. Hasta él ya no era el mismo, había entrado al equipo y ahora era el jugador estrella. ¿Que había besado a chicas hoy? El Simon Adams que yo conocía jamás haría algo así, y ahí estaba. ¿Cómo podía echarme en cara que ya no era la misma si él tampoco lo era?

Al parecer, ya no tenía a mi mejor amigo conmigo. Y eso me dolía. Más de lo que podía imaginar. Antes de quedarme dormida escuché algo que hizo que toda la angustia que tenía en mi estómago se volviera algo totalmente opuesto.

—Antes no existías para mí, pero ahora ni podría imaginar no tenerte a mi lado.

CAPÍTULO 6

¿QUIÉN?

Tyler

Por la mañana Haley había ido a la ducha, y en vez de ducharse, que era la manera rápida, decidió darse uno de esos baños de espumas del que una vez pude ser testigo. Y sabía que iba a durar bastante. Por una parte, no quería separarme de ella después de lo que el maldito de Simon Adams le había dicho, pero por el otro sabía que ella quería un momento a solas y no con el jodido fantasma que siempre estaba pegado a ella como una babosa.

Así que aquí estaba, como siempre, en los sillones deleitándome con la televisión que Haley había prendido antes de irse al cuarto de baño. Esta chica ya hasta me leía mente. En eso, las palabras de Simon vinieron a mi mente de golpe: *Sigues enamorada de Tyler Ross, como siempre lo has estado.* «Haley estaba enamorada de mí», me repetí ya por tercera vez en el día. Y es que aún no podía creerlo.

Por otro lado, Simon se había pasado cuando empezó a besar a Haley, obligándola a seguir con el beso que ella intentaba evitar. Yo solo quería agarrarlo por la chaqueta y tirarlo por la ventana del edificio. Pero no pude. Y eso había sido lo peor de todo, que me sentí inútil. ¿Y si alguien en algún momento intentaba violar a Haley? ¿Golpearla? ¿Asesinarla? ¿Qué mierda iba a poder hacer yo con eso? Nada. Apreté los puños,

intentando calmar la ira que se agolpaba en mí. En conclusión, Simon Adams era un hijo de la gran puta.

Lo peor era que si me ponía en su lugar entendía por qué se había comportado de esa manera. Él estaba enamorado de Haley, además de ser su mejor amigo desde hace dos años. Y que de un día para otro esta se alejara de él, comportándose de un modo completamente diferente al de antes y mentirle en su propia cara... Pues eso debía doler, y mucho. Además, el alcohol estaba consigo, así que no era 100% Simon. Quizás no lo justificaba, pero por mi parte no iba a culparlo de algo que, como me había dicho una vez Haley, yo podría haber hecho en su lugar.

Haley ya no era la misma, Simon tenía razón en eso. Pero tampoco significaba que debía exigirle ser la chica de la que se había enamorado. Eso no era justo, y mucho menos cuando él tampoco seguía siendo el Simon Adams de un comienzo. En pleno debate interno Anna entró por la puerta con una sonrisa plantada en el rostro. Además, llevaba puesta una camisa que claramente no era de mujer, era evidente, ya que le quedaba enorme. Y creo que sabía a quién pertenecía... A Roy.

Sí, era de él, porque era blanca con un broche donde tenía las siglas de su equipo favorito de fútbol americano. Al igual que el mío. En eso, Anna caminó a los sillones y se echó a ellos soltando un suspiro. No podía creer que esos dos se hubieran acostado... al parecer Roy había jugado bien sus fichas, pero el punto era: ¿Qué iba a pasar ahora? Como si me hubiera escuchado, el teléfono de Anna comenzó a sonar, y al acercarme pude ver que se trataba de Roy.

—Sí, llegué sana y salva —fue lo que le dijo Anna de inmediato mientras por la otra línea Roy hablaba.

—¿Quieres salir a almorzar? Luego podemos ir a algún lugar a pasar el rato. ¿Recuerdas esa heladería a la que íbamos de pequeños?

—Espera, Roy, no vayamos tan rápido... Lo pasé genial anoche, pero también soy madre, y no he estado con Haley últimamente. Si quieres mañana vamos a la heladería. ¿Te parece bien?

—¡Claro! Mándale saludos a Haley de mi parte —noté la incomodidad con la que hablaba.

Luego Anna se despidió cortando la llamada. Yo me quedé observándola, porque había cambiado su expresión a una reflexiva, en la que se quedó mirando la nada un momento, seguramente recordando ese pasado del que yo no conocía nada pero necesitaba saber qué diablos había sucedido.

En eso, se escuchó cómo Haley debía estar levantándose de la bañera, a lo que Anna salió corriendo hacia su habitación, ya que al parecer no quería que Haley la viera vestida de esa forma, y mucho menos si se trataba de Roy. Yo me quedé mirando la puerta del baño, que estaba justo al final del pasillo, esperando a que Haley saliera. No habíamos cruzado palabra desde que nos habíamos despertado, y me ponía algo inquieto. Pasaron cinco minutos hasta que Haley abrió la puerta. Me sorprendió verla vestida con unos pantalones de chándal y una sudadera negra, sin olvidar sus anteojos de botella.

—Te ves... bien —le dije desde mi lugar, esperando que me respondiera o simplemente se sonrojara, pero se dio la vuelta, nuestras miradas se encontraron y en menos de un segundo ya estaba caminando hacia su habitación sin decirme absolutamente nada.

«Genial». ¿Ahora estaba enojada conmigo? Sabía que todo lo de Simon la debió haber dejado afectada, pero eso no significaba que debiera ignorarme. Me rebatía conmigo

mismo si ir a su habitación o darle su espacio. ¡A la mierda! Ya le di más de una hora en su baño de espuma, ahora le tocaba hablar conmigo.

Sin pensarlo dos veces me encaminé hacia su habitación, la cual traspasé de golpe. Haley estaba de pie junto a la ventana, que daba a la vista de la ciudad, aunque en realidad era al edificio del lado el que ocupaba la mayor parte de la vista.

—¿Cómo estás? —le pregunté acercándome hacia ella.

Pensé que no iba a responderme, pero sí lo hizo.

—No lo sé —se encogió de hombros, sin voltearse.

Esperé que ella prosiguiera, pero no fue el caso. Haley siguió mirando seguramente al vacío, como si yo no estuviera ahí.

—¿Estás enojada conmigo? —sabía que la pregunta sonaba estúpida. ¿Por qué lo estaría? Pero en este momento estaba desconcertado con su comportamiento hacia mí.

Su cabeza negó, nuevamente sin siquiera mirarme. En eso, noté cómo caían lágrimas al suelo desde su lugar. Abrí los ojos de par en par. ¿Estaba llorando? Me acerqué hacia ella, poniéndome frente a frente, y pude notar claramente sus grandes ojeras detrás de sus gafas, además de que las lágrimas hacían que sus ojos azules se vieran con más brillo. Cuando nuestros ojos se encontraron Haley me dio la espalda, quitándose las gafas para dejarlas en el escritorio, pasándose las manos por los ojos llorosos.

—Lo siento... —pudo decir en un susurro.

¿Se estaba disculpando por llorar?

—Haley... —intenté encontrar las palabras correctas para que quedara claro— ...no puedo ni imaginar cómo debes sentirte luego de lo que sucedió ayer, pero sí estoy seguro de que no debes disculparte ni conmigo ni con nadie por desahogarte, estás en tu derecho.

Esperé que ella dijera algo, pero no lo hizo. Se quedó quieta con las manos ocultándole el rostro, donde más lágrimas comenzaban a caer, acompañadas de temblores que su cuerpo inevitablemente reproducía. ¿Por qué mierda no podía tocarla? ¿Abrazarla? ¿Consolarla? Y lo peor era la impotencia que sentía conmigo mismo por el hecho de que realmente era inútil. No había podido ayudarla, me había quedado ahí parado sin siquiera poder tocarle un pelo a Simon Adams.

En eso, unos golpes a la puerta llamaron mi atención, y Haley abrió los ojos nerviosa, sin saber qué hacer.

—¿Haley? ¿Puedo entrar? —preguntó Anna, que parecía haber escuchado los sollozos de Haley.

Esta me miró, asustada.

—No le digas, Haley, invéntate algo, pero no le cuentes lo de Simon —ni yo mismo me creía mis palabras, y Haley me miró interrogante, a lo que proseguí—. Ya bastante arrepentido debe estar ahora para que además tu madre lo odie, sabes que él no es así, si se comportó de esa manera es porque estaba borracho y dolido, está enamorado de ti y tú no dé el. Además, es tu mejor amigo. ¿No? —le sonreí esperando que me hiciera caso.

Sí, yo, Tyler Ross acababa de justificar el comportamiento de Simon Adams. Haley seguía ahí plantada mirándome directamente a los ojos, esperando quizás que se tratara de una broma, pero no lo era, odiaba a Simon, aunque lo entendía de cierta forma. Esta hizo una mueca, y deduje que debía ser una sonrisa. Se dirigió a la puerta, y antes de abrirla tomó unos bocados de aire, reduciendo en cierto modo sus ojos enrojecidos.

—¿Sucede algo? —le preguntó Haley de manera neutra, al quedar frente a frente con Anna.

—¿Tiene que suceder algo para que quiera hablar contigo? Hoy va a ser un día de madre e hija. ¿Qué opinas? —esta puso los brazos en sus caderas, sonriendo.

Ahora mismo estaba vestida con unos *shorts* diminutos y una blusa holgada, algo que dejaba poco de qué sospechar de la “noche” que tuvo. Haley, en vez de emocionarse, se le quedó mirando sin saber qué decir. Yo sabía que no quería estar con nadie, y menos aún con Anna, que por supuesto iba a notar de inmediato que algo le sucedía.

—Dile que te duele la cabeza o algo así —le susurré a su lado.

Sabía que no estaba bien mentir, y menos cuando Haley ya se estaba haciendo una experta, pero era eso o que Simon se fuera a la mierda. Y sí, prefería la primera opción, aunque la segunda era bastante llamativa.

—¿Podemos dejarlo para otro día? Realmente me duele mucho la cabeza, e iba a acostarme —era extraño escuchar a Haley decir una oración tan larga, ya que desde que se había despertado que apenas me hablaba con monosílabos.

—¡No me digas! —Anna le puso una mano en la frente y frunció el ceño—. ¿Quieres que te haga alguna agua de hierbas? Creo que tengo en mi cartera algo para aliviar el dolor, ahora vengo —esta salió disparada de la habitación, mientras que yo sonreí a Haley, que caminó hacia su cama, entrando en ella.

En eso, recordé que hoy había despertado junto a Haley. No en el suelo, sino con ella. A su lado. Ni yo aún me lo creía.

—¿Quieres hablar de lo que sucedió con Simon? —le pregunté acercándome hacia ella, colocándome en la cama, a su lado.

Haley tenía los ojos mirando hacia el techo y soltó un suspiro.

—¿Crees que está bien no decírselo a mi madre? —noté que al final la voz se le quebró, y una lágrima recorrió su mejilla.

—¿Quieres decírselo?

Se encogió de hombros, ahora con la vista baja. Me quedé en silencio, intentando descifrar por qué Haley quería o se preguntaba tanto si contarle a su madre lo sucedido con Simon, y al final llegué a una conclusión. Debía ser ese el motivo.

—Yo no soy suficiente, ¿no? —Haley desvió la vista hacia mí, estudiándome intentando comprender cómo lo había notado—. Necesitas a alguien que realmente pueda consolarte... y yo no soy suficiente —el hecho de que yo supiera lo de Simon no era lo que Haley necesitaba en este momento, ella quería poder llorar, pero no sola, sino en los brazos de alguien, igual como también quería sentirse protegida con un abrazo, no con un insignificante fantasma. Y yo era totalmente inútil en ambos sentidos.

—Tyler, yo...

—No pasa nada, está todo bien, lo entiendo —le corté de inmediato, sonriéndole lo mejor que pude, porque hoy se trataba de Haley, no de mí—. Pero no es una buena idea contarle a tu madre, piénsalo. Simon no lo hizo con mala intención, tampoco es un violador. ¿No? —Haley se quedó en silencio, negando con la cabeza—. Solo está dolido y ni te imaginas todo lo que tomó en la fiesta de ayer. Créeme que hasta puede que ni recuerde lo que sucedió contigo.

—¿Fiesta de ayer?

Al parecer Haley no me había tomado atención o, peor aún, quizás no quería tomarme atención. Yo sabía que no quería hablar del tema. Y mucho menos cuando Tyler Ross era el que defendía a Simon Adams, debería ya estar creyendo que yo lo decía en broma.

—Los Red Dragons ganaron, hubo fiesta en casa de uno del equipo. Luego del partido me fui ahí, creí que ibas a estar, pero bueno... el punto es que Simon tomó más que la mayoría, de seguro un barril completo.

—Ah... —se restó a decir, y se quedó un momento en silencio perdida entre sus pensamientos.

En eso, Anna entró en la habitación, haciendo que Haley diera un respingo. Anna, sin siquiera notarlo, se dirigió hacia ella con una taza de agua de hierbas más una pastilla para aliviar el dolor de cabeza.

—Aquí está, seguro que con esto se te pasa el dolor —Anna se sentó en la orilla de la cama y le acarició la mejilla.

Noté que Haley estaba reprimiendo las ganas de ponerse a llorar, hasta tal punto que tuvo que desviar la vista de su madre para que no lo notara.

—Mamá, ¿me pasas mis gafas? Están encima del escritorio —Anna, sin decir nada, fue hacia ahí y se las colocó a Haley en los ojos.

—¿Necesitas algo más?

—Estoy bien, creo que voy a leer un poco y luego a dormir —Anna asintió sonriéndole.

—Yo voy a estar aquí todo el día, así que cualquier cosa me gritas. ¿Bien? Holly va a venir a almorzar. ¿Quieres que traiga a Marie?

Haley negó al instante, pero al ver que Anna la miraba algo intrigada se reincorporó.

—Es que Marie habla mucho, y ya sabes... no me siento bien, y menos para una charla —esta le hizo un puchero, a lo que su madre al entenderla desapareció de la habitación.

Haley se echó hacia atrás soltando un suspiro. Nuevamente nos quedamos en silencio. Yo no sabía qué decirle, Haley estaba perdida en sus pensamientos, y yo deseaba poder saber qué pasaba por su cabeza en ese momento.

Haley

Está muerto, Haley, tú me dices que te olvide cuando ni tú puedes olvidar a un cretino que nunca te puso atención, que ni sabía que existías. ¿Lo sabes? Yo era el que siempre estaba ahí contigo cuando ese estúpido se pasaba haciendo sufrir a todo el instituto.

La discusión que habíamos tenido se repetía en mi cabeza. Intentaba olvidarlo, pero las palabras venían una y otra vez.

Sabes que tengo razón, solo que no quieres admitirlo. Sigues enamorada de Tyler Ross, como siempre lo has estado. Y sé que tu actitud tan extraña de estas semanas es por algo relacionado con él. ¿Te gusta ahora su hermano? Porque sería patético.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla recordando ese momento, cuando Simon dijo en voz alta que yo estaba enamorada de Tyler Ross con él presente. Ni podía describir cómo me había sentido, cuánto odio y resentimiento se agolpó en mi pecho. Y lo único que quería era retroceder en el tiempo para evitar que Tyler lo escuchara.

Por otro lado, Simon había insinuado que ahora me gustaba James Ross. ¿Es que acaso se había vuelto loco? ¿Yo y James? Y yo creía que él me conocía, que era mi mejor amigo... Al parecer todo había sido una gran mentira. Simon estaba enamorado de mí, pero eso no justificaba que se hubiera comportado de ese modo conmigo. Justo en ese momento recuerdos de su cuerpo sobre mí obligándome a abrir la boca para darle entrada en mi cavidad bucal me produjeron arcadas.

Y ni lo niegas. No sé qué está sucediendo contigo, pero ya me cansé. Cuando estés llorando porque el idiota te dejó o simplemente fuiste una chica más con las que solo tuvo sexo ni te acerques a mí. Tú ni te pareces a la Haley Dickens a quien consideraba mi mejor amiga.

La última frase hacía eco en mi cabeza. Sinceramente era la que más me había dolido, me había producido un golpe en el pecho que me iba a doler seguramente para siempre. Simon había dicho en voz alta que ya no era la Haley Dickens que él conocía. ¿Sería cierto? Porque ahora mismo estaba vestida exactamente igual a como era la Haley que Simon conocía, y me sentía exactamente igual a como Tyler Ross me había convertido.

Ni un cambio, absolutamente nada. Quería odiar a Simon, pero lo peor era que no lo hacía. No podía.

—¡Haley! —la voz de Tyler me hizo volver en sí, y noté que estaba formando un río con mis lágrimas.

Me llevé las manos a las mejillas para limpiarlas, avergonzada. Tyler me estudiaba con su mirada, y yo ni siquiera podía sostenérsela. Él sabía que yo había estado perdidamente enamorada de él. «¡Qué vergüenza!», me repetía en la mente.

—¿Quieres ver una película? Podemos ver esa romántica que el otro día no te dejé ver... ¿Cómo se llamaba? —sabía que Tyler intentaba animarme, ayudarme a superar lo de ayer, pero me era imposible.

De todas formas, le respondí.

—*¿A walk to remember?*

—Esa. Voy a sacrificarme y la veremos juntos. ¿Qué dices? La podemos ver aquí en la cama con tu ordenador...

No quería verla, solo quería estar sola. Pero no podía decirle que no a Tyler, él intentaba ayudarme. Asentí sin mucho ánimo. Sin darme cuenta esperé a que el trajera el ordenador y buscara la película, olvidando que Tyler Ross estaba muerto. Al final me lo hizo notar carraspeando para que la colocara. Algo a regañadientes me enderecé, cogiéndolo de la encimera que tenía a mi lado.

Odiaba que Tyler fuera solo una proyección. Cuánto daría por poder tocarlo, poder repetir el abrazo que nos habíamos dado ese día en nuestro lugar. Solté un suspiro y encendí el ordenador.

Tyler

La película había ido bien, no era tan mala como había creído, aunque sí tenía que admitir que me había dado lástima por Landon cuando Jamie había muerto. Quizás una lágrima o dos querían caer por mis mejillas, pero al notar que Haley era un mar de lágrimas mi cerebro reaccionó solo a preocuparse por ella.

—Haley... ¿Estás bien?

Ni me miró, sino que solo negó con la cabeza mientras se acurrucaba en las sábanas.

—Odio los finales tristes —esboqué una sonrisa, ya que al fin me hablaba sin signos de querer evitar una conversación, lo hacía con toda la disposición.

—A mí me ha gustado —sentencié.

—¿Por qué? —le eché un vistazo, con el que noté que aún no me miraba directamente, sino que escapaba de mi mirada.

—Porque imagina que ella no hubiera tenido leucemia y ellos siguieran viéndose y saliendo. ¿Dónde queda la emoción? La película hubiera sido incluso hasta aburrida. El hecho de que ella estuviera enferma hizo que Landon viera la vida de un modo

completamente distinto. El hecho de que hubiera muerto le da un toque, en los mismos espectadores e incluso en el protagonista que terminó pasando de ser un completo cretino a ser un doctor egresado.

Silencio.

—Deberías sacar esas mismas conclusiones en los libros que nos hacen leer en Literatura, seguro que hubieras aprobado en todos los exámenes.

—Los tengo bien merecidos, nunca he leído un libro en mi vida.

—Deberías hacerlo —me respondió, ahora haciendo contacto visual conmigo, y yo por mi parte le sonreí.

—Cuando vuelva a la vida voy a leer un libro, será lo primero que haré.

Haley esbozó una pequeña sonrisa, soltando una leve carcajada.

—¿Tyler Ross leyendo un libro? Ver para creer.

—Ei, que lo verás, lo juro —entorné los ojos, mirándola con la boca abierta.

En ese momento no podía sentirme más feliz. Haley estaba volviendo a ser ella. Pero por supuesto el momento fue interrumpido por Holly, que estaba saludando a Anna, seguramente en la puerta de entrada.

—¡No lo puedo creer! ¡Tú, Anna Dickens, vas a contármelo todo con lujo de detalles! — en eso, recordé que Anna se había acostado con Roy.

¿Debía decírselo a Haley?

—Hola, Anna, sé que Haley se siente mal, pero tengo que hablar con ella de algo urgente —la voz de Marie no pudo evitar que comenzara a reír, y es que había venido de todas formas.

Haley se encogió en la cama, queriendo esconderse.

—Si quieres contárselo, Haley, puedes hacerlo. Es tu mejor amiga.

—No sé, Simon también es su amigo, no quiero que crea que lo hago para dejarlo solo o algo así.

Me quedé en silencio. Quizás Haley tenía razón, pero Simon debía agradecer que Haley no fuera a contárselo a su madre e incluso a la policía. Si quería contárselo a Marie podía hacerlo. En eso, la puerta se abrió de golpe dando entrada a una Marie Acuña que más bien parecía un mapache. El maquillaje lo tenía corrido, y aunque se notaba que se lo había intentado quitar le quedaba bastante. Además, estaba vestida con ropa deportiva holgada que dejaba ver claramente que le importaba una completa mierda lucir bien. Al parecer no había sido la única con una mala noche.

—Si hubiera sabido que vomitaría más de diez veces hoy por la mañana juro que no hubiera tomado tanto —susurró para sí misma, adentrándose junto a Haley, en la cama. La miró, y Haley se bastó a desviar la vista—. ¿Y a ti qué te duele? Ni te dignaste a aparecer ayer en la fiesta. Te mande más de mil mensajes. Por cierto, te quedan bien las gafas.

—Me quedé dormida, no me sentía muy bien —le respondió de manera rápida, escondiéndose en las sábanas.

—No te perdiste nada. El maldito estúpido cretino de James Ross me dejó encerrada en una habitación con él toda la puta noche —Acuña, con un gruñido, se cruzó de brazos, a lo que Haley me miró intrigada, y yo solo me basté a soltar una risa.

—Épico —solté, ganándome una leve sonrisa de Haley.

—Voy a contártelo todo... si no quieres escuchar no lo hagas, sé que te duele la cabeza, pero con alguien tengo que desahogarme. ¿Bien? —Haley asintió mientras jugueteaba con sus dedos, nerviosa.



Marie comenzó así a contarle con lujo de detalles todo lo ocurrido en la fiesta, y le terminó contando a Haley sobre el vídeo, algo que ella solo había sabido por mí. Marie nunca había abierto la boca con ese tema.

Lo peor fue cuando Marie la miró frunciendo el ceño al notar que esta siquiera demostró rastros de sorpresa al “enterarse” de que James Ross le había obligado a robar una cinta de seguridad. Tuve que hacerla volver a la tierra por mí mismo, ya que Haley seguía jugueteando con sus dedos, asintiendo en todo lo que Marie hablaba.

—Haley, acaba de contarte sobre la cinta que James le hizo robar, actúa sorprendida — le repetí tres veces, y al fin volvió en sí, abriendo los ojos de par en par.

—¿Que te hizo qué?! —gritó, actuando a la perfección.

Marie suavizó su expresión, aunque noté que ahora mientras hablaba estudiaba a Haley con la mirada. Más que eso, Marie siguió contando sobre cómo James se había ido con una chica a los cuartos de arriba, y cuando esta se dio cuenta de que no bajaba subió a buscarlo, y el muy cabrón ya no estaba en la fiesta.

Yo mismo había seguido a James a casa, y se había metido a su habitación borracho, cayendo a la cama sin haber cumplido con su parte del trato. Y sabía a la perfección que el muy imbécil no iba a abrir la boca con eso. A menos que...

«Tyler Ross, eres un genio», me dije a mí mismo sonriendo de lado, ganándome una mirada rápida de Haley, que al parecer quería saber qué me sucedía.

—Dile a Marie que vaya a exigirle su parte del trato —le hablé a Haley, que cambió su vista de Marie a mí, para luego parar a la castaña, que seguía hablando sin notarlo.

—Debes ir donde James Ross para que cumpla su parte del trato.

Marie desvió la vista con los ojos puestos en nada en especial, meditándolo, y yo por mi parte estaba ansioso, porque si Marie accedía podría seguirla a donde James y saber qué escondía. Porque James sabía algo y no estaba en sus planes contárselo a Marie Acuña, estaba seguro.

—Tienes razón, voy a ir ahora mismo a hablar con ese cretino, un trato es un trato. ¿No? Él debe cumplir el suyo —Acuña se levantó de la cama quitándose las sábanas de encima—. ¿Por la noche quieres venir a una disco? Estoy cansada de los tíos del instituto —miré a Haley enarcando una ceja, a ver cómo se salía de esta.

—No me siento bien, Marie, lo siento —le respondió, y un brillo de angustia se posó en sus ojos, pero desapareció en el momento en que Haley desvió la vista de ella.

—Está bien, llamaré a Simon a ver si quiere acompañarme —Haley se tensó en el momento en que escuchó ese nombre, pero por supuesto Marie ni lo notó—. Te llamaré luego para contarte qué tal la “charla” que tendré con Ross. Ese se las va a ver, amiga —se acercó hacia Haley para darle un apretón en el hombro de despedida—. Te abrazaría, pero no quiero contagiarme —dijo esta sonriendo de lado, a lo que Haley se bastó a seguirle la corriente, con una mueca que Marie de seguro creyó que era porque estaba “enferma”.

—Debo ir a ver qué dice James. ¿Estarás bien sola? —le pregunté cuando Marie ya había desaparecido de la habitación.

No quería dejar a Haley aquí sin nadie que la entendiera, sabía que si me hubiera pasado a mí algo parecido ella estaría conmigo todo el día, sin despegarse. Y aquí estaba yo, Tyler Ross dejándola en el momento en que seguramente más necesitaba a alguien.

—Anda, no voy a morir. Tú tranquilo —me respondió enrollándose más a las sábanas.

Pero por supuesto su mirada seguía cargada de tristeza, una tristeza que quería que desapareciera.

—Antes de irme, prométeme algo —le pedí de golpe, sin pensarlo. Me miró interrogante—. Duerme, ayer no lo hiciste en toda la noche —Haley iba a protestar, pero yo seguí—. Y no me digas que sí lo hiciste porque sabes que de una u otra forma estamos ligados en ese aspecto y yo no pegué ojo, al igual que tú.

Haley cerró la boca, guardándose las excusas que seguramente iba a decirme.

—Promételo —le insistí al ver que no respondía.

Se pasaba las manos por los ojos, que seguramente estaban a punto de comenzar a llorar. Y lo que salió en respuesta de su boca no me lo esperé ni en lo más mínimo.

—No quiero mentirte, Tyler.

Mi cara de desconcierto hizo que esta prosiguiera, ya que me había dejado sin habla.

—Queda poco para las elecciones, no puedo darme el lujo de desperdiciar todo un día por una estupidez —abrí la boca para convencerla de que estaba en desacuerdo, pero ella, al igual que yo hace un momento, prosiguió sin darme tiempo—. Lo que pasó con Simon no va a perjudicar la vida que tienes que recuperar, Tyler, aún nos falta mucho que entender, incluso que descubrir. No tenemos tiempo... —Haley se pasó las manos por el rostro, nerviosa.

—Es mi vida, la que tenemos que recuperar, no voy a dejar que tú pongas la tuya por debajo. Hoy se trata de ti, y lo que necesitas ahora mismo es dormir. ¿Bien? Y no vamos a seguir discutiendo, ahora cierra los ojos —le apunté fastidiado, a lo que Haley volcó los ojos enojada, tapándose con las sábanas y dándome la espalda.

—Haré lo que pueda —finalizó, a lo que yo me acerqué hacia ella y sonreí al ver que tenía los ojos cerrados.

Bien. Sin pensarlo dos veces me encaminé hacia la salida del departamento, donde Marie estaba despidiéndose de su madre y Anna.

El camino se me estaba haciendo corto con Marie, porque no hacía más que producirme una carcajada instantánea. Al subirnos al autobús, cansada como estaba, le pidió a un niño si podía dejarla sentarse, ya que no quedaban más asientos. Por supuesto el niño le dijo que no, a lo que Marie comenzó a insultarle, la madre comenzó a defenderlo y, al final, la terminaron bajando del bus en mitad de camino.

Y aquí estábamos, caminando hacia mi casa. De repente, para mi sorpresa un coche negro bastante familiar pasó a nuestro lado, para luego frenar de golpe. Marie al darse cuenta dio un paso atrás, asustada. Pero duró poco, ya que Fernando Ross salió de este, haciéndole un gesto con la mano para que se acercara. Marie sin dudarlo fue hacia él, saludándolo amistosamente. Noté cómo Fernando se ponía algo nervioso.

—¿Y a dónde vas? —le preguntó abriéndole la puerta del coche.

Marie se demoró en responder, y porque seguramente no quería decirle que iba a su casa.

—Voy a ver a mi abuela. Trabaja, hoy, ¿no?

Fernando asintió sin sospechar nada, a lo que entró también en el coche junto a ella, diciéndole al chófer que ya podía avanzar.

—Al parecer hubo fiesta de celebración por el partido —comentó Fernando, apuntándole su maquillaje en el rostro.

Marie sonrió.

—¿En tu época había también?

—Auch. ¿En mi época? —mi padre, o como se llamara, entornó los ojos, fingiendo estar herido—. No soy tan viejo como puede parecer —la castaña soltó una carcajada disculpándose—. Sí, había, y la mayoría eran en mi casa. Era del equipo...

—Típico, eras el capitán del equipo, el mejor jugador de fútbol americano y todas las chicas estaban locas por ti —insinuó Marie más bien como una burla, a lo que Fernando soltó una carcajada negando con la cabeza.

—Ese era Roy. Yo, sinceramente... era malísimo. Por eso siempre prestaba mi casa para las celebraciones, creo que fue así que nunca me echaron del equipo. Yo lo miraba intrigado. Siempre había sabido que jugaba al fútbol americano y que era el mejor, pero al parecer me había equivocado—. ¿Y tú? ¿Haces algún deporte? ¿Actividad extra programática?

—Fotografía y Arte.

—A tu madre le gustaba mucho dibujar, si mal no recuerdo.

—Cuéntame de ella. ¿Cómo era de joven? —Marie estaba con toda su atención puesta en él, mirándolo fijamente.

Pude notar cómo la forma de los pómulos era idéntica, sin olvidar las pestañas y la frente.

—Ella era... intensa.

—¿Intensa?

—Su carácter era bastante fuerte, nunca había situación alguna donde no consiguiera lo que se proponía —en eso quería comentar que Marie era idéntica, pero vale, era un fantasma—. Lo que hizo que más de un profesor le tuviera miedo, sin olvidar que nadie se metía con ella. También era divertida, era imposible no reírse con Holly. Si te soy sincero, lo único que me mantenía vivo cuando vivía con mis padres era ella con tu abuela — Fernando había cambiado su expresión a una melancólica.

—¿Y por qué? ¿Tus padres eran muy severos?

—Me exigían mucho, éramos solo mi hermana mayor y yo. Mi padre quería que su empresa la manejara, por lo que no me dejaba respirar, y mi madre, por su lado, no paraba de traer hijas de sus amigas para encontrarme una novia. Era una mierda —ante tal maldición Marie se echó a reír, a lo que Fernando volcó los ojos—. Si el candidato a alcalde ha dicho una palabrota, búrlate.

—Me caes bien. Y siéntete honrado, ya que muy poca gente me agrada.

Fernando cambió su expresión a una seria, y parecía que iba a decir algo, pero el chófer le abrió la puerta de improviso, ya que habíamos llegado. Marie, al no notar lo, le dio las gracias por el aventón, caminando juntos hacia mi hogar, y esta lo observaba maravillada. Lo irónico era que si todo hubiera sucedido de otro modo ella estaría viviendo aquí. Y yo, ni tenía la menor idea.

Al entrar, Marie fue a saludar a Martha, que la abrazó sorprendida, y esta le dio un sermón de que tanto maquillaje iba a dejarla como una pasa en pocos años. Fernando por su parte se quedó apoyado en la pared, observándolas.

—Feñi, por fin llegas —Roy le dio una palmada en el hombro por detrás, entrando a la cocina—. ¿Qué hace un mapache en la cocina? Y yo que creía que había cerrado las ventanas ayer por la noche —se burló de Marie y su maquillaje corrido, haciendo que todos los presentes soltaran una carcajada, al igual que yo.

Marie por su parte se cruzó de brazos con una sonrisa maliciosa, lo que hizo que supiera de inmediato lo que iba a responderle a Roy.

—Creo que estabas tan ocupado con alguien ayer por la noche que lo debiste haber olvidado —Roy, nervioso, dio la espalda a los presentes abriendo el refrigerador. Marie fue la única que soltó una carcajada, ganándose la cara de desconcierto de Fernando y Martha.

De repente el celular de Fernando comenzó a sonar, y se disculpó con los presentes para atender la llamada. Roy aprovechó para mirar a Marie disimuladamente, formando con sus labios sin emitir sonido un “me lo pagarás”.

—Tengo que irme —dijo Fernando cuando cortó la llamada—. Roy, ¿te llevo? —este asintió, despidiéndose de Martha y Marie. Al igual que Fernando, se le veía algo inquieto.

Quería seguirlos, pero ahora venía por otra cosa: por James Ross y la maldita cinta. El par salió de la casa, dejando a Martha con Marie.

—Estoy feliz de que hayas venido a verme, pero te conozco tanto que sé que viniste para otra cosa.

Marie hizo un puchero, mordiéndose el labio.

—No te enojas, abue, pero tengo que hablar de algo con James.

Martha asintió volcando los ojos.

—Así de paso lo despiertas de una vez —se bastó a decir, pasándole un vaso de agua fría—. Para que se lo echas encima. Ayer me despertó cuando entró por la ventana de atrás.

No pude evitar abrir los ojos de golpe, porque Mark muchas veces me había despertado de esa forma, y ahora... podía sacar la conclusión de que más bien era Martha la que debía incitarle a hacerlo. Marie comenzó a caminar hacia la escalera, desde donde Martha le explicó cuál era la habitación. Cuando ya estaba frente a frente, Marie abrió con cuidado con una mano, mientras en la otra equilibraba el vaso. En eso, la puerta de al lado, que le correspondía a Mark Ross, se abrió, y en vez de salir mi hermano salió nada menos que Diana. Sí, la rubia que tenía una figura de película.

Marie tenía la boca abierta. Sus ojos miraban a Diana sin desviar la vista en ningún momento. La rubia, algo nerviosa al notarla, pasó a su lado con la vista gacha. En eso, cuando Diana ya no estaba a la vista de Marie esta seguía ahí parada inmóvil como una piedra, hasta que volvió en sí.

—No puedo creerlo... —dijo en un susurro, y al fin abrió la puerta.

La habitación estaba a oscuras. Marie cerró la puerta sigilosamente. Ante el silencio, la respiración de James, que seguía durmiendo, fue la que pudo hacer que Marie encontrara la cama. La castaña sacó su móvil, iluminando un poco la habitación. James, como siempre, estaba boca arriba, con una mano fuera de las sábanas y, por supuesto, solo con bóxer. Marie se quedó un momento observándolo, y al cabo de un minuto se acercó por el borde de la cama, quedando justo al frente de su cara.

Sin siquiera pensarlo dos veces, dio vuelta al vaso de golpe sobre su rostro, dejándolo en la encimera vacío mientras James se enderezaba asustado, gritando una maldición. Prendió la luz por el interruptor, que estaba justo a su lado. Marie lo miraba sonriendo maliciosamente, haciendo que James se enderezara, mirándola furioso.

—¡Te has vuelto loca! ¿Qué mierda te pasa?

—No lo sé, dímelo tú.

James respiraba entrecortadamente aún con el corazón a mil.

—¡Sal de mi casa en este instante! —le ordenó con los ojos abiertos de par en par, mientras le corría agua por el rostro.

Marie, en vez de hacerle caso, se quedó ahí parada con los brazos en las caderas, observando de reojo el equipo de escalar de James, que eran básicamente cuerdas de diferentes tamaños.

—Vine aquí para que cumplas tu parte en el trato, no voy a irme hasta que lo hagas —su voz fue tranquila y clara. Yo sabía que Marie estaba disfrutando la escena.

—No puedo creerlo... —James salió de la cama caminando hacia Marie, que sin poder evitarlo le recorrió todo el torso desnudo—. Tú te vas ahora de aquí, no sé de qué trato me hablas y ni por qué mierda estás en mi casa a esta hora —la agarró del brazo obligándola a caminar hacia la puerta, pero Marie comenzó a protestar—. ¡Que te vas!

Antes de que llegara a la puerta Marie se echó en los brazos desnudos de James, abrazándolo. Mi cara de desconcierto era enorme. ¿Qué diablos hacía? James al parecer quedó igual que yo, ya que la soltó de su agarre, con los ojos abiertos como platos.

—Ya no puedo aguantar más —dijo Marie antes de tomar a James del cuello para acercarlo a ella.

Y se besaron. Yo seguía ahí intacto como una piedra, observando cómo Marie Acuña se besaba con mi hermano, que al comienzo no le correspondió, pero al final por supuesto terminó siguiéndole el beso aún con más ganas. Iba a irme, pero mis pies estaban en cierto modo pegados al suelo. James la atraía cada vez más hacia él profundizando el beso, que cada vez iba subiendo de tono. Marie por su parte no se despegaba de James, y ahora sus manos estaban ocupadas en su cabello. Mi hermano, de un momento a otro, la alzó del suelo, tomándola de las caderas y pasando una mano por su trasero.

Pensé que Marie iba a echarse a atrás y pegarle una bofetada, pero siguió repartiendo besos ahora por el cuello de James. Se habían vuelto locos. Y más fue mi desconcierto cuando James la llevó hacia su cama y por el camino apagó la luz, dejándonos a oscuras. Ahora lo único que escuchaba era que seguían besándose. Un gruñido por parte de James y la respiración entrecortada de Marie. Yo aún no podía creerlo.

—¿James? ¿Marie? La cinta, recuerden —dije en voz alta, sabiendo que aunque me pudieran escuchar lo más seguro fuera que no pararían.

«Bien, estupendo». Entre sus gemidos, suspiros y gruñidos se escuchó que James soltaba una queja.

—¿Qué haces? —ese era James, pero al no poder ver nada solo pude suponer que Marie debía estar haciendo algo extraño con mi hermano.

Y no quería imaginármelo.

—Voy a amarrarte, ya verás que es mucho más placentero —sí, Marie alzaba la mano para tomar las cuerdas que antes había estado mirando.

James comenzó a hablar, pero Marie al parecer lo besó nuevamente. Cuerdas. Amarrar a James. Solté una carcajada, porque Marie Acuña nunca cambiaba. Luego de tres minutos, en los que escuchaba cómo Marie iba colocando las cuerdas en las manos de James, en los que seguían besándose Dios sabe dónde, Marie prendió la luz.

—¿Pero qué mierda? —soltó James, y ahora ya podía verlo perfectamente.

Seguía en bóxer, y claramente se notaba que estaba algo excitado. La diferencia era que tenía las dos manos abiertas y amarradas a los costados de la cama. Marie seguía con sus pantalones negros y solo con su sujetador negro.

—Como no accediste por las buenas, pues será por las malas. Teníamos un trato y tú no lo has cumplido.

—Tienes que estar bromeando... —James tenía una cara de desconcierto total—. ¡Suéltame, maldita sea! —se quejó haciendo fuerza para romper las cuerdas, pero le era imposible.

—Primero voy a ir a lavarme la lengua con jabón. En serio, Ross, besas horrible —Marie sonrió perversamente, y se levantó caminando hacia el baño, que estaba dentro de la habitación—. Por cierto, ¡comienza a hablar! ¿Qué había en la cinta?

—miré a James, que furioso, siguió forcejeando sin abrir la boca.

En eso, Marie salió del baño con una sonrisa burlona, acercándose hacia él.

—Esto es abuso. ¿Lo sabías? Siempre creí que te faltaba un tornillo, pero te has pasado, Marie Acuña, vas a ver cuando te mande al manicomio —este seguía forcejeando y yo no podía parar de reír.

—Tú estabas de acuerdo en que te amarrara, yo no te obligué —comentó esta, molestándolo—. ¿O estoy equivocada?

James siguió forcejeando, pero al final terminó cediendo, quedándose quieto de una vez.

—¿Por qué mierda tienes tanto interés en la cinta?

—Veía mucho Sherlock Holmes cuando era pequeña —esta se encogió de hombros—. Quiero ayudarte a saber quién mató a tu hermano. Y créeme, no soy una loca asesina que quiere robarte la cinta para romperla en mil pedazos. Lo juro.

James seguía mirándola de la misma forma.

—¿Y cómo quieres que confíe en ti si acabas de seducirme solo para amarrarme aquí? Quizás no seas una loca asesina, pero sí estás demente —Marie enarcó una ceja fulminándolo con la mirada—. ¡Auxilio! —James se puso a gritar como un loco, a lo que Marie, volcando los ojos, agarró una camisa que había en el suelo y se la metió en la boca.

—Tú te lo has buscado solo —comentó, y fue hacia la televisión de pantalla plana que había colgada en la pared—. Si tú no vas a contarme qué había en ella entonces la veré por mí misma.

Mi hermano comenzó a forcejear más fuerte al ver a Marie entre los discos y cintas que había en la repisa. Noté que James se comportaba así porque algo había en ella. Algo que no quería que Marie viera. Esta, al notar todo el ruido que causaba James, fue hacia el equipo de música, donde la canción *Houdini* de Foster The People comenzó a sonar. Marie sonrió y volvió a su trabajo buscando la cinta.

—Mira qué he encontrado aquí... —Marie tomó una caja negra, donde había escrita la fecha de mi muerte, era la grabación que Marie había robado—. Vamos a verla —esta prendió la televisión y metió el disco en el reproductor.

Esta fue a sentarse junto a James en la cama, tomando el control y dándole al *play*. En eso, le quitó la camisa de la boca a James, ya que a fin de cuentas iba a verla de todos modos.

—Por favor, Marie, por lo que más quieras, quítala —le suplicó James, mientras que yo tenía fija la vista en la televisión, donde podía verse con exactitud la calle de mi accidente. Y mi lugar, o mejor dicho, nuestro lugar con Haley, a un costado.

—Lo siento, James, tú me prometiste esto —Marie comenzó a adelantarla, ya que mi accidente había sido muchas horas después.

Mientras tanto James seguía intentando librarse de las ataduras en vano. Yo volví la vista a la pantalla, donde Marie paró de adelantar en el momento en que venía el coche de Mark y, por el lado, golpeándolo, el de Aaron Gay. Ahogué un grito en el

momento en que el coche de Mark daba giros por la calle hasta llegar al poste, donde una persona chocó contra el vidrio, quedando la mitad de su cuerpo afuera. Y esa persona era yo.

Una lágrima comenzó a caer por mi mejilla sin poder evitarlo. En eso, el coche de Aaron paró junto al de Mark, y noté cómo Aaron comenzó a gritar algo a los demás —el vídeo no tenía audio—, siendo como estos entraron al coche de inmediato, pero uno de ellos no lo hizo. Aaron y los demás se acercaron a él con el coche andando, pero este les hizo señas para que se largaran. Y eso hicieron.

El desconocido se acercó al coche, abriendo la puerta y sacando uno por uno a los del equipo, dejándolos a un costado. Cuando terminó noté que se acercó a mí, y al parecer se dio cuenta de que sacarme el vidrio iba a ser una misión imposible. Lo siguiente que hizo fue llevarse su móvil al oído, seguramente como había oído decir a Fernando, llamando a una ambulancia.

Yo me acerqué más a la televisión, intentando descifrar quién era, ya que me resultaba extrañamente familiar. Y cuando lo supe, caí al suelo. Una parte de mí lo presentía, pero solo había sido eso. Una suposición. Pero ahí estaba la prueba, esa persona era Mark. Mark Ross.

—Mierda, James, es tu hermano —la voz de Marie estaba muy lejos de mí en ese momento, mi cabeza estaba muy ocupada intentando atar cabos.

Lo siento mucho, Tyler, no sabes cuánto lo siento. Y quiero que me escuches bien: nunca voy a poder perdonarme lo que te sucedió. Nunca.

Todo es mi culpa, Tyler, tú no deberías estar aquí. ¡Tú no deberías estar aquí!

Esas palabras que me habían desconcertado por completo ahora cobraban total sentido.

Debería haber sido yo.

Mark se culpaba de mi muerte. Y lo peor era que James lo sabía. Me giré hacia él. Estaba siendo desatado por una Marie que lo miraba inquieta, nerviosa, al parecer lo último que se había esperado era ver al hermano de Tyler Ross en el vídeo de su muerte. James por su parte estaba con los puños apretados.

—Marie, no puedes contarle a nadie lo que viste... —como ya tenía un brazo suelto se lo llevó a la mejilla de Marie, haciendo que sus ojos se encontraran.

Se le quedó mirando hasta que por fin habló.

—No voy a hacerlo —dijo esta, y podía jurar que estaba hablando en serio, por lo que James suspiró aliviado.

Y yo solo quería desaparecer. Sabía que Mark escondía algo con mi muerte. Pero... ¿Que fuera cómplice? ¿Que estuviera en el coche que me había matado? Tenía tantas preguntas que necesitaban respuesta que me angustiaba el hecho de que nadie iba a poder respondérmelas. ¿Por qué estaba en el coche de Aaron Gay?

Aunque más bien solo quería escuchar una respuesta en la que me dijera que en realidad lo habían obligado, que no había tenido nada que ver. Porque si había tenido que ver no iba a poder meter a Aaron Gay tras las rejas sin llevarlo a él consigo. Y yo no era capaz de hacerle algo así a mi propio hermano.

Haley

Noté que alguien estaba a mi lado acariciándome el cabello, a lo que me levanté de golpe. Mamá. Esta me miró, interrogante.

—¿Una pesadilla? —me preguntó estudiándome, a lo que yo negué con la cabeza—. Voy a ir a calentarte el almuerzo, ya debe haberse enfriado.

Sin que tuviera tiempo para decir algo salió de mi habitación. Me recosté, apoyándome en la pared con la almohada. Miré mi móvil. Eran las 5 de la tarde, había dormido bastante y ya quedaban pocas horas para que anocheciera. Sin pensarlo dos veces salí de la cama, necesitaba aprovechar el día, y que a Tyler no le pareciera una buena idea ya me importaba poco... ya había dormido lo suficiente.

Necesitaba despejar mi cabeza de Simon, y lo mejor era adentrarse a todo el lío en el que estábamos con Tyler. Saqué un cuaderno de mi escritorio, y me puse a reescribir todo lo que sabíamos del cuarteto.

Los cuatro eran amigos desde pequeños. Holly era hija de Martha, que trabajaba en casa de Fernando. Roy era el mejor amigo de Fernando, y Anna, la mejor amiga de Holly, así ellos se conocieron. Cuando crecieron Holly comenzó a estar de novio con Fernando. Por otro lado, Anna y Roy eran mejores amigos, pero Roy estaba enamorada de Anna sin que ella lo supiera. En algún momento Anna se quedó embarazada y Holly también, el punto es que no sabemos quién es el padre.

Solté un suspiro frustrado, ya que ahora empezaba el caos de todo el cuento.

Pero algo tiene que ver Fernando Ross, ya que se enfadó con Anna hasta tal punto que no le dirigió palabra desde ese momento. Fernando tuvo un accidente de coche en el que murió Natalia, la madre de Tyler, Mark y James. Justamente estaba de parto, por lo que murió al concebir a Tyler. En eso, Fernando adoptó a sus tres hijos, y extrañamente estudiaba al mismo tiempo en Harvard. Holly volvió a Colombia, ya que Fernando estaba extraño y no le hablaba, y tuvo a Marie ahí. Roy, por su parte, cuidó a Anna con su embarazo, quedándose con ella un año, y luego se fue.

Al terminar con el lío del cuarteto comencé a poner paréntesis con un “Aún nos falta saber más” en cada uno de los puntos de los que necesitábamos tener más información al respecto. La puerta de mi habitación se abrió, y entró mamá con una bandeja en mano. De inmediato cerré el cuaderno.

—Te hice sopa, quizás ayude —noté que mi madre estaba algo extraña en el momento en que sus ojos se posaron en los míos.

—¿Sucede algo? —le pregunté tomando la bandeja y colocándola sobre el escritorio.

Esta se demoró un momento en responder.

—Te llamó alguien.

—¿Quién?

Un silencio, en el cual mamá se acercó más hacia mí, acariciándome la mejilla. Sabía que lo que fuera a salir de su boca no iba a ser nada bueno.

—No sé por qué quiere hablar contigo. ¿Lo conocías? —iba a decir algo, pero mamá, nerviosa, me cortó—. Según lo que escuché está en su estado de negación, pero no entiendo por qué dice algo así...

—¡Mamá! —le grite, tomándole ahora las manos, que las movía nerviosa mientras hablaba—. ¿Quién?

—Kyle, Kyle Reyes —me quedé muda—. Llamó su madre, dijo que su hijo no paraba de repetir tu nombre, es lo único que ha salido de su boca desde que supo lo de su paraplejía.

Me quedé en blanco, sentí como si mi corazón se hubiera detenido. Mamá me observaba, esperando alguna señal de mi parte, pero en ese momento no podía siquiera pensar con claridad.

—Haley, esto es grave. La policía intentó interrogarlo con respecto al accidente y lo único que repitió una y otra vez fue tu nombre. ¿Qué tienes que ver con él? ¿Por qué repite tu nombre? Dime qué está sucediendo, Haley, ahora mismo.



No supe qué decir. Las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas, mientras que mi madre seguía repitiéndome lo mismo una y otra vez, esperando una respuesta de mi parte. Pero yo lo único en que pensaba era en Tyler.

Lo necesitaba, y lo necesitaba ahora.

CAPÍTULO 7

LEY

Tyler

Sinceramente estaba tan lejos que me era imposible poder prestarle atención a lo que estaba sucediendo dentro de las cuatro paredes de la habitación de James. Y es que Mark Ross, mi hermano, siempre me salvaba de las peleas con James, el que siempre estaba pendiente de mis calificaciones, el que siempre me rescataba de los castigos escolares y el que siempre, cada vez que papá no me prestaba atención, estaba ahí para mí. Y ahora había formado parte del coche que me había llevado a la muerte.

Sí, costaba creerlo, pero la grabación no mentía. Quería desaparecer, salir de aquí, pero debía saber por qué diablos James lo sabía, y necesitaba respuestas. Me enfoqué en prestar atención a la realidad, a Marie y James, que estaban hablando sobre el tema. Por primera vez no estaban discutiendo, ni... besándose.

—Él sabe que... —Marie estaba nerviosa, pero de todas formas miraba a James de manera directa— ...¿que tú lo sabes?

James se demoró en responder, mientras que yo, por mi parte, rogaba para que no empeorara más aún y que James también estuviera metido en esto.

—No, y no voy a decírselo.

—¿Por qué?

—Porque sé que él no tuvo nada que ver en esto.

Más lágrimas cayeron por mis ojos, y una leve sonrisa se posó en mi rostro, al menos James no estaba involucrado en ello.

—James... Sé qué es tu hermano, y créeme que yo aún no puedo creerlo, pero... Tyler murió, no se trata de un robo ni mucho menos de un juego de niños. Esto es grave, no puedes callar algo así.

Marie, que estaba aún parada cerca de la televisión, se acercó hacia James para acariciarle el brazo, pero él la apartó.

—Sí puedo, y lo haré. Conozco a Mark y sé que él no mató a Tyler.

Un silencio. Marie miraba a James, pero este, en cambio, se enderezó para quitar la cinta de la televisión, apagándola.

—Listo, ahora ya puedes irte —le dijo de paso, encaminándose afuera de la habitación.

Marie se acercó hacia él.

—Déjame ayudarte —no me esperaba que Marie Acuña dijera esas dos palabras, pero en cierto modo me alegraba que lo hiciera.

James frunció el ceño y abrió la puerta de su habitación.

—No necesito tu ayuda.

—No juegues conmigo, Ross. Tienes esta cinta desde hace semanas y... ¿Qué has descubierto?

Su tono de voz fue algo irónico, y mi hermano no lo pasó desapercibido, por lo que la tomó de la muñeca obligándola a salir de la habitación.

—Esto no tiene nada que ver contigo, ya has visto lo que querías, ese era el trato — Marie soltó un grito cuando James la empujó afuera, cerrando de golpe la puerta en su cara.

Yo me quedé ahí. Observando cómo James Ross se echaba al suelo apoyado en la puerta, ahogando un llanto lastimero de manera silenciosa. La imagen del vídeo me venía una y otra vez a la cabeza. Mark. Necesitaba verlo, necesitaba descubrir la verdad del misterio. Dejé a James en su habitación, y afuera, para mi sorpresa, estaba Marie con la oreja pegada a la puerta, escuchando los sollozos de James.

Pensé que iba a gravarlo o a burlarse, pero en su rostro se podía notar claramente que estaba preocupada. En fin, me encaminé hacia la puerta de Mark, de donde hacía un buen rato había visto salir a Diana Grey. Al entrar, Mark no estaba. Me quedé impresionado por el desorden en que se encontraba la habitación. Mierda.

Haley

Volví a despertar tres horas más tarde luego de que mamá me consolara al saber lo de Kyle Reyes. Y agradecí a Dios que no me insistiera más en que le respondiera qué diablos sucedía, sino que solo me acarició el cabello hasta que me quedé nuevamente dormida. Ya era tarde y mi celular vibraba junto a mí, y nerviosa de que se tratara de Simon para pedirme perdón o algo así ni tuve el coraje de mirar de quién se trataba.

En eso, la mata de cabellos rubios traspasó la pared, entrando a mi habitación. Si no fuera por todos los nervios que se agolpaban en mi pecho seguro que hubiera saltado de sorpresa o algo así, pero hoy no era mi día. Necesitaba contárselo a Tyler. Pero él se me adelantó.

—Mark Ross... —este se dejó caer en la pared de mi habitación para luego proseguir — ...estuvo dentro del coche de Aaron Gay el día de mi accidente.

«Bien». Si antes ya estaba nerviosa ahora mismo tenía un ataque de histeria. Me quedé ahí, sin moverme. Mark... El príncipe azul de todas las chicas, el más bueno de los Ross. Sí, él. ¿Que había estado en el coche?

—Es imposible.

Tenía que serlo.

—Lo vi en la cinta que James había obligado a robar a Marie —yo abrí los ojos, y es que no podía creerlo.

Tyler me contó sobre su visita a su hogar.

—Piénsalo, Haley, Mark ha estado actuando extraño desde el accidente —recordé su nueva actitud, su nueva forma de ser—. Esto lo explica todo...

Me quedé analizando al nuevo Mark Ross, cuando lo había visto discutiendo con James. Y ahora hasta cobraba más sentido el porqué de su negación al descubrir al culpable de la muerte de su hermano.

—Culpabilidad. Mark se siente culpable de tu muerte —pude concluir.

—Pero no entiendo por qué diablos estaba ahí metido —noté cómo los ojos de Tyler estaban llorosos, concluyendo que debía haber estado llorando.

Y se me partía el corazón al verlo así.

—Sabía que escondía algo, que quizás estaba involucrado con mi muerte o sabía algo de ella. Pero no que estuviera en el coche de Aaron. ¿Por qué diablos estaba ahí metido?

No sabía qué decirle, Mark Ross era un total misterio. Y teníamos que descubrirlo.

—No lo sé, pero sí estoy segura de algo, y es que tu hermano está totalmente arrepentido y quizás puede que todo haya sido una equivocación.

Tyler soltó una carcajada.

—Me gustaría creerlo.

Me quedé en silencio. Me hubiera gustado responderle y decirle que debía creerlo, que Mark no tenía nada que ver, que como había dicho hacía segundos todo podía ser un malentendido, pero ya estaba cansada de mentir. Y aunque ni yo misma quería creerlo la prueba era evidente. Mark Ross había estado ahí, dentro del coche. No había excusa, él estaba involucrado nos gustara o no.

—Debes ir a verlo, Tyler, búscalos e intenta saber bien lo que pasó esa noche.

—No sé dónde está.

—A ver... ¿Quieres saber de una jodida vez la verdad de esa noche? —Sí, Haley Dickens podía maldecir. Tyler, que me miraba sorprendido, asintió levemente—. Entonces búscalos, ya no nos queda tiempo, debemos apresurarnos...

Tyler se levantó del suelo regalándome una sonrisa torcida.

—Lo voy a hacer, pero tú primero respóndeme cómo estás —me quedé muda—. ¿Cómo estuvo la siesta? —sabía que Tyler, aunque estuviera preocupado por mí, tenía la cabeza en otro sitio, muy lejos de mi habitación.

¿Le contaba lo de Kyle? Sabía que tenía que hacerlo, pero no era el momento adecuado. Acababa de enterarse de que su propio hermano estaba en el coche que le costó la vida, y sabía que eso ya era bastante para procesar. No quería preocuparlo más de lo que ya estaba.

Kyle quería verme.

A mí, no a Tyler. Esto era algo que debía afrontar por mí misma, y si queríamos avanzar debíamos ir por caminos separados para poder destapar todas las mentiras que nos rodeaban antes del día de las elecciones.

—Bien —pude decir, a lo que este se bastó a asentir, observándome un momento.

—¿Seguro? —volqué los ojos y este se rascó el cabello—. Porque puedo quedarme, no me...

—Tyler Ross, vas a ir a ver a tu hermano —le corté cruzándome de brazos.

A este se le curvó finamente el labio.

—Quién iba a creer que Haley Dickens iba a decirme qué hacer —sonreí sin poder evitarlo, ladeando la cabeza a un lado y poniendo cara de cachorro—. Bien, iré. Pero mañana no vas a poder quitarme de tu lado.

Tyler salió de mi habitación de inmediato, dejándome sola. La sonrisa que tenía en mi rostro desapareció al instante, y ahora volvió a mi rostro esa mueca de tristeza y nervios que había tenido toda la tarde. Kyle Reyes. No me atrevía, no quería ir a hablar con él. Con solo pensarlo se me erizaban los pelos. «Debí habérselo dicho», me regañé en mi interior.

No me gustaba esconderle cosas a Tyler, ni mucho menos algo como esto. Pero Mark, su propio hermano, había estado presente en su accidente. Eso ya era mucho con lo que lidiar. Escuché cómo Holly seguía en el departamento con mi madre, y una idea se me ocurrió. Necesitaba salir, despejarme. Encerrada en mi habitación lo único que lograba era

recordar aún más lo que había sucedido con Simon y ahora lo de Kyle. Bingo. Se me ocurrió el lugar perfecto al cual ir.

Tyler

No sabía adónde ir, y el único lugar donde podía estar Mark Ross era en mi casa. Y aunque ya sabía que no estaba hacía unas horas eso no significaba que no hubiera vuelto. Al llegar ya estaba comenzando a anochecer, Fernando estaba arreglándose para salir en su habitación, Roy miraba televisión con un bote de nachos y Marie Acuña seguía ahí conversando con Martha.

Fui a echar un vistazo a James, que estaba en su ordenador bastante concentrado. Me acerqué a ver con qué estaba, y me encontré con la cinta de mi accidente puesta ahí, y en el momento en que el coche enemigo se veía claramente James lo puso en pausa y copió la imagen abriéndola en otro programa. Ahí la acercó, y podía verse algo borrosa la matrícula del coche. Unos cuantos números se podían rescatar, pero otros dos era imposible.

En eso, escuché cómo este maldecía mientras escribía lo que podía sacar. Quería gritarle que no servía para nada, que seguramente el coche ya fue llevado a demoler por Richard Grey, y que el culpable fue su hijo. Y aunque me muera de ganas de que Haley se lo contara a todo el mundo no podía. Ya no.

Por dos razones: Haley sería el nuevo blanco de los Grey (Gay) y Mark seguramente se hundiría con ellos. Y sabía que una de las razones era fundamental para James. En eso, escuché una maldición desde el piso de abajo, por lo que dejé a James. Fernando Ross estaba maldiciendo desde su habitación, mientras que tiraba su ropa de un lado a otro. Roy apareció en la estancia mirándolo con una sonrisa burlona desde el umbral.

—Vamos, Feñi, tarde o temprano iban a descubrirlo.

—Cierra la boca, cierra la maldita boca de una vez —por instinto di un paso atrás, asustado, y es que esa voz de Fernando furioso podía asustar a cualquiera.

Pero no a Roy, que solo soltó una carcajada, desapareciendo de la habitación. Fernando siguió buscando algo entre toda su ropa sin siquiera darse la vuelta.

Ya en la cocina me quedé escuchando la conversación de Marie y Martha, en la que hablaban de cómo estaba Colombia. A lo que pude concluir que Martha era colombiana, pero había venido a los Estados Unidos a buscar nuevas oportunidades aprovechando que conocía al padre de Holly y que lo tenía aquí. Ahí la contrataron en casa de Fernando Ross, que eran multimillonarios. En mitad de la historia Fernando entró en la cocina, inquieto y nervioso.

—Martha, ¿has visto mi corbata verde?

—Debe de estar en su armario, recuerdo haberla colocado ahí hace unos días.

—Pues no está —dijo enfurecido, a lo que se pasó una mano por el cabello antes de darse la vuelta para salir de la cocina.

En eso, Marie frunció el ceño y abrió la boca, seguramente para decirle que no tratara de ese modo a su abuela, pero Martha le tapó la boca negando con la cabeza.

—Tiene sus razones, Marie, él nunca trata a nadie de ese modo si no es porque tiene un lío en la cabeza.

—¿Y eso le da el derecho? —soltó la castaña mirando a su abuela sin entenderla.

Martha no respondió, sino que caminó hacia la pequeñísima televisión que estaba colocada en la pared derecha de la cocina, y la prendió con Marie siguiéndola por detrás.

La pantalla nos mostraba a una pareja besándose, y la mujer rubia se me hacía bastante conocida. Abrí los ojos de golpe. Mierda.

Ha sido captada en México, específicamente en Playa del Carmen, la esposa de Fernando Ross con un hombre de identidad desconocida, besándose en plena luz del día. Las fotos fueron captadas por un periodista de nuestro equipo que estaba en la playa por un tema de peces y algas marinas. ¡Y qué sorpresa se ha dado! Del candidato a alcalde de nuestra ciudad no se ha sabido mucho, al parecer no ha quer...

La pantalla se apagó de golpe.

—Como odio a ese tipo —dijo Roy detrás de mí.

Marie estaba aturdida, y al intentar hablar se trabó, teniendo que repetirlo.

—¿Le pusieron los cuernos? —Martha y Roy asintieron—. Qué perra.

Martha le dio un golpe rápido en la mejilla.

—Cuida ese vocabulario, señorita.

Marie asintió llevándose la mano ahí, mientras que Roy soltaba una carcajada. Yo aún estaba algo sorprendido, sabía que Kelly lo engañaba, pero siempre había sido discreta.

—No la culpo, Feñi no la quería.

—Era su esposa. ¿Por qué no la querría? Es absurdo.

Martha se disculpó para ir a ayudar a Fernando a buscar la corbata que tanto necesitaba.

—Porque estaba enamorado de otra mujer, la política es complicada, Marie. Fernando necesitaba a una mujer para su imagen. Nadie va a votar por un hombre que no está casado, la idea de una familia es fundamental para una campaña política.

Marie ahora fue la que soltó una carcajada.

—Por favor, escúchate, es totalmente estúpido. ¿Vas ahora a decirme que tuvo tres hijos con una mujer que no amó? ¿Y por qué no se quedó con la que sí quería?

—Muchas preguntas. Si quieres puedes preguntarle tú misma a Feñi, no soy el indicado para hablar de eso —Roy se llevó una mano a los labios, sellándolos.

—Vamos, no voy a decírselo a nadie.

Este hizo como si no pudiera despegar los labios, como si realmente estuvieran sellados. Marie soltó un bufido, a lo que este se encogió de hombros como diciendo “ya están sellados y no puedo hacer nada para ayudarte”. En eso, Fernando apareció en la estancia colocándose la corbata verde oscuro que tanto había estado buscando, mientras que Martha entraba también por detrás.

—¿La corbata de la suerte, Feñi? No puedo creer que sigas teniéndola.

¿Corbata de la suerte?

—¿Y qué sucedió con “mis labios están sellados”? —dijo Marie burlona.

Roy le sacó la lengua como si fuera un niño de diez años y se acercó a mi padre.

—La prensa está como loca afuera, no sé cómo voy a salir. ¿Se te ocurre alguna idea? —le preguntó Fernando.

—Toma mi coche y yo tomo el tuyo. Pero una cosa —Roy se acercó a centímetros—. Llega a tener un rasguño y te juro, Feñi, que ni que seas alcalde va a impedirme destrozarte el rostro. ¿Entendido?

Fernando asintió sin ningún problema, tomando las llaves que Roy le estaba entregando. Yo me debatía si quedarme aquí a esperar a Mark, seguir a Fernando a ver qué diablos tenía que hacer con tanta prisa o restarme a una alocada noche con Roy Miller. Opté por la segunda, ya que quizás Mark no llegara y la alocada noche de Roy lo más probable es que fuera una alocada noche de pasión con Anna. Y no me llamaba para nada ser testigo de... eso.

—Marie, ¿te llevo a tu casa? —le preguntó Fernando mientras Roy iba al baño.

—Un amigo viene por mí.

—¿Seguro? No tengo problema en ir a dejarte, aún me quedan unos... —este miró su reloj, y los ojos parecía que iban a salirse—. Maldición. ROY, BAJA TU CULO AHORA MISMO, ¡MIERDA! —Fernando se puso a gritar como un loco, a lo que Roy apareció en la estancia volcando los ojos—. ¿Seguro que vienen a por ti? —Marie asintió.

—¿A dónde vas que estás de esa forma?

—Tengo un compromiso importante.

—Entonces vamos.

Los dos se despidieron de manera rápida, saliendo al estacionamiento. Se podía escuchar desde ahí el murmullo de todos los periodistas, que estaban a unos cuantos metros. Lo bueno de todo esto era que no alcanzaban a reconocerlos, por lo que al cambiarse de coche iba a ser la movida perfecta para que mi padre pudiera librarse de ellos. Me metí en el coche de Roy, junto a él. De inmediato recibió una llamada de este, a lo que al estar conectado a su coche se escuchaba por los altavoces.

—Voy a salir primero. Frenaré y me quedaré ahí mientras los periodistas se me tiran encima, tú ahí aprovechas para salir. Cambio.

—Perfecta idea. Cambio.

Volqué los ojos, y es que realmente se comportaban como dos niños pequeños con sus *walkie-talkie*.

—Por cierto. ¿Dónde vas? A estas horas de un sábado es imposible que al trabajo, y sé que no se trata de Kelly, ya que te importa un comino que la prensa se haya enterado. Hasta sospecho que tú mismo mandaste a ese periodista. ¿O me equivoco? Cambio.

¿Que mi papá había hecho a propósito lo de pillar a su propia esposa poniéndole los cuernos?

—Cuando Holly me dijo que Marie era mi hija me salió con la excusa de que era un hombre casado, que nunca podríamos ser una familia y que era mejor que Marie nunca se enterara —Roy no respondía, a lo que Fernando soltó un suspiro—. Cambio.

—Y entonces decidiste actuar, dando a conocer que tu esposa te engañaba para que así pudieras estar con Holly. Cambio.

—No lo podrías haber dicho mejor. Cambio.

—Entonces que empiece el espectáculo. Cambio y fuera.

La llamada terminó, y se podía ver el coche de Roy, que iba al frente, saliendo afuera, donde los periodistas se arremolinaban a su alrededor, y al avanzar unos pocos metros frenó el coche, donde todos pensando que iba a bajarse o a decirles algo se acercaron sin tomarle atención a nuestro coche, que salió sin siquiera la vista de ninguno de ellos hacia la calle. Luego de unos minutos Roy volvió a llamar a Fernando, y sus carcajadas se escuchaban por todo el coche.

—Pero qué gente, dios mío. ¿Cómo lidias con ellos todos los días? Ni sabes la cara que pusieron al ver que no eras tú.

—Gracias, Roy, juro que voy a recompensarte con algo.

—Pensándolo bien... ya sé en qué quiero que me recompenses.

—Dilo y será tuyo.

—Anna.

—¿Anna? —Fernando volcó los ojos soltando una leve carcajada—. Es que nunca cambias, Roy, en serio te lo digo como amigo, ella no te ve de esa mane...

—Nos acostamos.

Un silencio.

—Pues... ¡Felicidades! —al parecer la declaración de Roy había sido totalmente desconcertante para Fernando, que no podía creerlo—. Pero no entiendo por qué yo tengo que recompensarte con algo relacionado a Anna.

—Quiero que hablen, ella me dijo que aún sentía que debía explicarte lo que realmente sucedió hace dieciséis años. Siente que aún no la perdonas.

—Roy, yo... sabes que no puedo.

—Solo te pido que la escuches, al igual que yo lo hice con ella.

Necesitaba escuchar esa conversación.

—Bien, lo haré —sentenció luego de más de un minuto en silencio—. Buscare un día en mi agenda que esté disponible y hablaremos. ¿Feliz?

—Bastante. Por cierto, ¿vas a decirme adónde mierda vas con la corbata de la suerte que te regaló Holly?

—La misma me ha llamado cuando salió en la televisión lo de Kelly, he quedado con ella.

—Oh, qué ternura —se burló desde la otra línea—. ¿Vas a hacerte el cordero degollado o le dirás la verdad?

—Si fuera el mismo hombre de hace meses le mentiría. No voy a seguir con eso, le diré la verdad.

Yo me preguntaba por qué Roy no decía nada, hasta que al fin lo hizo.

—Estoy orgulloso de ti, amigo.

Y yo, por mi parte, pensaba exactamente igual. Me había mentido, pero al menos no iba a seguir haciendo lo mismo con los demás.

Haley

Ya había caído la noche sin haberme dado cuenta. Pensé que un escalofrío iba a invadir mi cuerpo y un muerto iba a salir de su tumba como en las películas de terror. Pero no fue así. El cementerio fue iluminado por un sistema eléctrico que cada tumba tenía en las lápidas. Lo que hacía el dinero, ¿no? No era una sorpresa tratándose del cementerio de primera clase con que contaba Chicago. La tumba de Tyler estaba al frente de mí, y su nombre estaba inscrito en letra cursiva, y debajo decía: *Hijo, hermano y amigo. Siempre permanecerás en nuestros corazones. R.D.: ¡Invencibles!*

Me quedé observándolo, pensando en la hipocresía de esas pocas palabras. ¿Acaso eso resumía a Tyler? No lo hacía, las personas creían que con una lápida y unas palabras sacadas de alguna frase célebre de reflexiones podían resumir a una persona. El punto era simple, con eso ya bastaba para que las personas vinieran una o dos veces al año para pasarse por aquí, leer esa lápida, llorar unos momentos y luego irse. Y ahí estaba todo.

Sabía que estaba pensando en puras estupideces, y es que no quería aceptar que había una gran y enorme posibilidad de que Tyler muriera, que nunca más lo volviera a ver y que todo esto terminara no siendo real. Y al final yo me volviera loca en un manicomio. Fin.

En eso, el ruido de unos pasos acercándose llamó mi atención. Al darme vuelta pude ver a una persona a una lápida de distancia. Whitey. El entrenador de los Red Dragons estaba con un ramo de flores, con los ojos perdidos en la lápida que tenía delante. No quise interrumpirlo, por lo que me quedé ahí quieta, mirando por décima vez la lápida de Tyler Ross.

Al cabo de unos minutos, cuando ya iba a darme la vuelta para irme, un estornudo hizo quebrar el silencio que envolvía el cementerio. Por supuesto no me di la vuelta hacia el entrenador, rogando que no hubiera notado mi presencia.

—¿Haley?

Con mi mejor cara de sorpresa lo miré. Este seguía en su lugar. Me acerqué y le dediqué una sonrisa, saludándolo educadamente.

—No sabía que conocías a Tyler Ross —me comentó frunciendo el ceño.

Bien, me había pillado. ¿Es que era muy obvio que nunca me había dirigido la palabra mientras vivía?

—Le ayudaba de vez en cuando en Literatura —hubo un silencio incómodo, del cual no sabía cómo salir—. ¿Y usted? ¿Vino a ver a un familiar?

—Mi hijo —este apuntó a la lápida que estaba enfrente de mí.

Decía su nombre, Kevin Lewis, y la fecha en la que nació junto a la que murió. Nada más.

—¿De qué murió? —solté, y me retraté al notar que quizás había sido algo desatinada—. Si no quiere hablar de eso... lo siento mucho, no pienso bien lo que digo.

—No pasa nada —Whitey me sonrió, a lo que mis nervios se redujeron—. Fue por la noche, lo asesinaron.

—Lo siento mucho —bajé los ojos algo avergonzada.

—No tienes de qué. Nunca se supo quién lo mató, aunque siempre he sospechado que fue la empresa con la que trabajaba.

No sabía qué decir, ni tampoco qué pensar.

—¿Y no se lo dijo a la policía?

—No me escucharon, en ese tiempo yo no había hablado con mi hijo desde hacía tres años. No tenía pruebas, solo un mensaje que me había dejado en la contestadora ese mismo día, pero cuando analizaron el cuerpo Kevin había ingerido drogas, no estaba en su sano juicio.

—¿Y qué decía el mensaje?

Whitey se quedó mirando fijamente la lápida de su hijo, con los puños apretados.

—Que lo sentía, que yo tenía razón con que debía dejar su trabajo. Hablaba nervioso, parecía como si estuviera corriendo. En eso, él me dijo que acababa de renunciar y que estaba en camino hacia la policía para contarle todo. Luego escuché un grito suyo y luego nada más —me quedé quieta como una piedra sin poder creérmelo—. Su cuerpo fue encontrado en un callejón con una pistola en su mano y una bala en la cabeza. Parecía un suicidio y todos lo creyeron, pero sé que no fue así.

—Usted cree que lo asesinaron.

—Sí, él no iba a suicidarse, nadie lo haría luego de haberme mandado ese mensaje.

Pensé que Whitey iba a ponerse a llorar, pero simplemente se le veía fastidiado.

—¿Por qué no habló con él en esos tres años?

—No estaba de acuerdo con su forma de vida, y él me escondía cosas... podría haber evitado lo que le sucedió, pero fui tan estúpido con mi orgullo que preferí distanciarme de él y dejarlo vivir su vida como un total cretino.

Me había dejado sin nada que decirle. Y es que todo parecía irreal, sacado de una película. ¿Cómo podía ser que la policía creyera que fue un suicidio luego de escuchar el mensaje que le había dejado a su padre?

—Siempre nos peleábamos, él tenía un ego del tamaño de un camión —pensé que se refería a su hijo, pero este tenía puesta su mirada en la lápida de Tyler—. El día de su

muerte lo había sacado del equipo, él vino a mi oficina y comenzamos a pelear. ¿Quieres saber qué fue lo último que me dijo?

Asentí.

—Cuando me venga a rogar que vuelva a su equipo se va a arrepentir —volqué los ojos, muy Tyler Ross—. Desde que murió he venido todos los viernes antes de los partidos, le cuento sobre las tácticas, sobre cómo va todo con los Red Dragons. Al final de cuentas tenía razón, pero no del todo —enarqué una ceja, intrigada—. No estoy arrepentido de haberlo sacado del equipo, se lo merecía. Y si pudiera retroceder el tiempo mil veces no cambiaría nada. Pero sí le ruego que vuelva, echo de menos a este niño orgulloso —Whitey soltó una carcajada—. Porque me recuerda a mí mismo a su edad, queriéndolo todo. Al menos mi esposa supo cómo controlarme y me bajó los humos.

No sabía qué decir, por lo que solo le sonreí.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? Ya está oscuro —asentí sin pensarlo dos veces, porque luego de escuchar esa historia un miedo se apoderó de mí—. Te espero en el coche, así puedes despedirte —este miró la lápida de Tyler haciendo una leve inclinación de cabeza, y se dio la vuelta caminando hacia la salida del cementerio.

Me quedé parada frente a la lápida de Kevin Lewis. Su historia se parecía a la de Tyler, había muerto y no había culpable. Una injusticia que la policía no pudo destapar. Iba a darme la vuelta cuando un cuervo se posó en la lápida que está justo en el medio de la Tyler Ross y la de Kevin Lewis. Una lápida a la que nunca había tomado atención. Hasta ahora.

Natalia Turner. Sí, la madre de Tyler. Di un paso atrás cuando el cuervo se echó a volar, pasando justo a mi lado. Luego de aquello me di la vuelta sin mirar hacia atrás, dirigiéndome al coche de Whitey.

Tyler

Fernando llevó a comer a Holly, y creí que iba a tratarse de los típicos restaurantes cinco estrellas de la ciudad, pero su rumbo fue hacia un local bastante sencillo cerca del departamento de Anna.

—¿Aún lo recuerdas? —le preguntó Holly observando el local con un brillo de emoción en los ojos.

—Claro. Nunca olvidaré que dejarte conducir mi coche fue una total estupidez.

—No fue para tanto, solo fue un golpe pequeño.

—¡Que rompió mis dos luces traseras, y sin olvidar el neumático, que explotó!

—Tan neurótico que te pones... Valió la pena. Si no hubiera chocado tu coche nunca habríamos conocido las mejores papas fritas de todo Chicago —Fernando asintió de acuerdo.

Yo mientras tanto me entretenía bastante con la conversación, parecían dos ancianos casados de hace cincuenta años. Cuando ya habían entrado y ordenado esas condenadas papas fritas de las que tanto hablaban, Holly le preguntó a Fernando cómo llevaba todo lo de su esposa. Mi padre, sin rodeos, le dijo la verdad, que solo se había casado con ella por un tema de estrategia y que él estaba al tanto de que le ponía los cuernos hace años. Holly, por supuesto, se enfureció.

—No puedo creerlo. En serio, tienes un problema mental. ¿Cómo pudiste siquiera?

—Tenía que hacerlo, si se llegaban a enterar de que tenía tres niños sin una madre ni siquiera hubiera podido presentarme, lo necesitaba para la candidatura —este hablaba en

susurros para no llamar la atención de las demás personas que había dentro del pequeño local.

—¿Y fingir toda una mentira lo justifica? Debes parar, este no eres tú y lo sabes. Tienes una obsesión con hacerle pagar lo que hizo y esta no es la manera.

¿Lo que hizo quién?

—¿Y cuál es? Han pasado dieciséis años, Holly, y el muy maldito sigue nadando entre sus millones ganados de manera ilegal y nadie hace nada. Alguien tiene que hacerlo pagar, y si eso significa que tenga que sacrificar mi vida, lo haré. No voy a dejar que él gane, no de nuevo.

—Sabes que esta no es la manera... —noté que una lágrima se le escapaba a Holly, que acercó su mano a la de Fernando, acariciándola—. Puedes ser feliz, podemos ser felices. Solo debes dejar todo esto de lado.

—No puedo —sentenció, quitándole la mano de encima.

Se quedaron ambos en silencio unos minutos.

—Pues entonces yo no puedo estar contigo de esta manera —le dijo Holly—. Lo odio, al igual que tú. No creas que fuiste el único al que se le arruinó la vida ese día. Yo tuve que criar a una hija sola porque tú me mandaste a la mierda —no podía creer lo que escuchaba.

Holly comenzó a sollozar y se levantó de su asiento. En eso, Fernando iba a levantarse para decirle algo, pero la camarera justo llegó con los platos de papas fritas.

—Holly, yo...

—Sé que fue duro, no quiero que sientas lástima por mí ni mucho menos, porque sé que tú lo pasaste aún peor. Pero no puedo, tú elegiste la venganza antes que a mí. Y me encantaría que no me importara y así poder estar contigo, pero me importa —Fernando desvió la mirada de Holly, que se acercó hacia el plato que habían dejado en la mesa, tomando una papa frita—. Todos los días recuerdo ese día: comimos papas fritas, luego nos dimos cuenta de que no habíamos traído dinero y tuvimos que escapar con el dueño del local por detrás gritándonos maldiciones. Ese fue el primer día que me besaste.

—Lo recuerdo perfectamente —se bastó a decir Fernando aún sin poder mirar a Holly.

—Envidio esos días en que éramos solo tú y yo contra el mundo. Éramos libres y podíamos hacer lo que nos placiera sin preocupaciones ni responsabilidades —esta se la llevó a la boca y cerró los ojos sonriendo, a la vez que le caían unas cuantas lágrimas más. Abrió los ojos, y Fernando se la quedó mirando—. Espero que no te des cuenta demasiado tarde de lo que estás sacrificando.

Y luego de decir eso le dio la espalda, caminando hacia la salida del local, desapareciendo por el estacionamiento. Fernando le pidió a la camarera un *whisky* mientras los ojos se le aguaban, aunque no derramó ni una sola lágrima. Yo salí en busca de Holly, y es que quedarme con Fernando Ross borracho no era una idea que me entusiasmara. Al salir afuera no pude encontrarla. La busqué por la calle, pero no había rastro de ella.

Mientras me decidía qué hacer, el motor de una motocicleta llamó mi atención. Esta se estacionó en la gasolinera que tenía al otro lado de la calle. Y, para mi sorpresa, vi que se trataba de mi motocicleta. El conductor era nada menos que Mark, que se quitó el casco dejando ver su cabello revoloteado de un lado a otro.

En eso, el recuerdo del vídeo vino a mi mente. Me negaba a creerlo. Este se encaminó dentro del pequeño local de la gasolinera, y yo, sin dudarlo, fui hacia él. Mark le pidió a la cajera unos cigarrillos y fue a buscar una caja de botellas de cerveza. Cuando ya lo había

comprado todo guardó en la guantera pequeña de la motocicleta las cosas y se montó. Yo me puse atrás. Lo había esperado toda la tarde, no iba a desperdiciar mi oportunidad de saber en qué diablos estaba metido.

Haley

Whitey paró su coche justo al frente de mi departamento, donde se despidió con un “nos vemos el lunes”, y yo le agradecí el aventón deseándole un buen fin de semana. Cuando su coche desapareció una sombra apareció en la penumbra, dándome un tremendo susto. Era Narco. ¿Qué hacía él aquí? Nunca lo había visto fuera del instituto, lo que me producía en cierto modo escalofríos.

—¿Y tú? —solté sonando más brusca de lo que quería.

—Hay algo que no te he dicho —por supuesto llevaba un porro en los dedos, y el olor me irritaba los ojos.

—Que sea rápido, voy a una fiesta y tengo que prepararme —mentí, ya que en realidad no quería estar sola con él en mitad de una calle desierta.

—Se supone que eres la verdad, no compliques las cosas más de lo que están, Dickens —iba a decir algo, pero él siguió—. No vengo aquí a discutir, ni a mentir, ni a decir la verdad. Solo vengo a decirte una cosa.

¿Es que se había vuelto loco?

—Dime.

—No pongas tu vida en riesgo. Si mueres no podrás hacer nada para ayudarlo.

—¿Ayudar a quién? —le pregunté, necesitaba saber si sabía de la existencia de Tyler.

—Estás convirtiéndote en algo que no eres y temo que sea demasiado tarde...

—¿Qué significa eso? ¿Tarde para qué?

—Para el tiempo.

Me quedé muda. ¿Por qué nunca podía entenderle nada a Narco?

—¿Quién eres? ¿Un ángel? ¿Un ser sobrenatural? —este negaba—. ¿Vampiro? ¿Hombre lobo? ¿Dios? —lo último le hizo gracia y soltó una carcajada.

—¿Yo? ¿Dios? Tienes una imagen bastante errónea y positiva de mí, y me temo que he de decirte que no soy el bueno de la historia.

Me quedé quieta. No me digas que era... ¿El diablo? Al parecer Narco notó mi reacción, a lo que entrecerró los ojos.

—No soy alguien importante, Haley. En esto soy solo una ayuda pequeñísima, pero es algo.

—¡Quiero que me digas quién eres! —grité de improvisto, y es que realmente empecé a ponerme nerviosa.

—¿Qué mierda importa quién soy? —este se apuntó—. Hay cosas mucho más importantes de las que preocuparse, y lo sabes. Y como van lejos de la meta he decidido darte un consejo, y escúchalo bien —se acercó más a mí, a lo que presté toda mi atención en él—. Para entender el presente debes conocer el pasado.

Me quedé ahí, pensativa. El pasado. El presente. La imagen del cuarteto vino a mi mente: mi madre, Holly, Roy y Fernando. ¿Se referiría a ellos? Iba a decirle algo, pero la puerta del departamento se abrió de golpe. Salió una vecina unos años mayor que mi madre. Me giré hacia ella saludándola con una sonrisa, para luego voltearme hacia Narco. Pero como había pasado otras veces, había desaparecido. «Genial», pensé.

Tyler

«Maldición», me grité en mi interior al ver a dónde estábamos llegando. Las malditas carreras ilegales. Todo estaba exactamente igual que la última vez que había venido, todo parecía sacado de *Rápido y Furioso*. Las chicas se movían de un lado a otro luciendo pequeñas ropas de encaje y escotes prolongados, más los chicos malos con sus motocicletas y autos de carreras fumando porros y tabaco mientras la música salía de los altavoces de los coches.

Mark recibía saludos de la mayor parte de las chicas, mientras que yo observaba a las preciosuras con una sonrisa. En eso, frenó de golpe en un sector de motocicletas, donde se quitó el casco y sacó las cervezas. Llamó a ese chico que era como su asistente, y del que yo ni recordaba su puto nombre.

—Que te estaba esperando, hombre. Hoy sí ha venido él.

—¿Dónde está? —Mark parecía desesperado, se puso a buscar como un loco por su alrededor.

—Mira, está ahí besándose con la chica de azul oscuro —el chico con el aro en la nariz apuntó con su dedo a la izquierda, y yo también miré.

Mierda. La chica de vestido azul oscuro estaba besándose nada menos que con Aaron Gay. Tenía que suponerlo, por eso Aaron quería jugar a esa “carrera” contra mí. Mark, sin pensarlo dos veces, fue a acercarse a él, que al ya estar este cerca terminó de besarse con la chica, encontrándose con Mark justo al frente. Sus ojos se abrieron de golpe, asustado. Mi hermano se echó encima de él, tomándolo por la chaqueta. Aaron intentaba quitárselo de encima, pero mi hermano era más fuerte y fue elevándolo del suelo. La gente de alrededor comenzó a acercarse, mirando con atención la escena.

—Eres un maldito hijo de puta.

Aaron frunció el ceño para luego apretar sus labios.

—¿Yo? ¿Y qué eres entonces tú?

Su maldita voz. La odiaba. Mark iba a decir algo, pero al notar todas las personas que estaban pendientes de lo que iba a suceder soltó a Aaron, a lo que este cayó directo al suelo, soltando una mueca. Pensé que hasta ahí sería la pelea, que ahora Mark se iría y el lío acabaría. Pero no fue así, Mark pescó a Aaron de la espalda, arrastrándolo consigo hacia un lugar con privacidad.

Las personas que lo siguieron se retiraron enseguida cuando Mark les gritó que se largaran de manera brusca y a la vez terrorífica. Y así lo hicieron. Cuando por fin llegaron a un lugar a unos metros de donde sucedió la acción, Mark se dispuso a pegarle una patada a Aaron en el suelo.

—¿No te llamabas Greg? —le preguntó enfurecido, a lo que Aaron soltó una risa.

—¿No te llamabas Kevin? —ese era el nombre que Mark había ocupado en las carreras, lo recordaba—. Nuestro nombre y apellido nos causaría una muerte segura en este barrio, ¿no?

Era cierto, todos los presentes eran del barrio bajo de Chicago, si llegaban a enterarse de que tenían a dos niños pijos, hijos de los hombres más importantes del momento, de seguro les darían una paliza, les robarían el dinero y los secuestrarían para pedir una recompensa.

—¡Tú querías matarlo, joder! —no entendía nada. Mark volvió a darle otra patada, y Aaron soltó un grito—. Voy a ir a la policía y meteré tu culo en una celda.

—Inténtalo, porque tú vendrás conmigo —un silencio, en el que Mark se quedó quieto.

—No sabía que eras el hijo de Richard Grey. Me mentiste, dijiste que había sido un puto accidente.

—Y lo fue —Aaron comenzó a enderezarse del suelo, pero Mark lo pisoteó, apretándolo cada vez más al asfalto.

—¿Quieres que le crea al hijo del contrincante de mi padre? Ni de coña.

—¿Y tú qué? Fingiste que te llamabas Kevin cuando te llevé en mi coche y resultó que no dijiste nada cuando golpeábamos el coche de tu hermano.

—¡Tú te lo buscaste! —Mark le dio un puñetazo en el rostro, y le caía sangre del labio.

Aaron soltó un grito pidiendo ayuda, pero Mark solo se bastó a seguir golpeándolo.

—Tú estás tan metido en el accidente como yo, si abres... —le costaba hablar mientras Mark seguía golpeándolo, pero lo hizo igual— ...la boca yo también lo haré, imagínate: “Mark Ross fue cómplice de la muerte de su hermano, Tyler Ross”

—Mark dejó de golpearlo para asesinarlo con la mirada—. “Hijo del gran Fernando Ross mató a su propio hermano”. Aunque esté en la cárcel mi padre ganaría las elecciones. En cambio, tú, pues nadie votaría por una familia de ese nivel. ¿No? —Aaron escupió sangre al suelo mientras soltaba un quejido.

—Si hubiera sabido que eras el hijo...

—¿Qué? ¿Acaso eso hubiera cambiado algo? Para de dar la excusa de que no sabías qué carajo iba a suceder.

Mark no dijo nada, estaba pensativo. Yo aún no asimilaba todo lo que estaba pasando, y es que había sucedido tan rápido que ni me daba tiempo de pensar en mí. Mark había entrado al coche de Aaron creyendo que se llamaba Greg y no era hijo de Richard Grey, al igual que Aaron, que no sabía que se trataba del hijo de Fernando Ross, pensando que se llamaba Kevin.

Entonces todo había sido un puto mal entendido. Mark no había ido con la intención de matarme. Lágrimas de felicidad rodaron por mis ojos. Le di gracias a Dios por esto, dejándome caer al suelo sonriendo como un total estúpido.

—Lo sabías perfectamente —Aaron siguió hablando, pero me importó poco— cuando comencé a tirarme encima de tu hermano. Recuerdo bien que tú no dijiste ni una sola palabra, ni siquiera intentaste frenarme. ¿O me equivoco?

Miré a Mark, que apretó los puños. Mala idea, Aaron Gay, muy mala idea. Nuevamente más golpes aterrizaron en su cuerpo, ya que Mark seguía sin detenerse. Unos pasos se acercaron a los dos, y al ver de quiénes se trataban me puse a gritar como un loco.

—¡Para, Mark! ¡PARA DE GOLPEARLO, JODER! —debía parecer un desquiciado, pero los policías cada vez estaban más cerca y Mark seguía golpeándolo sin darse cuenta.

Solté una maldición cuando ya estaban apuntándolo con sus armas y uno de ellos lo separó de Aaron, que gemía de dolor. Mark, al verlos, abrió los ojos de par en par, y su mirada cayó en uno de los policías, que estaba igual de sorprendido que él. ¿Se conocían? Uno de ellos se acercó con unas esposas, diciendo el típico rollo de las series de televisión.

—Está usted arrestado. Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga puede ser usado en su contra. Tiene derecho a solicitar un abogado. Si no puede pagarlo se le asignará uno.

Lo único que salió de la boca del policía que se había mirado con Mark fue un simple:

—Llaman a una ambulancia para este chico ahora mismo —eran cuatro policías, y dos de ellos fueron a la patrulla corriendo, mientras que el otro estaba con Aaron preguntándole cómo se sentía.

Se notaba que el restante era más importante, quizás el jefe. Este se acercó a Mark, que ya estaba esposado, y lo hizo caminar con él hasta la patrulla.

—No sé qué diablos pasó, pero escúchame bien: esta no es la manera —Mark asintió, mientras yo me preguntaba de qué se conocían—. Mi hija me dijo que estabas raro, que estaba preocupada por ti... ¿Pero esto? ¿Qué haces en este barrio?

—Necesitaba...

—No hables, lo mejor es que no abras la boca. No sé si podré sacarte de esta, Mark, pero lo intentaré, y lo intentaré por April.

¿April? No me digas. ¿April era hija de un policía? Ante mi estupor una ambulancia llegó al lugar, pero no pude ver más, ya que me subí al coche patrulla junto a Mark. ¿Y ahora qué? Seguramente mañana los periódicos y el noticiero iban a salir con que Fernando Ross tenía ahora a un hijo delincuente. Excelente. El que debía estar aquí esposado en una patrulla debía ser Aaron, pero no. Al parecer las cosas estaban tomando un rumbo completamente distinto.

Quién iba a decir que Mark, el príncipe azul, el de las mejores calificaciones, el del comportamiento perfecto, estaría ahora arrestado por violencia. Y todo por la culpa del maldito Aaron Gay. Lo odiaba más que a nada en el mundo. Le eché un vistazo a Mark, que tenía la vista fija en el suelo, y una pequeña lágrima cayó por su mejilla, quitándosela de un manotazo.

¿Qué estaba sucediendo? Éramos los hermanos Ross, los invencibles, los dioses de Chicago. Y ahora que solo quedaban dos de ellos las cosas eran muy diferentes. Hoy los había visto a ambos derrumbándose ante mis ojos. Estaban quebrados, al igual que yo. Al parecer los Ross no eran tan invencibles como se creía.

Ahora solo me quedaba rogar que las cosas no empeoraran más de lo que ya estaban, y tenía el leve presentimiento de que no iba a ser posible, que las cosas iban a joderse aún más de lo que ya estaban.

Y que esto era solo el comienzo.